



Ota Pavel

CÓMO LLEGUÉ A CONOCER A LOS PECES

Traducción de Patricia Gonzalo de Jesús



Annotation

"Cómo llegué a conocer a los peces" es un libro mágico en el que el célebre escritor y periodista deportivo checo Ota Pavel rememora distintos episodios de su vida ligados a su gran pasión: la pesca. Con su padre y su tío Prošek —los dos mejores pescadores del mundo—, aprende a pescar, descubre la belleza de la naturaleza y se deleita sumergiéndose en los ríos y estanques de su país. Pero cuando los nazis invaden Checoslovaquia, prohíben la pesca y envían a su padre y a sus dos hermanos a campos de concentración. El pequeño Ota se ve obligado a desobedecer la prohibición de pescar, y delante de las narices de los alemanes, se juega la vida para alimentar a su madre. Repleto de humorísticas vivencias tanto en momentos de prosperidad, libertad y bonanza como en periodos de terribles persecuciones, "Cómo llegué a conocer a los peces" es un apasionante relato de aprendizaje, amor y pesca.

Ota Pavel

**Cómo llegué a conocer
a los peces**

Traducción de Patricia Gonzalo de Jesús

Título original: *Jak jsem potkal ryby*

Publicado originalmente en 1974 en Checoslovaquia por Mladá Fronta.

OtaPavel, 1974

© Ota Pavel c/o DILIA.

©de la traducción: Patricia Gonzalo de Jesús, 2012

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura de la República Checa.

©Sajalín editores S.L., 2012

c/Vilafranca, 44 - 08024 Barcelona

info@sajalineditores.com

www.sajalineditores.com

Primera edición: mayo de 2012

Diseño gráfico: Julio Casanovas Leal/Sajalín editores

© de la imagen de la cubierta: Jan Hrušínský

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

ISBN: 978-84-939076-3-1

Depósito legal: B. 15191-2012

Cómo llegué a conocer a los peces

El concierto

Lo mejor para cualquier pescador es empezar con los peces siendo aún crío. Que lo inicie en los misterios de la pesca su padre, su tío o un balsero. En nuestro caso fue el balsero Karel Prošek, de la aldea de Luh, en la municipalidad de Bránov, que con el tiempo se convirtió en nuestro tío.

Fue él quien enseñó a pescar no solo a mis hermanos Hugo y Jirka y a mí, sino también a nuestro astuto padre. El tío Prošek seguramente nació en el río Berounka como genio de las aguas y llegó a Luh con una crecida. Tenía un hermoso mostacho, como el de un dragón, una voz sonora y una buena planta. Era capaz de cualquier cosa: arar y sembrar, ordeñar las vacas, cocinar patatas revueltas, encontrar setas fuera de temporada, barquear durante una crecida, trenzar cestos, cazar corzos, rescatar a gente y a animales transidos de frío, romperle los morros a los idiotas, reír. Durante las crecidas barqueó un par de veces a la comadrona Flýbertová con su indispensable maletín. Y también sabía de peces. Los ensartaba desde la barca en las noches de luna con un tridente llamado «grondle», interponía nasas en su camino, echaba el palangre y, en público, los pescaba con caña, como un señorito.

Todo esto sucedía aún en tiempos del Imperio Austrohúngaro, cuando en el castillo de Křivoklat todavía señoreaba el príncipe Max Egon Fürstenberg, comiendo *gulash* al estilo del cazador y sorbiendo cerveza de Rakovník. A Prošek, puesto que era el mejor pescador de la región, le estaba permitido capturar presas con cualquiera de las artes posibles a lo largo de todo el río. Tan solo debía llevar a palacio las anguilas, con su carne semejante a las flores de loto. Disponía para ellas de un morral que su esposa Karolina le había tejido de cañamazo. Las transportaba vivas por la orilla del Berounka hasta el castillo. Sus puertas se abrían solas ante él, como ante un paladín. Vertía las anguilas en una tina de madera embreada llena de agua y de cuando en cuando recibía una pieza de oro con la imagen del emperador. La pieza entera se asemejaba al sol.

Después de que el príncipe se marchara en carruaje tras cuatro colinas lejanas y tras cuatro ríos lejanos, prohibieron a Prošek capturar presas con cualquiera de las artes posibles, asegurándole que le bastaba con una sola, a saber: la caña.

Prošek tenía una caña de bambú larga, ambarina. Un rebenque sin carrete. Avanzaba a contracorriente para que los peces no lo advirtieran, chasqueando de cuando en cuando el rebenque y sus bigotes de dragón, razón por la que a esa arte se la denominaba «al chasquido».^[1] Por aquella época llegamos nosotros en nuestro vehículo: nuestro padre Leo, nuestra madre Herma, mis hermanos Hugo y Jiří y yo. Esta era toda nuestra familia. Atisbamos a Prošek desde los chopos de la orilla opuesta del río. Se movía por las resbaladizas rocas como una nutria pescadora. La veleta de la caña volaba con precisión hasta los lugares señalados. ¿Y los peces? Era como si saltaran fuera del agua por sí mismos. Plateados bagres con el rojo timón de la aleta en el trasero y elegantes comizas con bigote. Panzudos cachuelos de los remansos y leuciscos de los torrentes. Se deslizaban hacia el interior de la red: se acabó la libertad, había llegado su amo y señor, el rey de los furtivos.

Mi padre exclamó entusiasta:

—¡Herma! ¡Menudo concierto! ¡Como Kubelík!^[2]

Y, de golpe, crecieron como setas en mi cabeza, a lo largo de toda la orilla, filas de butacas en las que se aposentaban caballeros con bombachos ingleses a cuadros y damas vestidas con crinolinas rosas, suspirando y aplaudiendo con cada pez:

—*Messieurs, mesdames*, esto es auténtico arte.

Prošek apresó en su red al último de los peces, encendió un pitillo e hizo una reverencia.

La platea desapareció y él vadeó el río, poco profundo, hasta mi padre. Se cayeron en gracia al instante, porque papá era también una buena pieza. Sabía partirle los morros a los idiotas igual de bien que Prošek. Y todo lo que no sabía se lo enseñó Prošek. A papá le caía bien el patán de Prošek, ya que de toda la vida había asegurado que los finolis no valían una mierda. Acordó con Prošek que iríamos con él de veraneo a la cabaña del balsero, a ninguna otra parte.

El lucio negro

Tendría yo unos seis años. Mis hermanos no me admitían demasiado en su compañía. No era digno de ellos. Observaba sus diversiones desde la distancia. La mayor parte del tiempo lo único que hacía era chuparme el dedo a orillas del río Berounka. Lo que más les gustaba a Hugo y Jirka era ir hasta un islote a atrapar con las manos peces ocultos entre las algas verdes. Hugo era apuesto y delicado. Jirka era un forzudo y un bribón dispuesto a medirse con quien se le pusiera delante.

En el islote crecían unas largas algas verdes, fascinantes, parecidas a los cabellos del genio de las aguas del río, Oskar. Los cabellos ondeaban en la corriente, como si yaciera ahogado en la arena dorada. De vez en cuando en las algas crecían florecillas, ya no recuerdo de qué color, quizá de un blanco rosado, como las de las novias. Había poca profundidad y en las algas pastaban, como en un prado, los copépodos y las cochinillas. Las comizas y el resto de los peces solían acudir a chapotear en busca de bichos, mascando como gorrinos. Era entonces cuando mis hermanos se metían en calzoncillos para, hundiendo las manos entre las algas, palpar a tientas hasta echar mano al frío cuerpo de un pez. El pez se quedaba pasmado, después salía pitando, mi hermano reaccionaba y saltaba en su busca, erraba el blanco, salpicaba el agua, mi hermano chillaba. Como un rodeo.

En una ocasión se toparon entre las algas con un pez gigantesco; al principio pensaron que era un tronco flotante. Se trataba, en cambio, de un lucio negro: se había adentrado hasta allí tras los pececillos y no podía salir. Cuando arrancó como un torpedo, el agua voló en todas direcciones. Hugo vociferaba:

—¡No te quedes ahí mirando y ven a ayudarnos!

De golpe les parecía bueno. Pero no tenía ni la más mínima gana de meterme allí. Avancé despacio entre las algas. El lucio giró, se dirigió hacia mí y se detuvo. Vi cómo boqueaba mientras me observaba con ojos despiadados, las fauces entreabiertas, llenas de dientes. Quería devorarme. Empecé a alargar los brazos. Se puso en marcha. Saltó. Salvó sin esfuerzo el tablazo y desapareció en las profundidades. Jirka me dijo:

—¡Idiota! ¡Lo tenías al alcance de la mano! ¡No tenías más que estrujarlo por el pescuezo!

En realidad todos suspiramos aliviados de que se hubiera largado. Mis hermanos tampoco habrían intentado agarrarlo. Y esta anécdota fue una especie de predestinación, como si aquel enorme lucio fuera nuestra parca. ¿Pescaría alguno de nosotros alguna vez en su vida un pez grande de verdad? Tal vez no nos hubiera sido concedido, al no haber sido valientes entonces.

Mi primer pez

Prošek regresaba de la taberna Anamo algo achispado y canturreando cancioncillas castrenses. Conocía una infinidad de ellas, ya que durante la guerra había librado mil batallas en Serbia. En el costado le quedó de recuerdo metralla sin extraer que, sin embargo, dejaba de fastidiarlo tan pronto como se echaba para el coleteo un par de copazos. Al llegar a casa en la barca, le dio un beso en el hocico a nuestro pastor alsaciano, Holán, y se sentó al pie de una fragante acacia.

Yo estaba entonces en la balsadera: mis hermanos, de nuevo, me habían dejado atrás; preferían llevar consigo a Dáša, la hija de Béda Peroutka, que pasaba de mí olímpicamente.

Tío Prošek me miró con sus ojos verdes:

—¡Ven acá, mequetrefe!

Arrastré de mala gana los pies hasta él; no es que me tuviera en gran estima. Al que más quería era a Jirka, que era un granuja muy de su gusto. Yo era el menor, el niño de mamá. Prošek, escudriñándome inquisitivo, se sacó del bolsillo, mugriento, un pepinillo:

—Toma.

Sustituí el dedo de la boca por el pepinillo. Prošek me seguía observando. Después sacó una botella plana y me ordenó:

—Pega un lingotazo.

No quedaba ni gota en su interior, pero fingí la mayor de las felicidades. El inexistente alcohol nos amistó. Se puso en pie y me hizo señas para que lo siguiera hasta el granero. Sacó una larga vara de avellano y dijo:

—Te tallaré una caña. La tengo preparada para ti hace ya tiempo.

Sacó del bolsillo un cuchillo afilado e hizo tris por aquí y tras por allá. Yo contemplaba sus manos callosas, a las que les faltaba un dedo que él mismo se había sajado al cortar mimbre para los cestos. Contemplaba su rostro, crispado en una mueca por el dolor: de nuevo lo mortificaba la metralla en el costado, pero el alcohol para aliviarlo se le había acabado. Terminó la caña. Entonces yo aún no sabía que aquella sería mi más preciada caña. Hoy lo sé. Era la caña de mi infancia, a la que no se podrían equiparar productos posteriores de fabricación americana o japonesa. Amarró a ella el sedal, del que prendió un cañón de ganso y un anzuelo. Después añadió:

—Junto a la isla suele haber percas solitarias. Ve allí, mequetrefe, y despéinalas las greñas. Yo te espero aquí.

Se acochó en un ovillo y Holán le puso la cabeza en el regazo. Alcancé la isla por la vereda. Era algo antes del mediodía, el sol arreciaba. Enganché una lombriz y eché la caña. No picaba nada, tan solo las azuladas libélulas se posaban en los nenúfares y en algún lugar remoto del recodo se daban un banquete, mascando, los bagres. El cañón blanquecino flotaba sobre la superficie, inmóvil como un barco blanco en calma chicha. Para mis adentros, le icé las velas y ordené al capitán que navegara, que lo remolcara por la superficie un pez multicolor. Pero el cañón ni se inmutó, a mí se me cerraban los ojos y, solamente de vez en cuando, entreabría uno de ellos para comprobar si mi barquichuela blanca ya había zarpado.

De repente la veleta se sacudió, generándose a su alrededor un círculo. Una y otra vez, como si fueran señales procedentes de las insondables profundidades de las aguas. Alguien jugueteaba y hacía travesuras con el barquito, como si arrancaran el motor tirando de la correa. De modo que no era un velero, sino una lancha motora blanca. Entonces la veleta comenzó a encabritarse, haciendo el pino, patas arriba, como un ganso medio zambullido en el agua. Para entonces ya me había aferrado a

la caña con las manos crispadas. Seguro que era una de esas percas con melena que habitaban aquellos andurriales en soledad. Entretanto la veleta hizo ¡chof! y se esfumó. Sin embargo, se podía ver, bajo la superficie, que había tomado rumbo a los nenúfares. Frené. La caña se arqueó y yo sentí por primera vez en mi vida el delicioso tironeo del pez. Tras un tira y afloja por ambas partes, emergió una hirsuta boca: se trataba de una perca, grande como un gorro rojo a cuadros pero de color aceitunado y con franjas transversales oscuras. Alzaba sus aletas rojizas como estandartes en la batalla y, por su joroba, se parecía a un toro. En vez de ojos tenía monedas doradas y sobre su dorso se erguía una lanza erizada. Aquello no era un pez, era un dragón, un paladín armado hasta los dientes con plumaje rojo en el casco.

La arrastré hasta la hierba y me tendí sobre ella para que no huyera. Ambos éramos dos chavales peleones. Luego, victorioso, lo llevé hasta la balsadera. Me había pinchado con su lanza, por lo que del dedo me manaba un reguerillo de sangre. Se me ocurrió que a partir de aquel día el tío Prošek me querría tanto como a Jirka. Prošek, sentado en una banqueta, bebía vermut de cabra, leche, para depurar el alcohol. Me elogió:

—Eres un hacha.

Desolló la perca y clavó la cabeza en el portón del granero. Para que todos vieran que en Luh junto a Bránov había nacido otro pescador.

Cogí un taburete para ordeñar y me senté bajo el trofeo durante días. Cuando pasaba alguien por la balsadera, yo carraspeaba y moqueaba para que se fijaran en la perca. Coseché una buena dosis de gloria. Vino hasta Dáša, la hija de Béda Peroutka. Me dio un beso en la mejilla y declaró:

—Eres un verdadero machote.

Una noche, sin embargo, mi trofeo desapareció sin saber cómo. Es posible que se lo zampara la gata Andělka. Pero es más probable que lo quitara del portón mi amado tío Prošek, quien, hasta el gorro de mi pavoneo, volvía a aborrecerme.

El duelo de los lucios

Mis hermanos finalmente me aceptaron en la pandilla. Capturábamos peces de cebo, gobios. Oficialmente se denominan gobios del Danubio, pero nosotros los llamábamos filetes, exactamente igual que los filetes de freír. Se trata de un pececillo bien parecido, con dos bigotillos azulados barbazulados, y marmoleño marmóreo. Dios se entretuvo con virguerías a la hora de crearlo. Sin embargo, es un bicho confiado y bobo.

Para cazar filetes arremolinábamos en el río arena y cieno con los pies. Los filetes, en el barrizal, buscaban alimento: se encontraban anzuelos con lombrices. Picaban como gallinas, forcejeaban con la veleta, nosotros pegábamos un tirón y los filetes salían a la luz del día. A veces nadaban hasta nuestros pies y nos picoteaban los dedos. Clof. Clof. Clof. Nosotros chapoteábamos con los pies en el agua fría mientras pescábamos. Metíamos estos pececillos en latas para que papá y el tío Prošek capturaran con ellos algún lucio u otro caníbal acuático. Pero por aquel entonces en el río no proliferaban los filetes. El tío Prošek descubrió que últimamente los lucios devoraban también percas. Sabían perfectamente lo sabrosa que es la carne de la espinosa perca. En el menú de los lucios se había incluido a la perca sin que nadie se hubiera dado cuenta.

En aquella época frecuentaba la región de Křivoklát, con su tartana y su esposa Vlasta, el tipógrafo de Žižkov Béda Peroutka, hinchado del *Viktoria Žižkov*.^[3] Mi padre y él se hicieron amigos de inmediato. Por Navidades se enviaban ensalada de patata en orinales policromados. Ambos eran jóvenes. Cuando se viajaba de Křivoklát a Praga, del exterior de los cabriolés descapotables colgaban lucios y detrás de los coches brincaban las ollas y cubos que habían atado a la trasera. No se prestaba demasiada atención a la velocidad. Por el camino, las tripulaciones se gritaban consignas y, sobre todo, groserías. Las señoras ya no se ruborizaban, estaban más que acostumbradas.

A la altura de Křivoklát papá debía anunciar:

—¡Aquí vive Holub, el pastelero!

Proveniente del siguiente coche retumbaba la alborozada réplica de Peroutka:

—¡Pues bésale el trasero!

Si papá no vociferaba lo esperado, Peroutka estaba de un humor de perros un día y una noche enteros.

En una ocasión, en Luh, Béda se empeñó en que les iba a dar una lección a papá y a Prošek con los peces, y marchó a por lucios con el campeón local, Fřantísek Pavlíček, a la Roca del Diablo. Por lo visto se llamaba a aquel lugar la Roca del Diablo porque una vez un cazador se encaramó hasta allí con una botella de diablo^[4] en el bolsillo, tropezó con una roca, el diablo cayó y se derramó; bueno, y desde entonces se convirtió, en efecto, en la Roca del Diablo. Una versión alternativa, más sobria, cuenta que el Diablo debía construir en una noche un puente que atravesara el río Berounka para raptar a la hija del pescador. Pero no alcanzó a hacerlo antes del alba y del quiquiriquí del gallo, así que se quedó con un palmo de narices y plantado en aquella roca. Bajo esa roca, de toda la vida, abundaban los lucios en las profundidades.

Cuando papá se percató de la maniobra, él y Prošek capturaron unas percas de lo más hermosas y navegaron en barca río arriba, a contracorriente, más allá de la isla y hasta las hoyas de lucios en Brtva. Pescaron lucios enormes. Uno de ellos, por lo visto, incluso llegó a saltar a por la perca nada más caer esta a la hoya, del hambre que tenía.

Regresaron poco antes que Béda, quien, despatarrado en la orilla contraria, alzaba sobre su

cabeza un lucio de dos kilos mientras proclamaba a voces:

—¡He aquí lo inapresable!

—¡Ven a este lado, pedazo de memo! —le respondió papá.

En cuanto Béda llegó, lo agarró del brazo para conducirlo hasta el vivero. En la balsa de la embarcación se dibujaban los dorsos verde oscuro de tres grandes lucios. Béda, ipso facto, se refrescó con agua para no desmayarse y caer de cabeza al río.

Se limitó a escupir entre dientes:

—Bastardos. Nos la habéis jugado, seguro.

Papá le desveló aquella noche, bajo una acacia, el secreto de las percas y le recomendó adonde ir de buena mañana a por lucios. Y es que aquella acacia tenía el poder de hacer que bajo ella todos dijeran la verdad. Hasta los pescadores.

Bajo la Roca de Šíma

Así corría el tiempo. Recibí mi primer carrete y empecé a meterme la camisa por dentro del pantalón. Papá nos compró un balón de fútbol, igualito al que usaba el Arsenal londinense, ese equipo de gloriosos cañoneros. Con él disputábamos en la plazoleta innumerables batallas y contiendas hasta que una mañana los chavales me descoyuntaron un dedo y el tío Prošek me lo tuvo que colocar de nuevo en su sitio de un tirón.

El río seguía estando repleto de peces.

Mamá los empanaba, los asaba en filetes y después los ponía en vinagre intercalando rodajas de cebolla. El pescado se almacenaba en la bodega más fría, bajo la ladera, en una cubeta de piedra. Delicioso. Cuando alguno de los aldeanos enfermaba, acudían a nuestra casa a buscar pescado en conserva. Los sanos también. Y los que más frecuentaban nuestra casa en busca de pescado en conserva eran los que tenían una buena resaca. Había pescado de primavera a otoño, se dejaba sazonar en la cubeta y las raspas quedaban en su punto. En la canícula estaba fresco y en invierno tibio.

La diversión no tenía fin, como si toda la vida hubiera de ser un carnaval. Sobre el dique, desde el río, se alzaba una elevada roca arcillosa, rojiza, a la que se llamaba Roca de Šíma.

Quizá porque en las aldeas vivía infinidad de gente apellidada Šíma. Cuando pasábamos por delante de aquella roca, cantábamos:

Junto a la roca de Šíma
dos vagabundos había.
Como no tienen tarea,
tan solo guitarrean.
Lailailalarará,
lailailalarará,
lailailalarará,
yupi, yupi, yup.

Solíamos rodear la Roca de Šíma por las noches, bajo el dique, cuando íbamos a pescar barbos.

El tío Prošek encabezaba la expedición con su sombrero de paja, después iba papá con su mata de pelo, luego Hugo, Jirka y yo. Llevábamos cañas largas: llegaban hasta las estrellas que habían aparecido en el firmamento. Con semejante vara quizá se podrían encender estrellas, igual que las lámparas de gas de la Ciudad Vieja. El cielo era añil y ante nosotros caía un torrente de agua del dique. El dique borbotaba, debajo se formaban remolinos blancuzcos. Enfrente tableteaba su faena diaria el molino del pueblo de Nezabudice. En el centro refulgía una gran estrella blanca, la ventana del molinero Čech. Y sobre todo aquello se arqueaba como una bóveda el firmamento con sus dimensiones cósmicas.

Prošek se giró:

—Aquí está bien.

Habíamos llegado hasta la corriente de agua, donde estaba el desnivel y permanecían los barbos. Nadando sin descanso a contracorriente, viven casi siempre en los torrentes y son por ello resistentes y robustos. Vuelcan las piedras con el hocico para buscar bajo ellas cangrejos y manjares que llevarse a la boca. Tienen unas recias aletas y un cuerpo cilíndrico que hacen que parezcan un avión supersónico.

Desembalamos los trastos. Fijamos a las largas varas, en lugar de sedal, alambres largos y

delgados que cortaban las torrenciales aguas como una cuchilla. En los anzuelos colocamos lombrices de tierra.

Nos sentamos en la mullida hierba sujetando las cañas. Tío Prošek fue el primero en sacar un barbo. Se revolvía sobre la hierba restallando sus cuatro bigotillos y silbando como si gimiera; a ojos vista, estaba que trinaba.

El siguiente barbo mordió mi anzuelo. Al principio sentí solo un golpecillo proveniente del agua, como una llamada desde las insondables profundidades acuáticas. Y después un tirón, como cuando algo se enreda en la caña, por ejemplo una zosteria flotante. Enrollé sedal. En el extremo del anzuelo había un barbo. Su cuerpo salió a flote sobre la superficie del río en el preciso instante en el que la luna, desde lo alto, desvelaba la escena. Era como plata fundida, o como el balde de estaño con el que se escancia el vino de las viñas reales. Un pez aguerrido: luchó por su vida sin medida, sin cesar de tirar hacia la corriente, introduciéndose a la fuerza en las aguas más torrenciales, del mismo modo que los audaces en el mar. El hilo era como de acero. Batallamos cada centímetro. Por fin, sucumbió: se trataba de un combate desigual.

Tras arrastrarlo hasta la hierba, cubierto de rocío, lo acaricié, como se hace con un perro o un gato. Su cuerpo, sin embargo, permaneció ajeno, frío, ictíneo. De inmediato, ensarté el cuchillo en su cabeza, pues incluso los valientes pagan a veces sus errores con la muerte. Lo maté porque había visto cómo lo hacían el tío Prošek y papá, y ellos a su vez lo habían visto hacer a sus antepasados. Sus poderosas aletas cayeron inertes y su cuerpo, parecido a un hermoso avión plateado de larga distancia, se apagó.

Cómo papá y yo les servimos un banquete a las anguilas

Mi avezado padre me llevó un día a tender palangres. Había urdido un plan excelente y, sobre todo, audaz para capturar anguilas de manera infalible: colocaríamos palangres a gran profundidad en la corriente que baja de Palouk; echaríamos el cebo hacia las zonas por las que las anguilas remontan la corriente y les serviríamos un festín al que, según papá, no podrían resistirse. Capturaríamos tantas anguilas que tendríamos que encargarle al carnicero que las ahumara. Papá me aseguró:

—Las anguilas ahumadas son lo mejor del mundo. Se pueden comer durante todo el año.

Papá también me explicó que habría que esperar al momento propicio: cuando desapareciera la luna, y el cielo se encapotara, y las estrellas durmieran. Además, las aguas del río tendrían que crecer y, a poder ser, enturbiarse hasta formar un pequeño lodazal.

Entretanto nos embarcamos en preparativos febriles. Hicimos pedazos dos cuerdas de tender la ropa nuevecitas y afilamos con una lima la punta de los anzuelos para que se introdujeran sin problemas en las diminutas bocas de las anguilas. Hicimos acopio de cebos: marchamos hasta un arroyo y capturamos unos pececillos preciosos, unos foxinos; los machos de esta especie, con sus hocicos de color rojo sangre y un cuerpo sobre el que jugueteaba el verdor de la esmeralda con la negrura del terciopelo, parecían pececillos de acuario. Partíamos de la idea de que debíamos ofrecer a las anguilas algo extraordinariamente único que no se pudiera encontrar en el río. Papá incluso llegó a sentenciar que las anguilas se iban a cagar del gusto. En Luh por poco le destrozamos a tío Prošek la huerta entera con una laya para dar con unas cuantas lombrices. Pero estábamos preparados y pertrechados a la perfección.

Cuando comenzaron a caer aguaceros densos y torrenciales mi padre se empezó a frotar las manos. El agua de lluvia encharcó campos y prados, arrastrando consigo al río lombrices ahogadas, saltamontes empapados y pulgones abotargados. En el río los peces ya estaban a la espera de llenarse la barriga. Se formó un lodazal, a lo largo de la orilla corrían los primeros regueros de lodo. Por aquel entonces acudieron a la balsadera unos visitantes que, calados hasta los huesos, intentaban entrar en calor junto a la estufa. Papá evitaba hablar delante de ellos y tan solo me guiñaba el ojo de vez en cuando, dando a entender que había llegado el momento adecuado.

Con el crepúsculo salimos a hurtadillas: botas en los pies, chubasqueros encima y esperanza en el corazón. Avanzamos contra la corriente, a una decena de metros del río, por un vericuetto más adecuado para las cabras montesas que para los humanos. No sé durante cuánto tiempo estuvimos caminando, pero fue horrendo: rocas resbaladizas y repechos escarpados, ramas golpeando nuestros rostros y lluvia diluviando. Yo me iba enfadando cada vez más con mi padre, que, de cuando en cuando, se giraba para mascullar algo como:

—Ha llegado el momento.

Palouk está en el quinto pino, incluso a plena luz del día; eso es algo que os puede confirmar cualquiera en Luh, hasta los Vlč, hasta los Pavlíček. No me entraba en la cabeza por qué razón no habíamos tendido los palangres justo enfrente de la balsadera cuando, con semejante temporal, a nadie se le ocurriría asomar las narices por la ribera. Únicamente a papá, que quería asegurarse las aguas más profundas y caudalosas.

Después de largo rato montamos el campamento en Palouk. Papá puso en el suelo el cubo vivero

abarrotado de foxinos y sacó el palangre de la mochila. Se giró hacia mí y dijo:

—Hermosa noche. Les prepararemos un banquete que se lo harán encima.

Era presa de genuino ardor y apasionamiento furtivos. Fue alternando los cebos, ensartando ora una lombriz, ora un pececillo, ora otra lombriz. No prestaba la menor atención a lo que yo anduviera haciendo, me ignoraba por completo. A mí, allí plantado y estremecido de frío, me importaban un bledo todas aquellas anguilas. Incluso las ahumadas. Una vez hubo terminado la operación, me ordenó:

—¡Desvístete!

Mientras me desvestía, eché un vistazo al río. En las márgenes, y bajo el resplandor de la luna, pude ver cómo crecía, cómo los tallos de la hierba se bañaban y sumergían en las aguas, cómo las cañas se combaban, cimbrecaban y se precipitaban corriente abajo. Me quité los pantalones y dije en voz baja:

—Papá, el río está creciendo.

No sé si me llegó a escuchar, pero desde luego no reaccionó en modo alguno ante mis palabras. De pie en la orilla de semejante guisa, tal y como mi madre me había traído al mundo, dios sabe por qué razón me dio por taparme mis partes pudendas. Papá dijo:

—Agarra el palangre y arrea con él al río. Cuando esté tenso, deja caer la piedra.

No me moví. Escuché el rugido en medio del río. Me entró miedo. Me quedé ahí plantado como un mulo al que se obliga a avanzar hacia donde no quiere, pero no encontré el valor para decir que no iba a meterme allí adentro. Papá insistió:

—Ve sin miedo. Eres hijo mío. Por algo has salido a mí. Cogí la piedra y lo miré: también estaba, a ojos vistas, asustado; sin embargo le podía la idea de desperdiciar lo invertido. Si habíamos capturado a duras penas los foxinos, nos faltó poco para destrozar el huerto e hicimos pedazos dos cuerdas del tendadero... No paraba de dar la tabarra con las anguilas, sin querer darse por vencido. Ante todo, no quería reconocer que habíamos llegado al río demasiado tarde, cuando ya se había producido la crecida.

Me introduje en el río. La primera impresión no fue del todo mala. El agua me hacía cosquillas en las pantorrillas y, después, en las rodillas. Fluía con suavidad a lo largo de la orilla para apresurarse después hacia raudales mayores. Solo al alcanzarme la cintura fui consciente de lo mucho que arreciaba la corriente. Me vi obligado a hincar cada vez más los pies entre las rocas para hacer frente a las aguas, sujetando a la vez entre las manos la enorme piedra atada a una cuerda desmayada. Aún alcancé a divisar la silueta de papá en la orilla y a entreoír cómo me animaba a gritos, como cuando jugaba al fútbol o, años más tarde, al *hockey*. Pero no sirvió de un carajo: me sentía solo y abandonado. El agua me llegaba al ombligo y, luego, hasta el pecho, empeñada en desaferrarme del fondo. Y él vociferaba:

—¡Sigue! ¡Ya casi está!

Cuando miré hacia atrás ya no lo vi: se había fundido con los árboles y la ribera. ¿Con qué derecho me metía en ese berenjenal, si él ni siquiera sabía nadar? Eso me lo había soplado mamá ante mi pregunta de por qué papá nunca se bañaba con nosotros. Tenían que ser aquellas anguilas las que lo cegaban como para pretender que me adentrarse aún más.

El río me llegaba hasta los hombros. Y poco después hasta el cuello. Podía sentir su fuerza. Este río no era como el de ayer. Se trataba de otro río. Sanguinario. La corriente se apoderó de mí, sus olas me zarandeaban y rugían: «¿A qué has venido, insolente?». Saqué fuerzas de flaqueza para un único grito:

—¡Papá!

Se me metió el agua en la boca, perdí tierra firme bajo los pies. Sabía perfectamente que no podía soltar la cuerda, porque entonces las aguas me arrastrarían y me despedazarían corriente abajo entre piedras y torrentes. Desamarré la piedra de la cuerda y la dejé caer al fondo. Convulso, me agarré a la cuerda; sentí cómo algo tiraba de mí, muy lentamente, hacia la orilla. Papá me estaba arrastrando hacia aguas poco profundas. Resulté ser la criatura más grande que jamás hubiera pendido de una de sus cuerdas o anzuelos.

Tambaleándome entre los matorrales, fui liberándome del pánico y el agua gélida. Oí cómo mi padre guardaba la cuerda, soltaba a los pececillos, levantaba el campamento y refunfuñaba:

—Mis pececillos dorados. No era exactamente la noche más adecuada. Pero la próxima vez les serviré un festín de cagarse.

Sentado en cuclillas, se me pasó por la cabeza que aquel día, por el contrario, los que nos habíamos cagado encima éramos nosotros. Probablemente porque al auxilio de las anguilas había acudido su madre: el río.

Las setas blancas

Fuimos a por leña. Los bosques de Křivoclát son profundos, hasta el punto de que algunas personas temen adentrarse en ellos. En cualquier instante pueden aparecer, a caballo y arcos en ristre, los bandoleros de Týřov. Y, sobre todo, allí nos podemos encontrar con los bravos reyes checos, acompañados de su séquito. Mis respetos, su majestad, provengo de Luh junto a Bránov. Me llaman Mequetrefe.

En cualquier momento puede uno escuchar el llanto de una persona o el lamento de una presa herida. Puede asomar una manada de jabalíes salvajes o el legendario ciervo con un crucifijo entre los cuernos. [\[5\]](#)

Avanzaba en silencio a la cola de la comitiva familiar para verlo todo y no perder detalle. Mi hada madrina de la maravillosa ciudad de la fantasía me agarraba de la mano. El follaje ya amarilleaba, se avecinaba el otoño. En lo alto de los robustos árboles se encontraban los nidos de los comandos de asalto aviares. Allí, en alguna parte, mora el pájaro Noh. [\[6\]](#) Si me quedara rezagado, descendería y me llevaría.

Nos hundíamos en el valle. Jirka, con su sonora voz, rompió a cantar:

Con unos cazadores nos topamos,
de unos perros acompañados, ados,
uno hacía ¡guau, guau, guau!
y el otro ¡ñau, ñau, ñau!

Al llegar al guau, guau, guau, y en especial al ñau, ñau, ñau, se meneaba a más no poder y hacía todo tipo de muecas. Nos unimos a él. Habíamos llegado ya a la linde del bosque:

Cuando, vagabundo, me marche de aquí,
le echaré un nudo al ható:
tan rápido, mocita mía,
tan rapidito te cansaste de mí.

De repente resonó la voz de Hugo:

—¡Alto!

—¿Qué ocurre? —preguntó mamá, al frente.

—¡Fijaos en esa ladera blanca!

—Pero si es un pedregal —dijo mamá—. Una ladera cubierta de piedras blancas.

—No son solo piedras —respondió Hugo, echando a correr por la pendiente. Y desde allí gritó —: ¡Son setas!

Trepamos a toda velocidad hacia la ladera cuajada de robles. Se trataba, en efecto, de una falda cubierta de rocas entre las que proliferaban cientos de setas blancas. Las palpamos: algunas habían crecido en exceso y tenían su cabeza parduzca reventada. Como si hubieran crecido allí durante cien años, o puede que más. Y todas eran diferentes, como si hubieran salido de la mano de un pintor. Ahusadas y gordiflonas. Adorables monigotes. Niñitos de mamá y apuestos ancianos. Tanto a unos como a otros les dimos un besito en el sombrerillo. Arrojamós toda la leña de los cestos, los llenamos a rebosar, y aun así seguía habiendo setas a manos llenas. Mis hermanos se acercaron al haza de tía Karolina a buscar dos grandes cestos, que también abarrotamos.

Una vez en Luh esparcimos las setas en el granero sobre una sábana. Nos marchamos todos, a

excepción de mamá, que se quedó frente a las setas, al parecer para recrearse en ellas. Pensé que estaría organizando una orgía micológica digna del emperador Nerón, que adoraba las setas cocinadas de cualquiera de las maneras.

Cuando regresé, encontré a mamá todavía allí, las manos hundidas en una montonera de setas y el rostro empapado de lágrimas.

—¿Por qué lloras, mamá?

—¡Cuando abundan las setas comienza una guerra!

—Eso es superstición, mamá.

—Lo ha dicho tía Karolina. Antes de la Primera Guerra Mundial, por lo visto, también crecieron de este modo. Millares de setas blancas. Y luego vinieron la penuria y la miseria.

Al año siguiente nos ocuparon los alemanes.

Poco después de aquello, sentados en un banco de Luh, escuchábamos por la radio cómo bombardeaban Varsovia. Oíamos los pesados aviones alemanes Junkers y Heinkel tronando sobre la ciudad. Retumbaban las primeras detonaciones.

Tapándome los oídos, atravesé Luh a la carrera, calle abajo. Me parecía que también allí resonaban las bombas. No llegué a verlas caer. El primer impacto alcanzó la bodega con la cubeta para el pescado en conserva. La cubeta reventó y los peces se desparramaron por el barro. ¡Chofi El segundo impacto lo recibió la endeble embarcación del balsero; los tablones volaron por los aires como si fueran astillas. ¡Crac! La casa a orillas del río se derrumbó, envuelta en llamas. Sobrevolaba el río un enorme Heinkel gris, a los mandos un piloto sonriente con una calavera blanca enseñando los dientes y en las alas cruces negras. Empezó a lanzar bombas al río, a mis peces. Emergían a la superficie sus cuerpos inertes, blancos como las esquelas mortuorias blancas en los escaparates, semejantes también a las setas blancas con las cabezas reventadas por el gigantismo.

Y en las esquelas rezaba:

JAMÁS REGRESAREMOS A ESTE LUGAR.

SE TERMINÓ EL BAILE DE MÁSCARAS INFANTIL.

Pueden hasta matarse

En Buštěhrad había dos estanques. Los estanques estaban separados entre sí por un dique, y álamos, y una calzada. El estanque nuevo nunca me atrajo. Sus orillas eran frías, en su mayoría de piedra y ladrillo. El viejo estanque era distinto. Parte de sus orillas estaba recubierta de argamasa. Conservaba el olor del riachuelo que desembocaba en él tras pasar junto a la taberna de Oplít y apestaba al orín que desaguaba de las casas de labranza. Olía a sauces añosos y al barro en el que las carpas se rebozaban la barriga, y olía a la cerveza que borboteaba en la fábrica de cerveza cercana.

En el centro de mi atención nadaban las carpas, recién implantadas en la zona. No podía olvidar a la perca de Křivoklát ni a los combativos barbos que capturé en su día. Llevaba los peces en la sangre, ardía en deseos de volver a pescar. En Buštěhrad no tenía dónde. Ni un arroyo ni un río decentes discurriendo en kilómetros a la redonda. Tan solo estanques con la advertencia de que la pesca de peces estaba prohibida.

Observé las carpas, su despreocupado divagar por el agua, evidentemente sin darle demasiadas vueltas a la cabeza. Se trasladaban de un punto a otro del estanque marchando en tropel, como un ejército. Se movían en círculos y comían. Cuando las sombras de los álamos se inclinaron sobre mi estanque, trepé a un sauce para narrarles historias en voz baja. Me pareció que aguzaban los oídos y prestaban atención. Hermosas, doradas como el latón, cuando hacían el pino o daban una voltereta podía ver sus carnosas panzas amarillas. Los empleados de la fábrica de cerveza las cebaban con bagazo.

Por aquel entonces necesitábamos la succulenta y apetitosa carne de las carpas, para consumo propio y para el estraperlo. A cambio de harina, de pan y de los cigarrillos de mamá. Vivía ya solo con mi madre; los demás habían sido internados en un campo de concentración. Seguía sin conocer lo suficiente a las carpas. Debía averiguar cuándo estaban de buen y de mal humor, cuándo tenían hambre y cuándo, por el contrario, la tripa llena, y cuándo tenían ganas de retozar. Debía saber dónde nadaban y dónde era inútil esperarlas. Ya me había agenciado una caña rígida y corta, sedal, veleta y anzuelo. No podía ponerme manos a la obra hasta conocer al dedillo al enemigo. Los enemigos no eran las carpas, sino, sobre todo, los seres humanos. A través de la ventana del castillo se oía la almibarada canción alemana *Lili Marleen* saliendo de un gramófono. En sus banquetes se servían, precisamente, carpas. En la ciudad había varios delatores que mantenían las ventanas abiertas de par en par para no pasar nada por alto ni perder comba. También vivía en Buštěhrad el señor František Záruba, que custodiaba las carpas. Él fue el primer estanquero que conocí en mi vida. Debía conocerlo igual de bien que a las carpas. Cuándo estaba de buen y de mal humor, cuándo marchaba a comer, cuándo al estanque y cuándo no asomaba siquiera la nariz por allí. Tenía que familiarizarme con él. Me encasquetaba hasta las cejas la vieja gorra del abuelo, vestía su ajado traje y renqueaba: no podía dejar huella en su memoria. Cuando lo divisé por primera vez, me quedé tieso del susto: era jorobado, con una joroba comparable a la del campanero de Notre-Dame de París, el infeliz Quasimodo. Y era bajito. Incapaz de dar pasos largos ni saltos, no podía correr rápido: jamás me alcanzaría. Pero por mamá sabía que algunas de estas personas podían llegar a ser muy malvadas, que pagaban con los demás el hecho de que Dios los hubiera estigmatizado.

En el bosquecillo frente al barrio de Dříň, solía ir a entrenar por si Záruba me pillaba. Después, por la noche, acudía a observar las carpas, a comprobar si habían cambiado sus costumbres. Cada tanto aparecía una sombra oscura bajo el sauce.

Al segundo día ya fui con la caña bajo el abrigo.

En la represa estaba el tabernero Josef Oplt, que me recorrió de los pies a la cabeza con su único ojo (el otro lo tenía muerto, de cristal). Lo saludé educadamente mientras rezaba para mis adentros, muerto de miedo: «Padre Nuestro que estás en los cielos, no me traiciones. Señor Oplt, no me vaya a traicionar usted tampoco. Que nuestro abuelo Ferdinand iba a su cantina a echar la partida de tute y se dejó en su local una barbaridad de dinero. Al menos eso es lo que decía la abuela Malvina. Amén».

Me encaramé al sauce y saqué la caña. Moldeé masa para hacer una carnada. Los alrededores del estanque estaban en calma y era difícil que me vieran en mi escondrijo. La fábrica de cerveza humeaba, con la cerveza macerándose en los calderos. El arroyo desprendía su olor y los sauces su rumor. Los alemanes cerraron las ventanas del castillo, puesto que ya refrescaba. František Záruba daba buena cuenta de su cena. Fue entonces cuando picó la primera carpa. La veleta primero se cimbrió como una bailarina para zambullirse inmediatamente bajo el agua y, a continuación, bajo el sauce. Pegué un respingo al sentir un tirón tan fuerte. Era una carpa intrépida. Zarandeó mi caña recortada, pero al final, boqueando en busca de aire, se rindió. Una belleza. Dorada como el latón y con una barriga cervecera de color azufrado, atiborrada de bagazo. Saqué una más y me largué a la chita callando, como un gato con su sardina. Debía permanecer junto al estanque el menor tiempo posible; cada minuto aumentaba el peligro. Dejé atrás al señor Oplt, que fumaba su cigarrillo sin decir esta boca es mía.

Una vez en casa mamá me dio un beso por haber capturado aquellas dos carpas; era el cuarto año de guerra y la comida escaseaba. La pobre ni se imaginaba que aquello no podía acabar de otro modo que no fuera con un tremendo embrollo.

Muy pronto supieron de mi existencia. Alguien dio el soplo. Alguno de los que se ocultaban tras aquellas ventanas colaboracionistas me delató a Záruba. Me olía que se tendía una tela de araña a mi alrededor, divisaba nubarrones sobre mi viejo estanque, que últimamente, me parecía un lugar maléfico: el viento lo agitaba y las olas rompían amenazantes contra sus orillas cubiertas de hierba. Incluso la fábrica de cerveza me resultaba inhóspita, con aquel hedor a cerveza en lontananza.

Pesqué unas cuantas carpas más, hasta que me entró miedo. Todos los miembros de nuestra familia estaban ya en un campo de concentración o muertos. A la abuelita Malvina, la que le reprochaba al abuelo Ferdinand que fuera a jugar al tute, por lo visto la gasaron en Auschwitz. Tumbado en su cama, helada, cerré los ojos e imaginé un avión gris, modelo Heinkel, con cruces negras en las alas, lanzando bombas. Después me calcé las babuchas y recorrí sigiloso aquella gigantesca casa, maldita, muerta. Pasé frente a mi madre, menuda, profundamente dormida, que penaba hasta extremos insospechados por el mero hecho de no haber querido separarse de un judío ante los hombres una vez lo hubo tomado por esposo ante Dios. La contemplé: asomaban ya las arrugas en su frente, se había afanado con las labores más duras en los campos. Puede que aquel día ni siquiera hubiera cenado. Tenía el aspecto frágil de un niño, mientras que yo tenía la sensación de ser adulto, dado que era el único y el último hombre de la casa. Descendí por las escaleras de piedra hasta la planta baja, dejando atrás puertas tras las que no vivía nadie más que las almas de los difuntos. Allí, una vez, vivió la señorita Hassoldová, la de Correos; ahora descansa en paz en el cementerio de Buštěhrad. Por todas partes pululaban arañas con una cruz en el dorso y telas de araña. Entré a la bodega. En la cuba de piedra nadaba la última carpa que había capturado. Iba de acá para allá en tramos cortos: cuando su romo hociquillo se topaba con la pared de piedra, se daba la vuelta. Me ignoraba, como si se hubiera dado cuenta de que le había contado un cuento en el que el mundo era como el paraíso y después la hubiera traicionado, como hacen todos los que prometen el paraíso.

«Mañana iré de nuevo al estanque y le traeré un hermanito y una hermanita. Todos tendrán ojos dorados que brillarán como faros dorados.»

Al día siguiente, al atardecer, cuando se cerraron las ventanas del castillo y Záruba se sentó frente a su cena, agarré de nuevo mi caña recortada y marché hacia la represa. Pasé frente a los álamos, de los cuales caían al suelo hojas como de lupino, y frente al señor Oplt, que estaba plantado en el dique fumando como una chimenea. Encaramado al sauce pesqué la primera carpa. Emergió, se tragó la carnaza y se sumergió como un submarino. La puse a buen recaudo en el fardel, cubriéndola con un trapo para que no aleteara. Cuando me disponía a pescar la segunda, apareció Záruba. Así que no estaba frente a su cena, sino junto al estanque, acechando. Venía corriendo desde el pozo, vociferando:

—¡Detente! ¡Detente, barrabás!

Corría con torpeza y lentitud. Eché mano a la caña y salí disparado cual caballo de carreras. Troté hasta la tasca de Oplt, que esperaba al pie de un árbol. Oplt, sin abrir la boca, me señaló el portillo de su patio, abierto, y dijo:

—¡Enciértrate en el cobertizo!

Al rato entreoí a Záruba jadeando y discutiendo con Oplt. También al hermanito de la carpa, boqueando en el fardel. Yo, por el contrario, contenía la respiración. Estaba aterrado. La gente como Záruba es malvada. Pueden hasta matarte.

El señor Oplt me abrió más o menos transcurrida una hora; ya podía irme a casa con tranquilidad.

Al día siguiente regresé; pensé que a nadie se le ocurriría que pudiera tener el descaro de hacerlo. Oplt ya no estaba allí; se ve que no quería tomar cartas en el asunto.

Apenas me hube acomodado en el sauce, apareció Záruba. Llevaba en la mano una vara corta parecida a una porra con la que se le podía partir la crisma a un cachorrillo como yo. De sopetón, comprendí que Záruba era sesudo y astuto como Quasimodo. Se trataba de un enemigo más peligroso que los alemanes del castillo o que los soplones de las ventanas. Conocía mis costumbres; había entendido que por mis venas corría sangre de furtivo. Jamás lograría escapar de él; a la postre me daría alcance con su vara, corta y rígida, y me molería a palos, si no me mataba.

Dejé que se acercara un poco más. Gritó:

—¡Detente, bastardo! ¡Detente, judío de mierda!

Ya no se me partía el alma ante los improperios; me había acostumbrado a ellos en el transcurso de la guerra. Me bajé del sauce de un brinco, atravesé con facilidad el talud y me deslicé a la carrera entre los álamos. Me sentía liviano como una pluma, con la seguridad de que no me atraparía. Era el único de la familia que no tenía ni grilletes en las piernas ni argolla en el cuello. Así que corrí, libre como un pájaro, hasta los campos de labranza, huyendo por las veredas hasta el bosque azul. Dormí bajo los abetos, escuchando de noche a las lechuzas. Volví a casa ya de mañana. Mamá me contó que por la noche habían venido los carabineros, armados con rifles y bayonetas caladas. Luego, rompiendo a llorar, se arrodilló ante mí para suplicarme que no regresara jamás al estanque.

Los carabineros no volvieron a pasar por casa. El brigada Knesl, conocido nuestro, nos confió que Záruba había estado en el cuartel de los carabineros, donde había pregonado:

—Yo ajustaré cuentas con ese bribón. Es asunto mío. Yo soy el estanquero.

Evitaba el viejo estanque con un gran rodeo; me había convencido de que en él nadaban cocodrilos y tiburones. Y también pulpos que me arrastrarían a las profundidades expulsando tinta azul de la marca Barock para que mamá no me encontrara y no me pudiera enterrar en una plácida tumba junto a la señorita Hassoldová en el cementerio de Buštěhrad. El estanque, en lo que a mí

respectaba, había dejado de existir. Lo había sepultado en mi memoria. Ahora acaparaban mi atención el fútbol y el bosque. Y además debía trabajar: recolectar las espigas de las que, con el mayal, desgranábamos los cereales, o recoger carbón de las escombreras para tener con qué calentarnos en invierno.

Ni siquiera sé cómo ocurrió: un día fui a la bodega y entre mis manos, de nuevo, tenía la cañita. La cabeza me daba vueltas. «Tontaina, en el viejo estanque no hubo nunca tiburones ni pulpos, sino centenares de hermanitos-carpa de ojillos dorados.»

No pude contenerme.

Me puse en camino con el crepúsculo. Dejé atrás los álamos y la represa, en la que no había ni un alma. Tal vez salí algo temprano, aún se veía. Sin embargo, una vez en marcha no había vuelta atrás. No me detuve junto al sauce, me dirigí hasta la bomba de agua a la orilla del estanque. Para verlo de lejos si es que se acercaba. Conducían hasta mí tres vías de acceso. La primera paralela al estanque; la segunda en el lado opuesto, también paralela al agua; y la tercera, una callejuela angosta que ascendía hasta la escuela. Záruba podía llegar por uno de estos tres caminos, y yo podía escabullirme por uno de los dos restantes.

Desenvolví la caña y eché el anzuelo. Experimenté una beatitud inefable con el vaivén de la veleta sobre el agua. Esta era verde como la hierba del bosque y desprendía el aroma de los peces. Junto al ancón croaban las ranas y de la fábrica de cerveza provenía el traqueteo regular de la maquinaria. La veleta comenzó a zarandearse. Estaba asomado al agua cuando caí en la cuenta de que algo no iba bien.

Al levantar la cabeza me quedé de piedra. Por una de las orillas del estanque avanzaba hacia mí, sin decir ni pío, un tipo al que no conocía. Y por el otro extremo del estanque se acercaba otro más. Arrojé la caña al agua. Tenía las piernas como anquilosadas. Se hizo el silencio en el estanque; podía escuchar mi corazón tocando a rebato. Y entonces tomé impulso. Salté por encima del borde de la bomba y salí disparado calle arriba hacia la escuela. Era mi tercera y única opción. Alargué los pasos mientras, de nuevo, advertía el silencio que reinaba en la ciudad. Al parecer, toda la localidad seguía atentamente mi carrera, casi toda la ciudad estaba de mi parte. Desde las ventanas del castillo, abiertas, oteaban los alemanes con prismáticos ante los ojos. Desde las ventanas de los delatores, también de par en par, se asomaban hombrecillos huesudos y sus prójimas.

Corría a pasos agigantados por la callejuela.

Viré en el último recodo. Ante mí apareció el mismísimo Záruba. Esparrancado en mitad de la calle como los de la *Gestapo* que solían ir de vez en cuando a casa a hacer un registro. En la mano, aquella vara corta que se asemejaba a una porra. A ambos lados de la calle se alzaban muros; era un lugar apartado de todas las miradas.

Se me doblaron las piernas. Me agarró del brazo. Como esperaba recibir el impacto del garrote, me encorvé. Pero no sucedió nada. Alcé la vista hacia él. Me dio una orden tajante:

—¡Grita!

Al principio no até cabos.

—¡Venga, carajo! ¡Grita!

Entonces lo entendí. Debía gritar para los alemanes de las ventanas de palacio y para los colaboracionistas. Grité del mismo modo que una vez oí chillar a un gorrino cuando, en casa del abuelo Ferdinand, lo intentaron matar con una *Browning* y no atinaron ni al primer ni al segundo intento. Me desgañifé con todas mis fuerzas, del mismo modo que antes me había dejado el alma corriendo. Záruba, pegado a una de las tapias, daba azotes al aire con su vara corta y dura. Luego me zarandeó y concluyó:

—Es suficiente.

Entonces, frente a frente, nos observamos detenidamente. Eramos los últimos monos de la ciudad: él, marcado por Dios, y yo, estigmatizado por un pueblo superior. Preguntó:

—¿Y papá? ¿Os escribe desde el campo de concentración?

Meneé la cabeza a modo de negación.

—¿Y tus hermanos?

De nuevo, negué con la cabeza.

Después, el señor Záruba se apoyó en un muro, se encendió tranquilamente un cigarrillo, como si estuviera en el soportal de un balneario, y me echó la siguiente perorata:

—No te asomes más al viejo estanque. El nuevo también es bonito. Puedes pescar desde las casas de labor. Allí nadie te verá, es un lugar completamente seguro. Y las carpas del estanque nuevo son, en mi opinión, aún más sabrosas. Pero ve solo cuando sea noche cerrada, cuando no brille la luna.

Yo lo miraba con los ojos fuera de las órbitas, como en éxtasis. Asentí para indicar que así lo haría.

Finalmente, añadió:

—Y ahora márchate, cojeando. Ve cojeando hasta casa, como aquella vez, la primera vez que nos vimos, en que llevabas esa enorme gorra calada hasta las orejas y renqueabas para que no te reconociera. ¿Recuerdas? Aquella vez en que me miraste de arriba a abajo para ver qué pinta tenía.

Le sonreí. Aquella sonrisa era lo único que podía ofrecerle. Al marcharme, escuché que me decía:

—Y añade anís a la carnaza para las carpas. Las vuelve locas y pican enseguida.

Fui cojeando calle arriba.

Él, por su parte, se encaminó hacia abajo, hacia el viejo estanque, cimbrando entretanto la vara y silbando aquella conocida, hermosa canción alemana sobre *Lili Marleen*. Era una canción hermosa de veras; lo único que me molestaba es que les gustara tanto a los miembros de las SS.

Marché a casa, cojeé y examiné el nuevo estanque: hacia el atardecer, las carpas retozaban cerca de la superficie en círculos, grandes como ruedas de carros o tractor. «Estas carpas seguro que se tragan la masa con anís. No tengo más que aguardar un par de días a que comiencen las noches cerradas.»

La larga milla

El final de la guerra flotaba en el aire como una esperanza. Habían esquilado los dos estanques de Buštěhrad y se habían zampado todas las carpas. No repoblaron los estanques porque no tenían con qué. La cría de carpas se había agotado, del mismo modo que se había terminado la munición. Pero en realidad a todo el mundo le daba ya lo mismo; en el orden del día figuraban otras preocupaciones. Únicamente yo echaba en falta a los peces. Vagabundeaba por la región buscando arroyos. Discurrían, lentos, a través de la llanura de *chernozem*,^[7] no se trataba de riachuelos argénteos como los cintillos y gargantillas de la reina, sino de regatos oscuros como el cielo de Kladno,^[8] incluso negros como el carbón de la mina Fran. Tan solo en algunos nadaban peces. Una birria de peces. Gobios y pequeños ammodítidos, unos pececillos que se comen crudos cuando apremia el hambre, o como los que churruscaban los buscadores de oro en los cuentos de London. Pececillos plateados, níveos como los adornos de azúcar del abeto navideño. En ocasiones, en las riberas cubiertas de hierba, se encontraban cangrejos parecidos a las gambas marinas. Meneaban sus colitas, enojados conmigo, cuando los sacaba de sus guaridas, tan poco profundas. No había nada decente que echarse a la boca, tan solo un enorme acuario cuyas paredes estaban constituidas, en vez de por cristales, por las dos orillas del río, la arena del fondo y el cielo sobre él. A su alrededor florecían las nomeolvides, que murmuraban: «Recuerda».

Recordaba a mi hermano Hugo y a mi hermano Jirka. Antes dormíamos juntos en un único y gélido cuarto, en dos camas. A Jirka tenía que rascarle la espalda cada noche, de lo contrario era incapaz de conciliar el sueño. En compensación me pagaba una corona.

Y entretanto Hugo, ese distinguido aristócrata, chascaba con la boca. Nos demostraba cómo molía el molino de Koníček. Trabajaba allí como aprendiz, o más bien como currito de balde, a cambio de harina y de una palabra amable. Descargaba el cereal y vaciaba los sacos. Tenía una vieja bici y un remolque con el que repartía el pan a los labradores. Casi siempre tenía que empujar la bici, tanto cuesta arriba como cuesta abajo, para que el remolque no se la llevara por delante. Los labriegos entregaban centeno de calidad y recibían a cambio un pan exquisito que esparcía su aroma allá donde fuera la bici.

Al atardecer, Hugo recibía pan, queso cervecero^[9] y cerveza casera. Dormía en el molino, en una litera.

Tiempo después, antes de marcharse al campo de concentración, inclinó su hermoso rostro sobre mi cama, me apretó la cara con las manos, al rojo vivo, y me susurró un secreto singular:

—Cuando estéis en las últimas, acércate al molino de Koníček en busca de la anciana carpa. Se la dejaron allí olvidada cuando vaciaron el estanque; seguramente se ocultó entre las raíces. Nadie sabe de su existencia. Bucea allí, con sus largos bigotes, bajo el viejo sauce del extremo. La he estado alimentando con pan casero para mí. Pero yo ya no la voy a necesitar. Arroja pan en aquel lugar y ella acudirá.

Desde entonces había pasado una barbaridad de tiempo. ¿Qué andaría haciendo Hugo? Tal vez, en lugar de pan con denominación de origen, llevaba un carromato de cadáveres para su incineración, cadáveres con un número tatuado que no era ya de ninguna utilidad ni en la tierra ni en el cielo. Por lo que dicen, Dios acoge en los cielos guiándose por otro orden.

Por el momento nosotros vivíamos en la tierra. Mamá. Yo. Por eso me dirigí al estanque del molinero en busca de la anciana carpa. Tenía cuatro bigotes y a esas alturas sería o la mar de lista o

tonta de remate. En el bolsillo escondía un pedazo de pan casero que me había regalado la panadera, la señora Bláhová. Le di un par de pellizcos, pero al fin me contuve y lo reservé para la carpa.

Tenía unas ganas locas de llegar al molino. En mi imaginación se trataba del fabuloso molino en el que vivían los tres diablos Pacufrák. Me preparé durante semanas antes de ponerme en camino, y al hacerlo iba canturreando la canción que me había enseñado mamá:

Por el arroyo caminaba,
pececillos la moza pescaba.
Los pececillos para el pescador,
las chicas guapas para el molinero son.
Aún más guapas para el cervecero,
que es un mozo altanero.

Marchaba colina arriba hacia el castillo por la linde de los campos del pueblo de Lídice.^[10] Abajo, donde antes se alzaba Lídice, se había puesto manos a la obra el NSDAP,^[11] que cantaba a pleno pulmón y con contundencia su himno:

*Wir sind die Jugend
mit Hacke und Spaten.*^[12]

Con pico y pala removían la tierra, para que no la conociera ni su Creador. El estanque al que solía ir con los chavales de Lídice lo habían destruido con dinamita, derramando el agua por los alrededores, al igual que la iglesia. El regatillo que afluía desde Hřebeč había sido desviado. Con las losas de mármol blanco del camposanto habían construido una calzada. Mientras cantaban, pisoteaban los nombres y apellidos de las personas que descansaban en paz en aquel lugar. Luego se callaron. Iban a trabajar. Habían dispuesto más dinamita, ya que con pico y pala era imposible borrar aquella aldea blanca de la faz de la tierra.

Alrededor, los campos de Lídice.

Mi madre solía acudir allí a trabajar. Por doquier se criaban patateras y florecían diminutas florecillas blancas. Las patatas crecían incluso en las tumbas de los hombres y muchachos ejecutados; cuando las mujeres desenterraban aquellas patatas, resultaba que se asemejaban a corazones humanos. Nadie se atrevía a llevar aquellas patatas a casa. Todos estaban atemorizados. Únicamente la codiciosa Hanácková se las llevó en una bolsa: murió al cabo de un año.

Había tiempo de sobra para la carpa. El sol se mecía sobre el horizonte mientras yo rememoraba los tiempos en que quería ir a la Larga Milla. La Larga Milla era un segmento de la carretera que conducía hasta el aeropuerto, flanqueado por viejos tilos. La Larga Milla constituía para mí un concepto indefinido. Significaba una gran carrera automovilística o una carretera sin fin, o quizá la vida entera. El abuelo Ferdinand se sabía incluso un refrán:

Si con tesón a la meta te encaminas,
superarás incluso la Larga Milla.

Me dirigía hacia la Larga Milla dando pellizcos al pan casero reservado para la anciana carpa. Tras salvar de un salto el arroyo, emprendí la cuesta arriba. Una vez en la cima, vislumbré que la Larga Milla prácticamente había desaparecido. Por lo visto, un avión de combate Stuka que estaba aterrizando se la pegó contra los tilos. Dio una vuelta de campana en el aire antes de estrellarse contra un sembrado. Se hizo trizas y estalló en llamas antes de que llegara la bomba de incendios.

Con piloto incluido. Los frondosos tilos de la Larga Milla lo pagaron caro. Un general nazi, con gorra de general, que había acudido en un vehículo oruga, dio in situ la siguiente orden:

—¡A todos nuestros enemigos se les corta la cabeza!

Y se les cortaron las cabezas a todos los árboles, de los que no quedaron más que unos tocones. Las gentes del lugar lamentaron mucho el destino de aquellos árboles. Los labriegos lloraron los tilos como si fueran sus propios hijos. Les venían a la memoria los recuerdos de cuando caminaban a su sombra hasta Praga, con huevos y mantequilla para vender en el mercado. Adoraban la época de la miel, cuando los tilos esparcían su aroma y se perdían en el firmamento, cuando las abejas se elevaban hasta las copas de los árboles. Con sus flores se hervía infusión para toda la aldea, para que nadie carraspeará cuando llegaba el invierno. Y ahora los caballos arrastraban los troncos a campo abierto, y aun siendo vieja, su madera era nivea como el cuerpo de una virgen que no había conocido el amor. Los aldeanos refunfuñaban: en otros tiempos ningún soldado habría podido derribar un árbol vivo impunemente.

Caminé hasta el final de la desfigurada Larga Milla, desde la cual ya se iba divisando Praga.

A continuación regresé hasta el molino de Koníček, con las piernas doloridas.

El molino de Koníček era hermoso, casi tan hermoso como el molino de mi infancia, el molino de Nezabudice. En la buhardilla se dibujaba, misteriosa, una rendija por la que seguramente se colaban al molino los demonios Pacufrák cuando el molinero se largaba a la taberna. Los Pacufrák eran buenos chicos, hacían de las suyas y entonaban su coplilla: «A la rueda, rueda de molino». El mayor de los Pacufrák aún recordaba los tiempos del rey Jiřík^[13] y cómo este dirigió sus huestes hasta Buštěves:^[14] se sentaba en la chimenea y, al graznar, el humo se le colaba por el ojete bajo la cola de caballo. Como le daba calorillo, estaba de fábula, pero tenía también que prestar atención por si regresaba el molinero achispado.

Llegué al molino.

Estaba en completo silencio; el molinero, al parecer, estaba repantingado en casa. Ni rastro de los Pacufrák. Entré al patio y llamé a la puerta de la casa de labor. ¿Cómo diablos se llamaría el molinero? Si el molino se llama de Koníček, pues será Koníček. Al rato salió el molinero abotonándose el pecho de la camisola. Hizo un ademán con la cabeza a modo de respuesta a mi saludo y preguntó afable:

—¿Qué es lo que quieres, chaval?

—Señor Koníček, ¿podría echar aquí el anzuelo?

El molinero se apoyó en la pared y respondió:

—Yo no soy Koníček. Koníček era el primer molinero. Repetí mi petición, esta vez sin llamarlo Koníček. Dijo:

—Pues echa el anzuelo. Aunque no vas a pescar nada. En este lugar no hay más que truchopercas. No llegan al tamaño del dedo meñique y no se las comería ni mi gata Lucie. Las trajeron los pájaros, aún como huevas, en las patas y el pico. Ni siquiera picarán el anzuelo, porque tienen la boca pequeña. Este es ya un estanque muerto, igual de muerto que el río y que el molino. ¿Sabes?, mejor no vayas al estanque, pasa a la sala de estar y charlamos un rato.

Parecía un buen hombre. Sin embargo, negué con la cabeza mientras sacaba el sedal, no fuera a ser que se lo pensara dos veces. Hizo un gesto de desdén con la mano, dándome por perdido.

—Venga, vete.

Yo sabía lo mío; al parecer era el único que conocía el secreto del estanque. Yo y mi hermano Hugo. Cuando me dirigía hacia la represa desde el molino, escuché al molinero gritándome burlón:

—¡Todo lo que pesques es tuyo! ¡Todo tuyo!

A continuación desapareció en el interior del molino. Respiré aliviado. Llegué al estanque, poco profundo. No era gran cosa, se podía vadear empleando como apoyo una piedra. Pero era hermoso como un plato de porcelana para ensalada. En su margen se balanceaba un barquito con dos remos y junto a la orilla crecían álamos y, aquí y allá, algún sauce. En el agua, verdosa y límpida, flotaban como hojitas de saz las diminutas trucho-percas. ¿Qué les habrían dado las trucho-percas a los pájaros para que las transportaran por el aire hasta un estanque tan bello? ¿Qué les habrían prometido? Naranjas de la China: había sido la naturaleza la que así lo había dispuesto. Las trucho-percas jugueteaban como críos; eran pececillos de juguete para el principito del castillo. Yo tenía otras preocupaciones. Me dirigí hacia el viejo sauce resquebrajado del extremo, donde debía de vivir la anciana carpa. ¿Y si ya la había capturado el molinero? Bien que se reía cuando me gritaba que todo lo que pillara era mío. ¿No vociferó acaso que me concedería algo más? Seguramente la mitad del molino y su agraciada hija.

El último sauce se inclinaba sobre la superficie hasta remojar sus delicadas hojas, pero no se veía nada más en el agua. Anudé el anzuelo a un sedal largo, le enganché el cañón de un ganso al que en tiempos había despachado papá y corté una caña. Fabriqué una bolita de miga de pan y lancé el anzuelo al estanque.

El pan casero aún desprendía su aroma. Le tenía unas ganas terribles a aquel pan. Pero no era para mí. Era el pan de la carpa. Lo partí como en la eucaristía y lo arrojé al estanque para atraer a la carpa. El pan se transformó en islotes flotantes sobre el agua cristalina, pero no apareció ni un alma. Empecé a hablar en voz baja:

—Carpita. Viejita. Nada hacia acá. Soy yo, el hermanito de Hugo, el que te cebaba con pan casero. Carpita...

Me sentía en la gloria: de nuevo, después de tantos años, podía pescar en público. Nada de estanqueros. Se me cerraban los ojos, la Larga Milla me había rendido. Me dormí hecho un ovillo, como un tejón, y para cuando me desperté titilaban sobre el estanque los últimos rayos de sol. La caña estaba tirada en el suelo y la veleta de ganso no se movía. Pero habían dejado limpia la superficie. ¡El pan había desaparecido! Así que estaba allí, vieja zorra. Se había zampado el pan, embadurnándose los bigotes, pero no había picado el anzuelo, la muy astuta. No le apetece abandonar el estanque de Koníček. Imaginé para mis adentros cómo había devorado a nivel del agua mi pan, abriendo las tragaderas.

Lancé el último pedazo de pan a la superficie verdosa y volví a caer como un cesto. Me adormeció la Larga Milla. Ahora ardía el avión, y ardía el piloto vestido con su mono, y a mí me daba lástima a pesar de ser alemán.

Y cuando me desperté, mi caña, que no había asegurado, navegaba sobre el agua arrastrada por una gran carpa.

No me paré a pensar demasiado. Tenía que tirarme al estanque. Me quedé en cueros y me adentré en el agua. Me inundó el frío: el agua estaba ya fresca en otoño. El barrillo del fondo se filtraba entre mis dedos, se me encogió la munición.

Me encaminé hacia la anciana carpa. Las trucho-percas, con sus aletillas rojas, salieron en desbandada como hojas de colores, enturbiando el agua. No resultó fácil. La caña corría a toda velocidad delante de mí como un estrafalario barco sin pasajeros; al acelerar yo, aceleraba también ella, salpicando agua sobre la superficie. No me quedó más salida que fatigarla. No cejé en la persecución. El molinero se presentó en la represa:

—¿Qué andas haciendo?

—Persigo a una carpa con caña.

—¿Una carpa? —se sorprendió. A continuación ordenó—: ¡Sal del agua!

Salí. El volvió al molino y regresó con un gran salabre y un saco de tela de los que usaba para la harina. Me miró, amoratado, y verdoso, y de todos los colores, castañeteando los dientes. Me tiró el saco para la harina y me dijo:

—Sécate. Da pena verte.

Me sequé, pero entonces me quedé todo blanco de harina. Entretanto el molinero se acercó al estanque y desamarró la barca a remo. Lanzó al interior el salabre y me indicó con la cabeza que subiera a bordo. Yo estaba encantado de que me ayudara. Hizo fuerza con los remos y partió en pos de la carpa. El molinero tenía una fuerza sobrehumana: la barquita casi brincaba sobre el agua, como si el camino fuera más fácil por el aire. La carpa, también forzada, no se quedaba atrás, atemorizada por la caña que flotaba sobre su cabeza, atemorizada por la barca y atemorizada, sobre todo, por el molinero. De cuando en cuando emergía a la superficie su poderosa aleta dorsal. El molinero hincaba las rodillas, sudaba a mares, invocaba la ayuda de Dios y del Diablo, se quitó la camisola. Entonces la carpa cometió un error: se adentró en un rinconcillo del estanque del que no había forma de huir. Sujeté la caña y la carpa, agotada, se echó sobre un costado jadeando. El molinero la recogió y la metió en la barca.

Una vez en la orilla la colocó sobre la hierba otoñal; solo entonces tuve oportunidad de examinarla. Tenía un mostacho digno de un genio del agua; no le faltaba más que la pipa. Y tenía unos ojos peculiares, sabios, parduzcos, que me parecieron hogazas de pan casero reducidas. Por lo demás era dorada como un lechoncillo. En aquel preciso instante se estaba poniendo el sol, con lo que el oro se fundía en sus costados; daba la sensación de que el oro lloraba y se deslizaba de vuelta a su balsa natal. Tenía las aletas algo ajadas de hurgar y buscar en el estanque algo a lo que hincar el diente cuando no tenía a tiro pan casero. El molinero también la observaba detenidamente, si bien, al parecer, con ojos diferentes a los míos. Exclamó:

—Quién lo habría dicho. Semejante pieza en mi estanque.

Luego la cogió en brazos, como se sujeta a un bebé, y se marchó con ella al molino. Comprendí, de sopetón, que quería quedársela.

—Señor Koníček, esa carpa es mía.

Girándose, contestó:

—Eres demasiado pequeño para una carpa así de grande.

Entró en el patio, y yo, en cueros e *in albis*, detrás de él. No quería renunciar a la carpa, porque no me pertenecía solamente a mí, sino también a mi hermanito Hugo, que la cebó con pan casero. El molinero la colocó sobre una tabla bajo el cobertizo y se fue. Agarré la cabeza de la carpa entre mis manos y le dije:

—Carpita. No tenía que haber venido.

El molinero regresó, maza y cuchillo en ristre. Le reventó la cabeza y le cortó las agallas para desangrarla. A continuación le raspó el cuerpo para eliminar aquellas grandes escamas doradas, que volaban y salpicaban en todas direcciones, cayendo como una lluvia áurea sobre el suelo y adhiriéndose a la madera, pegándose a mi cuerpo desnudo y enharinado. Luego el molinero la abrió en canal; del intestino cayó al suelo mi muy preciado pan, embadurnado y sin digerir. El molinero se lo lanzó de una patada a las vigilantes y mendicantes gallinas y yo me eché a llorar. Se dio la vuelta para preguntar:

—¿Aún estás aquí?

Le supliqué si podía llevarme las escamas.

—Recoge las escamas y lárgate. Pronto se hará de noche. Arrodillado en el barro, recogí

escamas a manos llenas. Fui hasta el montón de ropa y las embuté en los bolsillos. Entonces se me vino encima. Una intensa tristeza y un intenso pesar. Una intensa ira contra aquel injusto molino, en el que la chimenea humeaba mientras se cocinaba en su interior una cena preparada con mi gran pez. Me acerqué al sauce de la anciana carpa. Empezaba a oscurecer, pero de su tronco podrido surgía luz, como si diera la bienvenida o se despidiera de alguien. Ya no me sentía tan solo. Los aldeanos estaban en lo cierto: los árboles están vivos e indefensos como los niños o la caza huidiza.

Dejé de lloriquear y emprendí el camino de vuelta, mucho más penoso que el que no tiene regreso. Llegué a casa. Mamá estaba ya dormida. Sobre la mesa me tenía preparado un tazón de leche de cabra y una rebanada de pan negro.

Esparcí las escamas sobre la mesa de mi alcoba. Primero dibujé con ellas la cara de la anciana carpa. Luego las alineé en filas y columnas, cornetas y batallones, para capitanearlas: derecha, ¡ar!, izquierda, ¡ar! A mis ojos, las escamas se meneaban y refulgían. Conformaban un magnífico ejército que había acudido para instaurar la justicia en el mundo entero. Luego me quedé frito bajo el edredón y, dormido, como monarca concedí el perdón a los injustos. En mis sueños las escamas se transformaron en preciosas monedas doradas del rey de las carpas. En cada una de las monedas aparecía un emperador, con patillas y condecoraciones en la pechera del uniforme, bajo el cual rezaba: *Romanum imperarum*. De nuevo ordené: media vuelta, ¡ar! Las monedas se giraron dejando a la vista el escudo de Lorena y el león checo. Soñé, además, con la época de la miel, con la fiesta de los árboles y la fiesta de las abejas. Divisé a una hermosa virgen de cuerpo blanco e inmaculado como el cuerpo de los tilos en la avenida a la que se llamaba, de toda la vida, la Larga Milla.

En casa de Prošek después de la guerra

Al poco de acabar la guerra volví a frecuentar Křivoklát. Salía, literalmente, a la estampida. Al principio solo, con la mochila y una caña. Vivíamos de nuevo en Praga, así que partía de la estación de Smíchov en un tren con ventanillas inmundas. Echaba un gargajo en un pañuelo para hacer en la ventanilla un ojo de buey limpio. En cuanto vislumbraba el río, me entraban ganas de berrear.

Al contemplar el agua primaveral, sabía que esa misma agua del río Berounka, que discurría por aquella región, corría también arriba a través del pueblo de Skryje y bajo las barcas del tío Prošek en Luh. El río, como una nube, fluía por los lugares en los que la vida había sido amable con nosotros. Observaba sus corrientes, sus peces, saltando por la superficie, los molinos en los diques y los diques en las presas. Los molineros, que seguían moliendo, y los balseros, que seguían balseando de acá para allá. Después de seis años vi de nuevo el río. Tenía la cara pegada al cristal para no perderme nada. Amaba el río más que ninguna otra cosa en el mundo, lo cual, por aquel entonces, me avergonzaba.

No sabía por qué esa querencia por el río. ¿Tal vez porque en él proliferan los peces? ¿O porque es libre e incontenible? ¿Porque nunca se detiene? ¿Quizá porque con su rugido no deja conciliar el sueño? ¿Quizá porque existe desde tiempos inmemoriales? ¿O porque sus aguas mueren cada día en lontananza? ¿O porque en ellas puedes navegar pero también puedes perecer?

Entonces no era capaz de responder, era como un cachorrillo que olisquea por primera vez la más bella de las esquinas.

En mi claraboya apareció un castillo: Karlštejn. Los reyes checos tenían un gusto parecido al mío. Eligieron el Berounka para construir en sus orillas Karlštejn y Křivoklát.

En lo referente a la limonada, en la ciudad de Beroun se bebía amarilla. Transbordo al trenecito de Rakovník a Křivoklát. A continuación se pasaba frente a unos viveros de truchas en los que, acunadas por el sol, nadaban diminutas truchitas. La vía avanzaba bajo el recinto amurallado de Stradonice, en el que los agricultores encontraban iris, monedas doradas. Dejando atrás los aserraderos en los que de los árboles se hacen tablones y de los tablones camas fragantes. En ese punto el río discurre hacia el fondo del valle. Falto de sol, se cuaja de lágrimas.

Me apeé en Křivoklát y caminé en sentido contrario a la corriente de agua. Ya no me separaba de ella la ventanilla del tren ni me golpeteaba el cerebro la máquina de vapor. Me taladraba las fosas nasales el olor de los peces, que estaban viviendo su época de pasión, y a la par el hedor de un soldado ahogado. La brisa acuática traía recuerdos penosos. Incluso el río es a veces ruin y tiene sus lacras. Se purifica partiendo hacia otra parte, como los témpanos de hielo con la primavera.

Arriba, al llegar al pueblo de Višňová, es cristalino. En el torrente avisté un grupo de musculosos barbos. Hozaban en el lecho del río cabeza abajo. Se asemejaban a una manada de caballos salvajes o de gamuzas. Gruñían como puercos, burbujeando. Los observé, tumbado boca abajo. Después, al moverme, desaparecieron en las profundidades.

Más arriba, el río ya solo desprende un aroma agradable. A nomeolvides. A nenúfar. A las frondosas raíces del ácoro. A salcedo. El aroma del agua.

No volví a entretenerme. Apreté el paso para llegar cuanto antes a la balsadera de Luh, como si quisiera recuperarlo todo. Acababa de dejar atrás el dique. Y la Roca de Šíma.

Corrí. La mochila brincaba a mi espalda haciendo, ¡bum!, ¡bum!, como mi corazón. Por la estrecha vereda que conducía junto a las acacias, camino arriba hacia la cabaña del balsero. «Que no hayan muerto (nos habrían mandado una esquela). Y que estén en casa. Que no estén enfermos. Y que no me hayan olvidado. Que me reconozcan.»

Llamé a la puerta. No abrían.

«Has llegado demasiado tarde. Tu infancia se ha desvanecido.»

Esperé sentado en el porche. Al rato llegó con su caña el tío Prošek. Me abalancé entre sus brazos. Él, sin embargo, me estrechó tímidamente; no tenía costumbre de carantoñas siquiera con sus propios hijos. Al hablar conmigo me di cuenta de que ambos nos habíamos hecho mayores. Ambos nos habíamos visto obligados a recorrer una enorme, ignota distancia. Un camino que continuaba. Al final, nuestro destino, del cual ya no había vuelta atrás.

El tío Prošek me sirvió su célebre sopa de patata de Bránov: en su interior flotaban setas y en su superficie matas de apio. Me observó en silencio y a continuación preguntó:

—Entonces ¿a dónde vas a ir a pescar?

La pequeña trucha

Fui a pescar al arroyo de Skřivaň. Solíamos ir allí ya en la época en la que me llevaban en un carrito blanco y usaba chupete. En aquel hermoso riachuelo se había instalado hace tiempo un tipo estupendo, Jarka Fraňek, con su esposa. Había sido explorador en Indochina, en Anam, y cuando regresó levantó allí, en el cruce de dos carreteras grises cerca de Nezabudice, un quiosco de madera con cerveza, ron y limonada al que bautizó Anam. Lo pintó de marrón y algo más allá del arroyo construyó el restaurante (este de ladrillo) *El explorador*. Conservó para el resto de su vida su corazón de expedicionario, hasta que los alemanes se lo detuvieron durante la guerra en la prisión de Plötzensee.

Aquella mujer del balcón era su esposa. La señora Fraňková, una valiente. Esbelta, tenía el cabello corvino. Cuando los alemanes se lo llevaron, le dijo a modo de despedida:

—Nunca te marches del *Explorador*.

Vivía sola en los bosques de Křivoclát. Les servía la comida a los paracaidistas que jugaban allí al billar mientras de reojo vigilaban la carretera con las pistolas desenfundadas, no fuera a ser que pasaran alemanes en convoyes blindados. A los pescadores y caminantes les cocinaba sopa de guisantes.

Nada más avistarme, me gritó desde el balcón:

—Menudo estirón has pegado, chaval.

Me sonreí por el estirón, a quién no le gustaría. A mí me gustaba. Me gustaba la señora Fraňková y no sabía por qué. Quizá porque era bondadosa y amaba al señor explorador. Y también por no temer a los fascistas en convoyes blindados. Me habría gustado comprarle algún día un gran regalo, por ejemplo un coche o una motocicleta, para que de cuando en cuando pudiera ir de compras a Křivoklát o de visita a Praga.

Avancé bajo los cerezos en flor del jardín. Al soplar el viento se formaba un torbellino rosado: las florecillas con motas rojas cayendo al vies.

Tras el jardín se extendía el valle hacia Skřivaň. Un lugar apacible, rara vez me encontraba con alguien. Se alternaban prados, campos, laderas, florestas. En algún rincón hacía cucú el cuco, por los prados en flor retozaban los potrillos nacidos ese año, aún pequeños y de patas endebles.

Llegué a mi arroyo.

Discurría una corriente algo crecida y un poco turbia; no se podía vislumbrar a las truchas. No tenía caña. Me había dado miedo cargar con ella, de modo que, si acaso, las atraparía con las manos. Subí hasta los sembrados y la casa del guardabosques Gypsárna. En Gypsárna la chimenea estaba humeando, así que me agazapé y avancé a rastras por la margen del río: una costumbre de los furtivos. Me descalcé y me recorrió una sensación deliciosa: la hierba me refrescaba y me hacía cosquillas en la planta de los pies, como si quisiera confiarme algo. Después del empedrado praguense aquello era como bálsamo de tomillo. En el arroyuelo descubría, aquí y allá, alguna trucha que descansaba en aguas poco profundas en un extremo del remanso, aguardando lo que tuviera que depararle la corriente. Al percatarse de mi presencia, enfilaba hacia las profundidades.

En una cabaña junto al riachuelo vivía el guardabosques jubilado Karel Kalous. Decían que tenía buen corazón, aunque jamás se lo hubiera mostrado a nadie. Soltaba improperios que no se pueden repetir aquí a todo bicho viviente. Fue mucho más tarde cuando hicimos buenas migas: yo le asaba truchas frescas en la sartén, él escupía las espinas en la hoguera echando pestes porque habría preferido cerdo. Maldecía, asimismo, a su vaca, que se escapaba cada dos por tres, y maldecía a la

oficina de pensiones, que no le enviaba dinero. Y me maldecía también a mí, que me reía porque conocía el percal y me sentía a gusto en su compañía.

Solo que en aquella época yo no era más que un crío que había pegado el estirón, como había anunciado la señora Fraňková. Le tenía un miedo atroz. Pasé por delante de la cabaña arrastrándome. No se le escapaba una: me cazó. Empezó a vociferar de inmediato:

—¿A dónde crees que vas, granuja? ¡Tunante! ¡Canalla! ¡Voy a acribillarte como a un jabalí!

Y se tambaleaba sobre sus pesadas piernas hasta la cabaña en busca de la escopeta que no tenía. En cualquier caso, entonces yo no lo sabía, por lo que huí escopetado por la saucera como presa acosada. No me detuve hasta alcanzar una gran roca. No me había seguido. Lo divisé aliviándose en el bosque, porque el viento se había llevado por delante su letrina y él no había llegado a ponerla de nuevo en pie.

A espaldas de Kalous solía haber una zona de grandes truchas. En aquella área, además, se estrechaba el arroyo. Abundaban los remansos tranquilos y los rincones amenos en los que se abrevaban los corzos, de cuando en cuando aparecía un ciervo extraviado, grande como una ternera.

De repente vi una trucha en el remanso. Una truchita de pequeño tamaño. Me quedé en calzoncillos para meterme en el arroyo. El agua estaba helada. Sabía que aquella trucha debía atacarse con las dos manos a la vez para que no pudiera zafarse por los flancos. Sumergí las manos en el agua. Durante largo rato no percibí nada, hasta que por fin la rocé. Ambos pegamos un respingo. Tenía el gélido cuerpo típico de los peces. En la acometida para echarle mano se apodera de ti un furor que te recorre desde la punta de los dedos hasta el cerebro. Intenté agarrarla de nuevo. Se escabulló entre unas raíces para protegerse. Era más grande de lo que había pensado. Entonces volví a sentirla. Sin embargo, estaba encajonada entre las raíces y se embutía cada vez más adentro. Para sacarla no me quedaba más remedio que matarla. Fui hasta la orilla a por un cuchillo. Me introduje de nuevo en el agua. Seguía en aquella oquedad: había perdido su única oportunidad de escurrir el bulto cuando me marché a buscar el cuchillo. Empecé a pinchar y a cortar. Se quedó inmóvil. La saqué muerta. No era tan grande como había pensado. En realidad era bastante pequeña. Y su cuerpo era puro costurón y herida, su moteado naranja vivo estaba rajado. Pero yo estaba eufórico. Era mi primera trucha.

La envolví en un pañuelo mugriento y emprendí el camino de vuelta al *Explorador*.

Justo antes de llegar se me ocurrió regalársela a la señora Fraňková. Dios sabría desde cuándo no tenía carne, quién sabría cuánto hacía que no comía pescado. Llamé a la puerta de la cocina. Me sonrió y dijo:

—¿Sí?

—Le he traído una cosa, señora Fraňková.

Saqué el pañuelo y desenvolví sobre el banco la pequeña trucha. Permaneció en silencio. Después de un instante dijo a media voz:

—A esta podías haberla dejado allí un poco más.

Retrocedí hasta salir de la cocina. Corrí sin detenerme hasta la carretera. La que había montado. Eso era el coche y la motocicleta que le quería regalar...

Y por primera vez en la vida se me pasó por la cabeza: «¿De dónde ha salido esa brutalidad? ¿De dónde hemos sacado esa sangre de furtivo?».

Abochornado, seguí corriendo, como el ladrón que sabe que volverá a robar, porque le agrada.

Junto al río me desnudé y nadé para purificarme, como los pecadores en el río Ganges. Dejé de pensar. Porque un río es diferente a un arroyo. El río es el hondo pozo del olvido.

Los viajes más bellos del mundo se hacen en canoa. He recorrido los ríos Lužnice y Vltava en cinco ocasiones; en muchas más enfermé en el intento. Navegar por un río es hermoso y, para un pescador, fantástico. Como cuando se come pan fresco con mantequilla y se unta por encima con miel. Sencillamente, un sinfín de placeres de una tacada. Estar en tu amado río pescando peces cada día. Detenerse en los remansos más bellos y en los parajes con más encanto, a los que el resto de los pescadores jamás llegaría ni siquiera a pie, tanto menos en automotor. El agua te lleva. Basta con remar un poco.

Y en lo referente a remar somos grandes. Sin lugar a dudas. Mi primer compañero fue Honza *el Largo*. Un tipo formidable, de cabello rizado y pelo en pecho, piernas larguiruchas como las de un jugador de baloncesto y brazos como palas de minero. Soltaba el trapo con gusto y tenía una bonita voz para cantar. Y atraía a las mujeres mucho más que yo.

Acordamos que zarparíamos juntos en canoa por el río que, entre nosotros, llamábamos Ontario Lužnice. Un río que desconocíamos.

El medallista de plata de piragüismo en las olimpiadas de Berlín, Bóža Karlík, nos aseguró que no debíamos albergar ningún temor, que aprenderíamos todo sobre la marcha. Además nos relató las más extrañas anécdotas. Como la del piragüista cuatro ojos que volcó dos veces y otras dos se le hundieron las gafas. A la altura de Soběslav le pegó unos tapones de corcho a las gafas para que, si volcaba, flotaran. Al tercer vuelco, sin embargo, aunque las gafas flotaron gracias a los corchos por el Lužnice, el piragüista desapareció.

Muy gracioso, señor Karlík.

A pesar de todo, nos lanzamos de cabeza al asunto como aquel que, sin saber nadar, tiene la esperanza de aprender una vez que se ha tirado al agua. Una temeridad. Especialmente porque no teníamos tienda de campaña y ni siquiera éramos dueños de una barca. No logramos agenciarnos una tienda y la embarcación nos la procuramos en el último momento. Nos salvaron la vida unas tías en pelotas. Al ofrecerle al señor Leopold Danda cien coronas por el alquiler de su canoa, se hizo de rogar, pero cuando añadimos cinco fotos de jovencitas ligeras de ropa del calendario de *Playboy*, se ablandó. Era un hombre de gran sensibilidad artística. De modo que pudimos partir.

Escribimos a máquina, con papel carbón, una nota que dejamos en nuestras mesas de trabajo:

REGRESAREMOS DENTRO DE UN MES O NUNCA.

Partimos en tren hacia el pueblo de Suchdol Ontario, donde nos aguardaba nuestra decrepita canoa de alquiler, que habíamos enviado por anticipado en un tren de mercancías. Jóvenes, estábamos en edad de no tener ni dinero ni demasiadas pertenencias, apenas un talego medio vacío con alguna que otra lata de bazofia incomible. Confiábamos en una única caña plegable, rajada, en un único carrete y en una única imitación. Y en el pico de oro de Honza. Como antiguo presentador, tenía la habilidad de venderle un peine a un calvo de un modo que haría reventar de envidia incluso al que es capaz de dar gato por liebre. Como más tarde se demostraría, era este un talento esencial, puesto que no habíamos reservado albergue por teléfono y teníamos pocas provisiones. Ante todo, nos llevamos tres botellas de *becherovka*. La *becherovka*, al parecer, sirve lo mismo para un roto que para un descosido. Para entrar en calor, para salvar los rápidos, para untar bajo cuerda.

Con la piragua a rastras desde la estación, llegamos a Suchdol, la lanzamos al agua y nos

metimos dentro. Es una sensación muy peculiar, pero hermosísima. Como si navegaras en una cáscara sobre cristal. Por todas partes se alcanza a ver el fondo. Te conviertes en el viejo indio que ideó esa canoa y regresas a un río genuinamente americano. Te deslizas sobre el dorso de los peces, que no se espantan, dado que te consideran un pez inofensivo. El curso superior del trayecto es tan bello como la cumbre de una montaña nevada. Cuanto más cercano está el río a la civilización y a Praga, con más frecuencia lagrimeará la porquería con la que lo llenamos nosotros, los hombres.

Remamos con las palas, sin demasiado éxito. La fuerza de la corriente nos lanzaba hacia las raíces de los árboles, hacía girar nuestra canoa como una peonza. Honza *el Largo* iba delante, en el asiento de proel, mientras que yo, como popel, timoneaba. Honza estipuló que nos turnaríamos cada día; no estaba dispuesto a quedarse mirando cómo yo destrozaba la canoa alquilada.

Tras un par de horas de navegación empecé a pillarle el tranquillo. Al remontar revueltas, rápidos, canales, gritaba ufano a Honza:

—¿Qué barbaridad, ¿no? ¿Qué me dices, camarada? ¿Qué tal soy como compañero?

Él gruñía como un oso.

A la par que cogía velocidad, el río iba desprendiendo el olor de los peces: me martilleaban la nariz los vapores de agua, impregnados del aroma dulzón del cálamo.

Atravesaba el río un árbol muerto. Algún piragüista concienzudo había abierto a hachazos un paso, lo justo para una canoa. A ambos lados de la abertura confluían las recias ramas coníferas, henchidas de agua. Iba a tener que atinar en aquel luminoso túnel, de lo contrario tendríamos problemas. Las ramas nos hundirían bajo la superficie. Honza se volvió hacia mí para preguntarme:

—¿Acertarás, amigo?

—Tranquilo, camarada.

Apunté hacia el hueco, que me parecía diáfano y amplio como la Torre del Polvorín.^[15] Sin embargo, cuanto más nos aproximábamos a él, más pequeño resultaba. Y entonces nos atraparon unas corrientes de fondo —lo cual, a posteriori, nunca llegaría a creerse Honza— que nos arrastraron bajo las ramas del abeto. Estas cedieron, tragándonos y oprimiéndonos bajo el agua, de tal manera que nos vimos obligados a navegar según el sistema de los submarinos de la Marina Real inglesa. Canoa volcada, talegos flotando. De detrás del abeto emergió del agua la cabeza de Honza, cabreada:

—¡Pues parece que no has acertado en el agujero, macho!

Resignados, pescamos las cosas y nos escurrimos. Y seguimos navegando. Muy pronto nos pusimos de uñas, como si fuéramos amantes. ¿Acaso se podía enojar uno al ver esos hermosos viveros de lucios? ¿Al ver nadar a las truchas, a las que solo les faltaba, en medio de aquella paz, cogerse de las aletas como las personas de la mano? ¿Acaso podía uno enfadarse cuando, desde el firmamento, caía el sol de pleno sobre la embarcación, rodando sobre ella y caldeando el asiento bajo nuestros traseros? ¿Acaso no estábamos recorriendo el río Ontario? Si entornábamos los ojos, se podía divisar hasta una amazona, y aquel pájaro multicolor posado en una rama era una cacatúa.

Al atardecer Honza iba a mendigar albergue a las casas de labor en la ribera. Con éxito. Dejábamos la canoa boca abajo en la margen del río y con los macutos a la espalda nos metíamos, como vagabundos, en el pajar. No teníamos más que una vieja tienda de campaña remendada con la que un soldadito alemán partió a conquistar el mundo, aunque al final no conquistara con ella nada de nada. De modo que nos tumbábamos en su interior, con heno debajo. Se dice que desprende un aroma tan intenso que hace que te duela la cabeza. Y antes de conciliar el sueño se acercaba el labrador a pegar la hebra.

Por la mañana nos despertaban el canto del gallo y el gruñido de los gorrinos.

Al bajar encontrábamos bajo la escalera, en tazones, leche fresca y rebanadas de oloroso pan. En la casa ya no había un alma: en el sur de Bohemia se madruga.

En estos parajes las mañanas son bellísimas. De buena mañana, en el río, todo es hermoso: el día aún no se ha banalizado y nosotros no hemos tenido tiempo de emponzoñarlo. La naturaleza, después de toda la noche, tiene la cara lavada y los peces son confiados. Solía pescar un caldero de rútilos para desayunar. Cuando están churruscados, crujen.

Completaba la agradable paz matutina con mi canto, lo cual suponía para Honza un sufrimiento atroz. Canto tan desafinado como gustoso. Tengo repertorio para horas enteras. Le había cogido afición a una cancioncilla de la Espartaquiada. Al son bailaban y ejecutaban sus ejercicios niños de azul, amarillo, rojo y blanco, y se titulaba *La puerta dorada*:

Gordos ratones el gato cazaba
hasta donde la ratonera estaba.
¡Adentro! ¡Tras!
Un ratón del agujero asomó
y del gato corriendo huyó.
Ñeñeñé, ñeñeñé, ñeñeñé,
ahora, ratitas, os va a hacer correr,
jojójó, jojojó, jojojó,
el gato multicolor.

Tenía su encanto que fuera tan inocentemente boba. No es que rimara muy allá, pero se remaba la mar de bien al ritmo, en especial cuando en el río retumbaba aquel jojojó. Honza *el Largo* se mordía la lengua y permanecía en silencio.

Así llegamos hasta la pasarela de U Tikalských. Hacia la derecha discurre el Río Nuevo y hacia la izquierda el Río Viejo.

El Río Viejo es la jungla checa. Avanzamos algo más de diez kilómetros. Bosque y selva, dos en uno. Tierra de nadie. Millones de mosquitos y de zanjás pantanosas. Árboles caídos al agua que nadie había retirado y nadie había trozado. Fieras más salvajes que en cualquier otra parte. Antes vivía en aquellos parajes el castor, que pretendían introducir de nuevo. Una reserva. No se permitía vivaquear ni acampar. Estaba prohibido encender hogueras. Tal vez hubiera en el lugar incluso forajidos. Las posibilidades de supervivencia de los seres humanos decrecían: si desembarcabas, podías desaparecer tragado por el lodo.

Navegábamos bajo los troncos de los árboles. En otras ocasiones acarreábamos la embarcación y el petate. Honza *el Largo*, por el momento, era mejor popel que yo. Sus brazos eran como los tentáculos de un pulpo, capaces de abarcar de una palada un gran tramo de río. Todo un currante. Pronto estaríamos empapados del salado sudor de los voluntarios que, sin tener la obligación, se comprometen a algo. Habíamos dejado atrás la mitad del Río Viejo y estábamos, cada vez más, hasta la coronilla de él.

Sin embargo, no sabíamos que, desde su torre de vigilancia, nos había avistado un mosquito. «¡Ajá! ¡Carne! ¡Sangre a la vista!» Así resonaba su zumbido. Voló a pregonar la buena nueva de los dos bípedos a sus hermanas y hermanos alados. Nos atacaron a millones. Como bombarderos y cazas. Con lanzas por agujones, que hundían en nosotros. Nos picaban solo las hembras mosquito, mientras que los machos, nada sedientos de sangre, revoloteaban alrededor haciendo cundir el pánico con su agudo ¡bzzzzz! Sencillamente se repartían las tareas. Con posterioridad he recorrido el Río Viejo unas cuantas veces más, sin embargo nunca he vuelto a sufrirlos en tal cantidad. Frenaron nuestros cuerpos y nuestra embarcación. Nos vestimos cual capuchinos, pero no surtió ningún efecto.

Se colaban por todas partes. Y, sobre todo, sabían lo que ha de saber todo estratega: que debían romper nuestras filas. Muy pronto Honza y yo empezamos a ponernos de los nervios mutuamente. No éramos más que dos: en efecto, cada uno nos convertimos en el pararrayos del otro. No servía de nada matar a cien, puesto que un centenar más se colaba en el espacio liberado. Eran como la langosta bíblica, como termitas. La canoa avanzaba a duras penas, como un barco de guerra acribillado. No había adonde huir. ¡Aquél era su territorio! Bochorno, humedad y lodazales, el cultivo ideal para estos bichos. Prendimos cigarros de junco para clavarlos en los laterales del barco. Por el humo se sabía por dónde navegábamos.

Se nos abotargó la cara. Se nos hincharon además las manos, que tanto necesitábamos para remar. Ya no navegábamos. Ni siquiera nos hablábamos. Nos encaramamos a la orilla. Y entonces, queriendo romper el hielo, dije una tontería. Llegamos a las manos. El tenía más fuerza y zarpas más largas. Me arrojó al Lužnice y, desde la orilla, comenzó a dar brincos, a reír como loco y a vociferar:

Ahora, ratitas, os va a hacer correr,
el gato multicolor.
Jojojó, jojojó, jojojó!

En aquellos instantes temía por nosotros dos: era consciente de que aquello no era cosa de risa. Era frecuente que muchos deportistas que habían resultado derrotados se partieran los morros; otros, en situaciones críticas, habían llegado incluso a perder el juicio.

Ir a parar al agua, sin embargo, no cayó en saco roto. Mientras nadaba, solamente me asomaba la cabeza, de modo que los mosquitos no podían acercarse demasiado a mí. Honza *el Largo* apuró la *becherovka* y remó como el mismo diablo para poner pies en polvorosa cuanto antes de aquel río de mosquitos, envuelto en trapos y atado con la sirga.

Desapareció la jungla. Quedó atrás la tierra de los mosquitos. El río fue a desembocar en medio de prados regados por sus aguas. Nos quedamos en calzoncillos y, poco a poco, volvimos a hablarnos como un matrimonio.

Entonces avistamos algo extraño: en los prados anegados ondeaban, haciéndonos señales, una especie de banderolas. «¡Deteneos! ¡Deteneos!» Eran banderines como hongos. Aunque también podían ser becasas o fochas. Debíamos acercarnos. Solo entonces le dije a Honza:

—Son carpas. Carpas enormes. Pacen en los prados inundados, haciendo el pino, como en el circo, y agitando la aleta caudal como banderolas. ¡Desata la caña!

Honza no llevaba en las venas sangre de furtivo, por lo que protestó:

—¡No hagas locuras! Hay ahí una carretera. La vas a liar.

Pero me entregó la caña. Era mediodía. Todos estarían comiendo. Honza observaba cómo preparaba la caña. Aún desconocía la pasión del anzuelo, nunca había pescado. Armé la caña sin que me temblara el pulso y ensarté en el anzuelo un gusano, reservado para semejantes casos en una bolsita de lienzo con hierba y musgo. Fijé un gran plomo para que volara lejos. Lancé, trazando un gran arco, hacia el regato, el cual arrastró la veleta hasta el prado de las carpas. Una carpa picó de inmediato y yo, al instante, comencé a enrollar sedal. En aquellas aguas poco profundas tuvo lugar una batalla, como cuando se transforman los prados en labrantías. Eché una ojeada a la carretera. No pasaba nadie. Honza, con los ojos como platos, sudaba la gota gorda. El pobre carecía de experiencia.

Metí la carpa en el barco y saqué una más.

Y entonces empecé a forcejear con la tercera. Era grande a rabiar. Se resistió ferozmente, hasta

tronchar la caña. Y luego me volvió a tronchar lo que restaba de la caña, que ya estaba medio podrida, puesto que había llevado para el agua la más vieja. Con los vestigios de la caña arrastré la carpa hasta la embarcación. Cuando conseguí meterla dentro, ordené:

—¡Coge el portante! ¡Nos vamos!

Pero Honza no reaccionaba. Petrificado, miraba fijamente hacia la carretera, por la que se aproximaba un hombre. Sin dejar de mirarlo, dijo entre dientes:

—¡Imbécil! ¡Te lo dije!

Qué le íbamos a hacer. Las canoas tienen para la pesca furtiva la desventaja de que en ellas resulta imposible huir a ninguna parte. A contracorriente ni de guasa, y a favor te pillan sin remedio. De modo que aguardamos a que aquel hombre llegara hasta nosotros mientras se nos pasaban por la cabeza cientos de ideas. Tenía una pinta algo andrajosa, pero no parecía mal tipo. Se asomó a la orilla para observar con atención las carpas que estaban en el interior del barco. Luego dijo:

—Buenas piezas.

Y tras un instante de silencio añadió:

—Dadme una. Tengo a mi esposa enferma.

Honza *el Largo* se inclinó para, con sus fuertes manos, atrapar al más grande de los mininos, al que me había partido la caña, y se lo entregó como si fuera un bebé:

—Cójalo. A nosotros también nos ha salido gratis. Respiramos aliviados y nuestros corazones, que se habían detenido, volvieron a latir. Al pasar el puente ambos nos desgañifábamos con la cancioncilla de los ratones gordos. En un bosquecillo encontramos setas. Al atardecer atravesamos el mayor vivero del mundo, el Rožmberák. Por la noche rehogamos en aceite las setas troceadas, que retiramos para preparar las carpas en la misma sartén. Luego volvimos a añadir las setas, que aderezamos además con rodajas de pimiento en conserva. A continuación huimos cada uno a un rincón distinto de la orilla, como perros que temen por su hueso, resoplando sin cesar y sin decir palabra, para saborear las tan afamadas carpas del sur de Bohemia. Nos zampamos una carpa de dos kilos por cabeza, sin patatas ni pan. Aquella noche pernoctamos en casa de unos parientes de Honza, en camas talladas. A través de la pared escuchaba el viejo reloj de madera con una muñequita pintada, su tic-tac y, después, su ding-dong para que a los habitantes de la casa no se les pegaran las sábanas, puesto que la hierba aguardaba la guadaña y las ovejas el pasto.

Atravesamos rápidos y ciudades del sur de Bohemia. Como no teníamos caña, mendigábamos pescado como gatos glotones, al conocido grito de:

—¿Pican? ¿Pican?

Los pescadores a menudo caían en la trampa y respondían. La mayoría nos mostraba plateadas brevas y carpas de poco tamaño que cumplían con las medidas por los pelos. Por aquella época no navegaban muchas canoas; de hecho, durante el tiempo que duró nuestro viaje no vimos más que tres canoas y una tienda de campaña, por lo que éramos para ellos una rara avis. Y por aquel entonces proliferaban en el Lužnice peces en abundancia. Los pescadores nos llenaban la embarcación de peces, casi siempre dichosos de que alguien mostrara interés por ellos e incluso por el pescado, que por lo general ellos no daban abasto a comer. Les hacíamos preguntas ingenuas, cómo se llamaba tal pez, si era astuto o poco avisado, y ellos nos aseguraban que todos los peces son de lo más ladinos y que embaucarlos es cuestión de práctica, maña y oficio. Nos deteníamos junto a la orilla y ellos nos contaban historias acerca de los peces o del río, dignas por su belleza de un poeta o del bardo de una corte real. La naturaleza, la cual frecuentaban, les había proporcionado la escuela del respeto y del amor, como una segunda madre. Por las revistas y los libros sabía que eran capaces de escribir con sentimiento, pero ahora ya sabía que además tenían la habilidad de contar historias fascinantes. Y

también que, en ocasiones, le echaban inventiva, con lo que sus relatos adquirirían las dimensiones de cuentos de hadas que escuchábamos sin perder palabra y que nos rondaban la cabeza antes de que nos venciera el sueño.

Tras pasar una revuelta nos hicimos amigos del señor Robejsek. En tiempos fabricaba máquinas de café expreso, ahora era un jubilado dedicado a la pesca. Sentado a la solana con la cabeza descubierta, ojeaba las cañas. Aminoramos la marcha y Honza se dirigió a él:

—¿Pican? ¿Pican?

El se rió y dijo:

—Chicos, yo ya soy perro viejo. Venid a la orilla, os prepararé un café. Pero será un café acojonante.

Honza *el Largo* estaba enganchado al café, así que trepó a la orilla acojonantemente rápido. El señor Robejsek permanecía en aquella plazuela desde la llegada de la primavera hasta la llegada del invierno. Tenía allí una tartana parcheada y apañada de todos los modos posibles, además de un toldo para dormir que parecía un comedero para corzos. Comenzó a moler el café. Activó un motor de gasolina que, a su vez, puso en marcha el sistema de molido. Aquello golpeteaba, y traqueteaba, y desprendía su aroma, mientras Honza *el Largo* se relamía los labios.

Nos sentamos frente a una mesita hecha de rescos y tabloncillos a sorber aquel fragante elixir tostado que no habíamos catado en una eternidad. Callados, porque en momentos semejantes hay que callar, puesto que son tan solemnes como el primer beso o la primera boda. Ante nosotros discurría, perezoso, el Lužnice Ontario, pero el café olía como en Brasil. Podíamos ver los cuerpos de ébano de los negros en las plantaciones, recolectando café de los arbustos para el señor Robejsek y aquellos dos jóvenes. Obsequié al señor Robejsek con mi sombrero de paja, para que el sol no le chamuscara la cabeza y, tras pimplarnos la mitad de la *becherovka*, lo nombramos caballero cafetero. Vacío de peces su vivero en nuestra canoa y adjuntó dos imágenes de la Virgen de Svatá Hora^[16] para que no nos ocurriera nada por el camino. Echó unas cuantas lagrimillas por no poder acompañarnos, si bien un poco por cubrir el expediente. Se había habituado a aquel lugar. Cuando atravesamos aquellos parajes un año después, estaba sentado en el mismo sitio; no se había movido ni un palmo. Sus máquinas seguían golpeteando y traqueteando, y el café desprendiendo su aroma, y los brasileños de ébano afanándose en las plantaciones. Así que se repitió la historia. Seguramente siga allí sentado hasta hoy; sagaz, dio con el rincón del mundo en el que era feliz, mientras otros confiaban en alcanzar ese rincón en el cielo.

Quieres la canción del Norte aprender,
quieres junto a mí en silencio escuchar
el salmón blanco los rápidos remontar...

El que cantaba esto, respetado público, era Honza *el Largo*. Tenía una voz de veras hermosa. Les gustaba a todos: a la gente, a los pájaros, tal vez hasta a los peces.

Nuestra travesía duraba ya una eternidad. No nos afeitábamos, puesto que no había mujeres en el horizonte; nos había crecido barba de chivo. Los aldeanos balaban a nuestro paso.

Ya fogueados, un día se sentaba detrás Honza y al siguiente yo. Y llebávamos la cuenta, como en el fútbol, de quién atravesaba como popel más compuertas, de esas que se llaman esclusas.

Nos precipitábamos hacia esclusas poco o en absoluto transitadas. Nos regíamos por lo que afirmaba Savrola^[17] sobre el valor:

¿Ansiáis alcanzar la fama por vuestro arrojo?

Debéis arriesgar vuestra vida.

Nos lanzamos hacia una de aquellas peligrosas esclusas como posesos. Las olas nos bañaron, nos arrancaron los remos de las manos, arrojaron la canoa al aire, como si fuera una pluma. Fuimos a parar al agua, que no nos daba tregua. Me ahogaba. Cuando logré salir de los remolinos y las olas, había perdido de vista a Honza. A la velocidad del rayo, tomé aire. El río tiraba otra vez de mí hacia las profundidades y yo tan solo podía esperar a que me escupiera. Bendije haber invertido miles de horas en aprender a nadar y bucear. No debía sucumbir al pánico. Al fin las aguas me escupieron. Cuando asomé la cabeza, Honza *el Largo* seguía sin aparecer. Estaba al borde del llanto. Bobadas, en semejante trance uno piensa, ante todo, en ponerse a salvo. Y en lo que iba a suceder. Y en las consecuencias que tendría todo aquello. Ni rastro de Honza. Ni un alma que pudiera echarnos una mano. Todo a la mierda. Su madre, que era un sargento, me mataría. No en vano decía de sí misma: «¡Yo no soy severa, soy desalmada!». Me interrogarían: por qué no lo había socorrido y quién fue el causante de la desgracia. Me sumergí de nuevo. Al salir a superficie, vi su jeta sonriente frente a mí gritando:

—¡En peligro estamos en nuestro elemento!

Gracias a Dios. Resultó que, cada vez que uno estaba en la superficie, el otro lo estaba bajo el agua.

En el siguiente dique, un aviso:

16 AHOGADOS OS ADVIERTEN
ESTA PRESA ES TRAICIONERA
NOSOTROS LO PAGAMOS CON LA VIDA

Y allá fuimos nosotros, no porque lo dijera el señor Savrola, sino porque éramos jóvenes y necios. Porque aún no sabíamos que el coraje se demuestra en la vida en lugares distintos a los diques traicioneros plagados de rocas o travesaños salientes. Íbamos allá porque todavía no habíamos estado nunca muertos. Porque no conocíamos el significado de estar muerto. Porque lo subestimábamos e incluso bromeábamos con ello. Porque nos sobrevalorábamos y envanecíamos de ser excelentes nadadores. Porque no creíamos en los muertos. Nosotros habíamos sobrevivido, y había sido hermoso. Y había sido de una hermosura loca. No estaban allí nuestras madres para, en los más traicioneros diques, bajarnos los pantalones, azotarnos en el trasero y mandarnos rodear por el sendero por el que iban los niños, acompañados de la señora maestra, a buscar nenúfares amarillos.

En Tábor compré, con el dinero de emergencia, el carrete más barato para Honza y dos cañas de bambú amarillas, como aquellas con las que pescaba el tío Prošek. Pagué dos licencias para el criadero de lucios.

—Vas a probar qué tal con los peces —le anuncié a Honza *el Largo*.

No dijo nada, pero me percaté de que, extático, comenzó a temblar. A decir verdad, también quería saber qué sería de él cuando tuviera que pescar como un adulto. Quería que conservara la calma al pescar y, sobre todo, que no temiera que lo fueran a sacar de allí agarrado por el cuello. Y, por último, en cierto modo pretendía compensar los peces que nos habíamos jamado antes en el Lužnice ilegalmente, sin licencia. Algo así como una indulgencia. Como cuando uno comete un pecado y luego atiborra de monedas el cepillo de la iglesia para que se le perdone.

Nos acercábamos a Přeběnice. Era este, por aquel entonces, un hermoso pedazo de tierra checa, y la tierra checa es mi hogar:^[18] las ruinas del castillo de los adamitas, bosques profundos y una taberna en la que servían cerveza. Con las licencias en nuestro poder, nos comportamos como los amos del río: buceábamos en busca de almejas a las que abríamos la concha y cuya escurridiza carne

empleábamos como cebo para pescar peces.

Observé a Honza *el Largo*. Le temblaron las manos la primera vez que la caña le comunicó: toc, toc, toc... Pegó un par de tirones y no atrapó más que las hojas de un chopo. Luego tironeó de la almeja que se había tragado un gran bagre de aletas color carmín. Tras una larga pugna, jadeando por la emoción, lo arrastró hasta la orilla, donde lo acarició y yo recordé el momento en el que, siendo niño, hice exactamente lo mismo. Luego no hacía más que sonsacarme cuánto creía yo que pesaría el bagre. Dejé mi caña casi desatendida; tan solo prestaba atención a Honza. No me había equivocado. Tan pronto como tuvo su primer encuentro con un pez, picó él mismo el anzuelo. La mayoría de la gente necesita iniciarse en la pesca en la infancia, pero su caso, al parecer, era la excepción a la regla. Atrapamos un saco entero de bagres y rútilos. Pasamos varios días pescando en Přeběnice.

En una ocasión, tumbados sobre el heno y contemplando las viejas vigas agrietadas del granero, Honza comenzó a hablar sobre los peces con sorprendente erudición:

—No es como disparar a las liebres. Ves a una liebre y haces ¡bang! Pero pescar un pez... Eso es, obviamente, algo arcano. Imaginación. Misterio. La imitación se sumerge en el agua, donde no alcanza la vista. No puedes ver lo que está ocurriendo ahí abajo, no puedes ver qué tipo de pez la ronda. Es un mundo ignoto...

Yo me quedé dormido y él seguía con sus historias sobre los peces, como un crío que le cuenta a su madre los primeros días de escuela. Yo necesitaba conciliar el sueño cuanto antes, porque quería levantarme temprano para ir de pesca sin él. Quería ir, de nuevo, solo. Cuando estoy de pesca no soporto a nadie. Quiero estar a solas con el río. Me irrita una simple pisada, me indigna el habla humana. Es como si no tuvieran cabida en la naturaleza. La gente, estando en plena naturaleza, a menudo cotorrea acerca de minucias y estupideces, mientras que la naturaleza te habla, con su lenguaje directo y claro, tan solo de la belleza, del amor, del odio, del sustento, de la muerte. Es como si se hubiera descartado de la naturaleza todo lo superfluo. Cuando iba de pesca con mi padre o mis hermanos, solía esfumarme en la ribera del río. Yo les otorgaba idénticos derechos, para que pudieran hacer lo mismo, para que pudieran estar a solas en el río. De modo que me escabullí en mitad de la noche del granero y de Honza *el Largo*.

Sucedió cerca del interesante molino de Suchomel. El molino era del mismo color de la harina. Crucé en canoa al otro lado y dejé la embarcación de cualquier manera en la orilla. Era el momento en el que languidece la noche y se despereza el día. La experiencia me había demostrado que esa línea divisoria, ese momento crucial, es para la pesca el más propicio. El alba. Los peces andan, después de la noche, somnolientos, pero ya más que dispuestos a hincarle el diente a cualquier cosa, en especial cuando alguien se lo sirve en sus propias narices. Así que eso es lo que hice. Sabía que allí, en el remanso al pie del molino, podía esconderse un lucio, de modo que puse como sedal un cable con anzuelo simple. Y en él un pececillo esmirriado. Apenas lo lancé al agua, lo cazó un bagre colosal. Lo coloqué suavemente en el interior de la canoa; respiraba profundamente, no se rindió con facilidad. Después metí en la canoa otro más, y luego un tercero. Más tarde pesqué un lucio que mediría sus buenos ochenta centímetros y una perca semejante a un gorro multicolor. En aquel lugar los peces se amontonaban en el agua como en un criadero. Muy pronto convertí la embarcación en un acuario. Lo dejé. Después de años había vuelto a pescar en condiciones. Y desde la canoa era un placer. El barco se bamboleaba bajo mis pies cada vez que sacaba un pez. Era como en los prospectos a color en papel cuché acerca de los lagos canadienses Nipigon y James Bay.

Regresé. Amarré la canoa a un arbusto junto al agua y fui a echar una cabezada.

A las seis de la mañana Honza *el Largo* ya me estaba zarandeando para que fuéramos a pescar. Le dije que fuera solo. Cogió la caña y voló hacia el agua. Al llegar a la canoa, claro, comprendió el

estado de cosas. No me dirigió la palabra en toda la jornada. Y nunca jamás volvió a pedirme que fuéramos juntos a pescar. Había empezado a convertirse en pescador.

Desde aquel día comenzamos a ir de pesca a lugares diferentes. Honza pronto entendió que su compañero de pesca no era yo, sino el río y los astutos peces. De cuando en cuando me consultaba algún que otro detalle técnico, pero eso era todo. En ocasiones traía un par de peces, sobre todo percas y rútilos.

El Lužnice, poco a poco, tocaba a su fin. Seguíamos turnándonos: un día en popa Honza, al siguiente yo. En lo referente a esclusas atravesadas, quedamos empatados.

A medida que nos acercábamos a Praga, el asunto del hospedaje pintaba cada vez peor. No en vano los piragüistas afirmaban que en el sur de Bohemia el labrador te ofrece su cama y en el pueblo de Slapy el pariente te manda a dormir al almiar. Era como si en los alrededores de Praga, y después en la propia Praga, el Diablo hubiera transformado el corazón de la gente en piedra.

Se avecinaba una tormenta y el atardecer. No teníamos dónde pasar la noche. Podíamos dormir al raso, pero ambos teníamos los huesos doloridos.

De pronto, avistamos junto al río una hermosa casa de labor, como de la época de Marketa Lazarová.^[19] Sacamos la canoa del agua y Honza se dispuso a entrar. Para que la cosa cuajara, hurgó en el petate hasta dar con una chaqueta y una camisa arrugadas. Incluso se lavó y se peinó el pelo y la perilla. Yo estaba molido; aquel día habíamos recorrido casi cuarenta kilómetros. Honza se portó. Me aseguró:

—Todo irá bien, sale humo de la chimenea. Aquí nos va a tocar el gordo. Nos darán leche. Camina despacio tras de mí. Déjame negociar primero.

Caminé detrás de él. Desapareció tras el portón, pero permaneció allí muy poco tiempo. Se oyó un ladrido furibundo. Honza salió disparado por la puerta. Tenía el horror clavado en sus ojos. Trotaba como un jugador de béisbol americano de primera, levantando bien alto las rodillas: se había olvidado de que le dolían las extremidades. Al acercarse a mí a la carrera, gritó:

—¡Corre!

De inmediato avisté la causa de su carrera despavorida. Por el portón asomaron dos perros alsacianos. Tampoco me quedé a esperarlos, galopé hasta nuestra madre-río. Por suerte no estaba lejos. Lancé la canoa al agua y Honza saltó a ella ya en marcha. Justo a tiempo: acababan de alcanzarnos los alsacianos. No se metieron al agua. Sentados en la orilla, jadeaban algo menos que nosotros, sacando sus sudorosas lenguas rosadas, que se columpiaban en los morros. Se trataba de perros valientes y, a todas luces, nobles; evidentemente tenían pedigrí.

Poco después rompió a llover a cántaros, el cielo se encapotó. Navegábamos por el río, lo cual no era precisamente un camino de rosas: no sabíamos por dónde avanzábamos ni con qué nos íbamos a topar. Se podía oír a los peces engullendo y sobre nosotros el susurro de las remeras de los pájaros nocturnos. Teníamos un frío y un sueño terribles, pero no había ni rastro de casa alguna y, en cualquier caso, tampoco nos dejarían pasar la noche en ninguna.

Y entonces vislumbramos una tienda de campaña.

Una tienda blanca, diminuta. Junto al río. No obstante, era considerablemente pequeña: una tienda minúscula, como las que montan los escaladores en las planicies de alta montaña. Nos quedamos hipnotizados mirándola, como un milagro. Honza *el Largo* dijo:

—¡Eureka!

Aminoramos la marcha, nos detuvimos y arrastramos la canoa hasta la orilla. Y luego caminamos, aún más despacio, hacia la tienda de campaña. Al llegar a sus inmediaciones, escuchamos un ladrido gruñón. De modo que tenían consigo un chucho. Estábamos allí plantados,

desconcertados, cuando resonó desde el interior una voz masculina:

—¿Qué quieren?

Honza respondió:

—Hace un tiempo de perros y no tenemos dónde dormir. Si pudiéramos guarecernos junto a usted...

Durante un instante reinó el silencio, luego se oyó otra vez aquella voz masculina:

—Tengo aquí a una señorita.

Así que eran amantes, porque no tenían pinta de ser matrimonio.

Honza, ante la objeción:

—La señorita no nos estorba.

De nuevo silencio. Entonces la tienda se abrió y de ella salió, arrastrándose bajo la lluvia, un piragüista de unos treinta años escoltado por un *fox terrier* blanco. Un tipo simpático que no se complicaba la vida. Y tras él, a gatas, su novia. Encendieron una gran lámpara, de modo que pudiéramos vernos las caras. Querían pasarnos revista. Nosotros también les hicimos un reconocimiento. El piragüista llevaba puestos unos calzoncillos con estrellas plateadas, como aquellos con los que, más tarde, se haría fotografiar el presidente Johnson. Su chica era guapa hasta decir basta. Pelirroja de ojos castaños. Jamás había visto una muchacha tan espectacularmente teñida, excepto en las películas de la Metro Goldwyn Meyer. Me encantó, y al parecer a Honza también, porque no paraba de echarle miraditas interesantes por debajo de sus pobladas cejas. Permanecimos en silencio. El piragüista, observando el panorama, se quedó pensativo.

Luego concluyó:

—Caballeros, esta tienda es demasiado pequeña. Les daré de beber té del termo y seguirán su camino.

Mientras abría el termo, Honza se lanzó al interior de la tienda alegando que había dormido ya antes en tiendas mucho más estrechas, de las llamadas «sepulturas». Los demás nos metimos detrás de él para arañar al menos algo de sitio. Al piragüista no le quedó más remedio que apechugar. Yo entré en último lugar. A Honza le asomaban bajo la tormenta las piernas enteras. Contando al *fox terrier*, éramos cinco en la tienda. Me tumbé y el pequeño *fox* se acomodó sobre mí para que lo calentara con mi cuerpo. Era de buena ralea, de cuando en cuando me pegaba un lametazo. El piragüista, con su cuerpo, mantenía lejos de nuestro alcance a la chica pelirroja. A pesar de ello, largo rato antes de quedarme dormido, estuve cavilando que me gustaría acariciar alguna parte de su cuerpo. Al menos las manos, para entrar en calor y sentirme mejor. Sin embargo, no sabía cómo lograrlo, y además me daba algo de reparo montar un escándalo. En una ocasión fui testigo de cómo una mujer le endosaba una bofetada en la oscuridad a un tipo delante de todo el cine, por manosearle una rodilla. Por el contrario, Honza *el Largo* no parecía andarse con remilgos. La primera vez, a oscuras, se hizo un lío y metió mano al piragüista, pero luego tuvo más tino; incluso se escuchaba cierto cuchicheo en la tienda. Pasada la medianoche el piragüista en calzoncillos con estrellas plateadas echó de la tienda a Honza y, acto seguido, a mí, a pesar de que yo no había tocado nada de nada. Para más inri, nos ladraba el pequeño *fox* que tan amigo mío se había hecho mientras dormíamos.

Nos quedamos al raso. Apenas lloviznaba. Decidimos pescar hasta el amanecer algo más abajo y seguir navegando con la luz del día. Al final, entre los dos, no pescamos absolutamente nada; estábamos ateridos y la pesca no nos entretenía. Sin embargo, en medio de aquella oscuridad, pasamos por alto una advertencia que avisaba de que en aquel tramo del río estaba totalmente prohibida la pesca, de que, en efecto, allí no podía pescar ni el presidente, puesto que se trataba de

un desovadero en el que los peces desovaban y se deslomaban.

Al amanecer apareció en la otra orilla del río un hombre vestido con una cazadora marrón de piel vociferando:

—¡Su número de licencia!

Para el curso bajo del río ya no teníamos licencia, cuanto menos número. Honza respondió:

—Podemos explicárselo. Me acercaré a buscarlo a usted en la canoa.

El tipo nos aclaró, con bastante severidad, que habíamos estado pescando en un desovadero y que la broma nos iba a costar un riñón. He aquí el lío que había vaticinado Honza cuando desempolvé la caña de las carpas junto a aquella carretera a orillas del Rožmberák.

Honza, en el ínterin, había encendido con ramitas secas una fogata entre los abetos, para que nos calentáramos los tres. Y entonces preguntó si el caballero vivía allí, en la región, para, a continuación, indagar a qué se dedicaban sus hijos y su esposa. No era más que un truco barato, como cuando se le sirve una vulgar lombriz a una carpa, pero el caballero picó. Tal vez por eso merodeaba por la ribera tan temprano, porque no podía dormir ni con su esposa ni sin ella, porque algo lo atormentaba. Le alargamos la última botella de *becherovka*, que habíamos reservado para una ocasión como esa. Empezó a echar pestes de todo y muy pronto proclamó que no quería ver nunca más ni a su esposa ni a sus hijos, que navegaría con nosotros hacia Praga para vadear los Rápidos de San Juan,^[20] que por aquel entonces estaban ya erosionados hacía tiempo y no existían. Al final Honza *el Largo* se lo llevó en brazos a la canoa y de vuelta al otro lado, es decir, a su familia. El caballero no paraba de gritar:

—¡Ni desovadero ni desovadera! ¡Sois unos tíos legales! ¡Que vivan los Rápidos de San Juan! ¡Ni hablar de ir a casa!

Y gritando un sinnúmero de consignas diferentes, besaba a Honza. Cuando este zarpó, se acochó a dormir en la orilla opuesta junto al cañaveral, como un cachorro. Al regresar a mi lado, Honza se había entristecido, quizá por nuestra causa, por cómo habíamos actuado, o quizá a causa de la vida, por cómo es. No volvimos a pescar y continuamos la singladura, con nuestra bandera Ontario a media asta.

El sol, sin embargo, nos enmendó. Se podría decir que el sol es a menudo el medicamento azufrado de los psiquiatras celestes, que lo administran para ahuyentar la tristeza y levantar el ánimo. El sol es a veces más efectivo que las pastillas suizas Noveril o las americanas Aventyl HCl. El sol es también una toalla de felpa amarilla que nos enjuga y un secador que nos seca. El sol se mete de un salto en nuestro corazón para caldearlo cuando lo tenemos frío, como los perros el hocico.

En el Vltava, que es, como se sabe, algo más ancho que el Lužnice, subimos la canoa, con el consentimiento de los almadieros, a unas almadías flotantes. Queríamos descansar sin dar palo al agua durante un par de días. Se trataba, casi con toda seguridad, de las últimas almadías y de los últimos almadieros, capitaneados por el tío Pisinger, de setenta y cinco años, al que solo le quedaban ya dos dientes y una gorra blanca de visera chulesca. Nos comunicó:

—Chicos, en vuestro honor encenderé el saxofón.

Fumaba en una pipa curva en la que había dibujados unos ciervos bramando con las testas erguidas. De la pipa salía una humareda como la del barco a vapor del Vltava. Encantados, contemplábamos el río al correr y las almadías que, chirriantes, corrían a la par. Amontonados sobre las almadías, como las varas de Svatopluk,^[21] había cuatro vagones de abetos de la región de Šumava que desprendían el aroma del pueblo de Kvilda y de los bosques que rodeaban Lenora y Želnavá. A uno no le quedaba más remedio que pensar en el orbe de soledades nemorosas del escritor Karel Klostermann.^[22] Pisinger, mientras tanto, nos iniciaba; yo intentaba trabajar con el

remo que llaman «inverso de ropero».^[23]

En la almadía descansaba también nuestra embarcación alquilada. Tenía parches rosas de esparadrapo, como un futbolista que ha sobrevivido a la liga de principio a fin.

En la orilla, un pescador. Reconocimos en él al otrora excepcional corredor de media distancia Honza Novotny, periodista deportivo. «¡Eh, Honza! Honza, ¿has pescado algo?». «Tengo bremas». Volaron hasta la almadía tres bremas como tres peces voladores. Bremas en su jugo, eso sí que es manduca de la buena, pero tienen que cocinarse con grasa. En la almadía había un pequeño vasar, como un altar sagrado, y sobre él arcilla con tepes. Allí cocinaban los almadieros por el camino. El agua para la sopa de patatas la recogían directamente del río. Nos prepararon una estupenda sopa de setas con patatas y nosotros, para corresponder, cocinamos las bremas con la manteca que llevaban consigo en las cazuelillas de sus madres.

«Por última vez, chicos, canten con nosotros». Honza cantaba con su hermosa voz y yo con la mía, desafinada:

¡Andulka, levanta!
El almuerzo has de preparar:
está cargado el barco
y yo debo zarpar.

Andulka se levantó,
el desayuno sirvió
y además hasta el barco
me acompañó.

Nos despedimos para siempre de los almadieros, pues nunca jamás volveríamos a verlos, y con ellos del viejo Vltava. Remamos en silencio hacia Praga por unas aguas a las que se denomina «aceite», ya que forman una rebalsa. Solo al llegar al barrio de Zbraslav vuelve a discurrir. Saboreamos por última vez aquella sensación, cuando la embarcación se balancea de una ola a otra y la proa susurra con suavidad. El sol, aquella enorme pastilla de los psiquiatras celestes, ya se encontraba sobre la colina de Petřín.

Una vez en Praga, el señor Leopold Danda se permitió afirmar que le habíamos destrozado la más hermosa de sus canoas. Dijo que jamás había visto una embarcación tan raspada, depauperada, estragada, ajada y destrozada. Había alquilado unas cuantas, así que tenía cierta experiencia en el asunto. Nos exigió por añadidura otras diez señoritas totalmente desnudas del calendario artístico de *Playboy*. Los ojos se me salieron de las órbitas cuando ordenó:

—Tendrían que ser rubias, pero también acepto pelirrojas.

Así que me recorrí toda Praga en busca de aquellas mujeres de vida alegre de papel. Honza *el Largo* me endilgó a mí la tarea. Tenía otras preocupaciones. Por aquel entonces salía con la pelirroja de la tienda de campaña blanca.

De pesca en submarino

Ansiaba, al menos una vez en la vida, pescar en grandes ríos, lagos gigantescos y mares, enormes ya por el mero hecho de ser mares. Durante largo tiempo me resultó imposible. En Estados Unidos estuve pescando en el lago Michigan, junto a Chicago, pero no capturé más que pequeñas percas. Pesqué lucios en el Dniéper, pero tampoco resultaron ser gran cosa. Por lo que se ve, uno debe conocer a fondo cada país, familiarizarse con las costumbres de los peces y tener tiempo y dinero para viajar o volar en busca de grandes peces a miles de kilómetros de distancia.

En Polonia me alumbró por primera vez la esperanza de pescar en alta mar. El almirantazgo polaco me invitó a visitar sus submarinos de guerra. Acepté la invitación con júbilo, aun sin tener la menor idea, sin saber siquiera a ciencia cierta si se podía pescar desde un submarino en marcha. Lo primero que metí en el equipaje para mi viaje submarino fue mi caña de furtivo, del señor Troníček de Braník. Estaba compuesta de cuatro segmentos cortos que permitían esconderla bajo el abrigo. Cañas desmontables y plegables como aquella están hoy a la orden del día entre los fabricantes, pero por aquel entonces se trataba de una pieza única. Escogí además unos cebos de cuchara giratoria Heintz, pesados y plateados, así como un montón de cuentas de cristal y peces artificiales para burlar a los peces marinos. Con mi caña bajo el abrigo embarqué en la lancha motora *Siréna*, que tenía dibujada en una de sus bandas una gran sirena desnuda con escamas en la parte inferior de su cuerpo.

El mar estaba repleto de superficies de agua azules y verdes de mayores dimensiones que Václavák.^[24] El mar es, en definitiva, la más extensa plaza del mundo, y la vida se desarrolla sobre todo en su subsuelo.

Rebanábamos el agua y cortábamos las olas, esas hijas del mar que renacen una y otra vez. El jovencísimo patrón de la lancha *Siréna*, que hablaba un checo bastante decente, oteaba el submarino, que debía estar situado a tal y cual longitud y latitud. La sirena chapoteaba con su escamosa cola en las olas. Tenía unos hermosos pechos, firmes, pintados y secos, puesto que las olas no alcanzaban a rozarlos. Me sentía de fábula.

Por fin el patrón de la *Siréna* hizo un movimiento: me pasó raudo los prismáticos para que examinara el submarino. Pero con mis ojos, faltos de práctica, fui incapaz de avistar nada más que una rayita en el horizonte que me pareció una cría de ballena en un edredón de olas, como las que había visto en las películas. Todos los demás, no obstante, asentían, como que efectivamente se trataba del submarino. Tomamos rumbo hacia él. Creció hasta alcanzar los ochenta metros, semejante al gran puro del anuncio de *Abadie*. La parte superior era de un color azul grisáceo, mientras que la panza era verde.

Me dio la bienvenida el mismísimo capitán del submarino *Buitre* ^[25] Czesław Obrębski. Un tapacubos gigantesco saltó haciendo ¡rump!, ¡rump! Salieron de un brinco del submarino, como en un cuento de Pushkin, unos valerosos mozos.

—¡Compañía! ¡Vista a la izquierda! ¡Ar!

Me recibieron como a un general del país vecino, cuyo principal mar es el pantano de Rozmberk. En realidad, yo no era más que una personilla sin importancia que, para colmo, llevaba bajo su abrigo abultado la caña de furtivo de Troníček, con la cual me disponía a diezmar las reservas de peces del Mar Báltico.

El capitán Czesław Obrębski, como la mayoría de los extranjeros, me habló, en primer lugar, de Checoslovaquia. Había salido con una checa que lo engañó. Coleccionaba sellos checos, que no lo

engañaban. En ellos se podía percibir la cultura de los checos. Esos sellos eran el espejo que respondía: «Sois los más bonitos». Me habló del sello de Cleopatra, arrellanada en un diván verde. Yo no tenía ni la más remota idea de la existencia de ese sello. Una vez conocí a una Cleopatra en nuestra calle, una verdadera zorra. Luego el capitán estuvo de cháchara acerca de otros sellos, mientras su submarino surcaba los mares rumbo a Suecia. Suecia tenía unos sellos muchísimo más sobrios.

A continuación me mostró el submarino de proa a popa. Estaba allí, además, cierto almirante, por lo visto de inspección; se llamaba, creo, Romanowski. Mientras que Obrębski tenía treinta años, Romanowski debía de doblarle la edad. Tenía pinta de criador de conejos. Casi siempre guardaba silencio; no sentía la necesidad de pegar la hebra. Uno está acostumbrado a que la mayoría de la gente se dé tono de inmediato: con una dicción perfecta, con el coche, con el sueldo, con la mansión, con el chalet, con sus conocimientos, con títulos y honores, con galardones y erudición, pero también con sus contactos o sus perros. El señor Romanowski era, obviamente, un ratón de oficina al cual habían ascendido, a base de tiempo y enchufes, al grado de almirante.

El señor Obrębski me demostró que estaba al mando de una tripulación magníficamente coordinada. La tripulación se esfumaba en un lapso de sesenta segundos antes de que el submarino se sumergiera. En superficie navegaba a una velocidad de cuarenta kilómetros, bajo el agua a veinte. Antaño, el *Buitre* era el submarino más moderno del mundo. Holanda lo construyó para Polonia antes de la guerra por nueve millones de dólares. Artillería y ametralladoras. Periscopios. Teléfonos. Lanzadores de cohetes. Diez proyectiles. Impacto certero hasta los cinco kilómetros. Maquinistas trabajando en silencio en las bodegas. El torso desnudo, como los mineros en los estratos calurosos. Ositos de hociquillo sonrosado y muñequitas con vestiditos rosas y patucos. Si estuvieran a punto de morir, ¿jugarían con ellos? Y las fotografías de mujeres curvilíneas prendidas con chinchetas de las paredes... ¿las apretarían tal vez entre sus manos? La muerte en un submarino, dicen, es la más espantosa. Peor que en un avión en llamas o bajo las orugas de un tanque. Un submarino tocado se hunde a menudo hasta el fondo del mar sin posibilidad de volver a superficie. Como mucho salen a flote dos personas, disparadas como torpedos. Los demás aguardan hora tras hora hasta que se acaba el aire y se van marchando los compañeros que tienen pulmones más débiles. Al final mueren los más resistentes.

El submarino tronaba bajo la superficie. Rugía y temblaba, impulsado por caballos de acero. Como si volara un gran avión bajo el agua, esa era la sensación. Solo que mucho más angosto. Sobre ti, la presión de millares de metros cúbicos que te oprimen el alma.

Intentaba distraerme. Se ahorra en espacio. Las camas se abatían de las paredes por las noches, colgadas de cadenas. La mesa del comedor bajaba del techo. Y una vez había descendido:

—*Prosze panów, obiad przygotowany!*^[26]

Nos sentábamos a la mesa en sofás azules colocados en torno a ella. Yo estaba sentado entre Obrębski y Romanowski. La cocina era pequeña y no preparaba comida caliente. Sopa de fruta fría. Salchichón. Jamón. El señor Romanowski me sirvió té inglés mientras me preguntaba si también había hecho el servicio militar.

—No le quepa la menor duda, señor Romanowski. Durante la guerra aún era joven. Pero después de la guerra fui soldado. En el macizo de los Orlické incluso llegué a ganar una competición de patrullas. Nos arrastrábamos bajo los obstáculos. Disparaban cartuchos. De fogeo. Dormíamos en la nieve sin tienda de campaña. Fue de lo más penoso. Que si patatín, que si patatán. Una vez mi padre me envió al servicio militar una caña de pescar, así que fui a truchas. ¿Sabe, señor Romanowski?, mi padre cría conejos. *Champagne*, ¿los conoce, no?

El señor Romanowski meneó la cabeza en señal de que no los conocía, pero siguió escuchando. Me llenó la taza de té y me pidió que le contara algo de la catedral de Kutná Hora, que había visto en un grabado.

Le informé de que era un primor de catedral. Una joya. No sabía más.

Romanowski sonrió y yo pude observar por primera vez sus ojos: identifiqué en ellos un gran cansancio, como si hubiera recorrido a pie el mundo entero y por el camino hubiera sufrido más que el Cristo Nazareno. Tal vez no fuera criador de conejos.

Después el capitán Obrębski me preguntó si tenía alguna petición.

—He traído una caña y me gustaría pescar peces marinos.

Asintió mientras decía algo sobre Suecia, que allí haría escala el submarino y que yo podría pescar:

—*Kiedy będziemy zbliżali się do Szwecji, zatrzymamy się i pan spróbuj to na nowo.* [\[27\]](#)

El submarino navegó una hora más y se detuvo. Subí a proa. Soplabla un leve viento que encrespaba la superficie, lo cual es de lo más adecuado para la pesca con cuchara. En lugar de una baranda había un cable de acero, así que era imposible que cayera al mar. Los soldados y los oficiales me observaban en la distancia. Monté la caña y fijé en el extremo un refulgente Heintz con plomo, para que la cucharilla se hundiera a cierta profundidad bajo el agua. Deseé para mis adentros que se dejara enredar algún bicho multicolor, para no sufrir una ignominia, ya que los polacos tenían tan buena opinión de nuestros sellos y de la catedral de Santa Bárbara en Kutná

Hora. Lancé la cucharilla hacia el infinito azul. Jugueteeé con ella arrastrándola, dejándola subir y bajar, enrollando sedal bruscamente para peces rápidos como el rayo y soltando sedal despacio para perezosos peces peregrinos. Lancé la cucharilla una decena, un centenar de veces. La cambié, utilicé otros señuelos. Americanos delirantes, franceses labrados con total precisión, japoneses ligeros como plumas fabricados con el plumaje de hermosas gaviotas. El submarino entero estaba expectante. Los polacos permanecían en silencio. Solo en una ocasión atisbé una gran sombra oscura persiguiendo el señuelo, pero por lo visto aquel pez únicamente quería comprobar qué clase de memez era aquella. Después de media hora recogí los bártulos. Los polacos le quitaron importancia: seguramente no había peces rondando por allí.

Navegamos de regreso a Polonia. Fuimos todo el rato por superficie. De pie en proa, en silencio. El Báltico era oscuro y gélido. Por doquier paz y tranquilidad.

Entonces detuvieron los motores y subió a cubierta un marinero gallardo como un boxeador con una esfera metálica humeante. La lanzó lo más lejos posible del submarino, y al rato se escuchó una explosión. Los marineros montaron en una lancha neumática. En sus manos llevaban un salabre y un cesto, uno para la ropa, quizá. Al instante comenzaron a salir peces a flote, revolviéndose y retorciéndose en medio de sus últimos estertores. Los marineros los recogían con el salabre para meterlos en el cesto. No paraban de aparecer más y más cadáveres de peces, muchos teñidos como florecillas rosas y violetas, o incluso como las excéntricas flores de la orquídea. Hermosos, pero moribundos. Aquella no era la idea que yo me había hecho, no era aquella mi intención. Me pareció que en el revoltijo había incluso caballitos de mar, con sus corazas óseas, con la cincha recién colocada y dispuestos a lanzarse al mundo.

Los marineros pusieron la cesta llena a mis pies y el boxeador preguntó:

—*Jest pan zadowolony?* [\[28\]](#)

Asentí sin poder mirar el cesto. Algo me aterrorizaba, pero no sabía qué. Tal vez temiera los ojos de unos peces que nunca antes había visto. Tal vez temiera que algún pez tuviera ojos humanos. O tal vez que aquellos caballitos de mar fueran a relinchar como auténticos caballos antes de recibir

un disparo o de que los mataran con una bomba esférica.

Seguimos navegando cuando se hizo la noche. En lontananza titilaban las luces de la costa. En popa rasgueaba la guitarra el marinero Rudolf *el Francés*. Los muchachos entonaban canciones sobre la dura faena del submarinista y sobre el *okręt podwodny*^[29] que regresaba a puerto.

Monté de nuevo en la lancha motora *Siréna*, peces incluidos, mientras el *Buitre*, tras disparar señales luminosas verdes, enfilaba hacia el puerto militar.

El patrón de la *Siréna* me preguntó en checo:

—¿Había alguien más en el *Buitre*?

—Un tal Boleslaw Romanowski.

—¿Ha visto usted a Romanowski? ¿Ha charlado con él? ¡Menuda suerte!

—¿Por qué?

—Es una larga historia. Habían sometido toda Polonia y él seguía combatiendo. Fue el comandante de submarino más intrépido durante la Segunda Guerra Mundial. Cuando los fascistas hundieron el submarino *Aguila*, nadó a superficie, gravemente herido, con la bandera polaca y sus marineros lo envolvieron en ella para que no se desangrara. Después de aquello comandó el submarino *Dzik* (el *Jabalí*). Hundió diecinueve barcos fascistas con sus treinta y seis mil soldados.

El patrón de la *Siréna* calló y a mí se me pasó por la cabeza por qué me preguntaría Romanowski por Kutná Hora. Se me ocurrió una idea descabellada: tantos soldados ahogados suman dos veces la población Kutná Hora. El patrón de la *Siréna* continuó:

—¿Sabe?, se cantan canciones sobre él.

Y comenzó a canturrear:

Toda la flota se mofa
de que se llame Jabalí,
pero detrás de ese jabalí
siempre las llamas azotan.

Permanecí en silencio. Cuántas veces en mi vida había errado el tiro. Las personas más fabulosas son las más modestas. Solamente los idiotas y los pobres diablos necesitan hablar de sí mismos para engrandecerse ante sus propios ojos. Yo también relaté a Romanowski cómo una vez, heroicamente, me arrastré bajo una alambrada en medio del fuego de balas de fogeo. Seguro que se lo pasó de lo lindo escuchándome.

Cuando vaya a Kutná Hora, fotografiaré para él, desde todos los ángulos del mundo, aquella catedral.

Desembarqué en el muelle. El de la *Siréna* me gritó:

—¡Se deja los peces que ha pescado!

Me hice el sueco y eché a correr. A la carrera, pensé en el lago Michigan y en el río Dniéper, donde pasé también sin pena ni gloria. Sin embargo aquello fue una ignominia de menor escala que la del submarino *Buitre*, cuyas luces aún centelleaban en el puerto. Tal vez tenga la próxima vez más suerte en ese monte azul que es el mar. Lanzaré al agua una baliza y clavaré en ella mi bandera. Será por una cara blanca como la luna, que cae al mar y cabe entera en él, y por la otra dorada como el sol, que emerge de las aguas. Y en ella habrá dibujado un pez. Un pez de un rojo singular, como la seductora Cleopatra en su diván verde. Y tendrá los ojos del arco iris.

Me encontraba otra vez junto al mar, en esta ocasión en el extremo inferior de Europa. A orillas de un mar llamado, dios sabrá por qué, Negro, aun siendo azul como la mayoría de los mares. Ya me había casado con Věra, que era una belleza con el cuerpo de un maniquí y a la que adoraba. Me dio un hijo que se convertirá en pescador. Con mi hijo no me he equivocado. La mayor virtud de Věra radicaba en que le gustaba comer pescado día y noche. Esa es la mayor de las dichas con las que pueden bendecir a un pescador. Su esposa no renegará por pasarse la vida en el agua, sino que, muy al contrario, lo despertará para que no remolonee y se levante temprano. Y, en vez de calcetines y pañuelos, me regalaba por Navidades señuelos y anzuelos con los que resultaba imposible pescar, porque no entendía de pesca.

De modo que volamos juntos al Mar Negro, sobre montes y valles, en un avioncillo a punto de desmoronarse, en especial cuando arreciaba el viento y el mar se embravecía.

En la Riviera Búlgara lo pasamos de ensueño. Nos alojamos en un cuartito con una pared entera de cristal, a través de la cual se podía divisar un recuadro de mar. Leíamos los maravillosos relatos de Karel Čapek y Antón Pávlovich Chéjov hasta que nos aburrían sus personajes, y entonces corríamos escaleras abajo por una escalinata de mármol y nos lanzábamos hacia las olas. Siempre me aventuraba a nado mar adentro, hasta donde terminaban las aguas territoriales. Me adentraba en las olas, buceaba bajo ellas y aparecía al otro lado. Percibía debajo de mí una profundidad insondable que me infundía miedo, pero era capaz de dominarlo. Me sentía libre como un pez. En la orilla me observaban con prismáticos los salvavidas, marineros y pescadores Asen, Jakim y Vaska. Echaban al agua una lancha motora, me daban alcance, me ponían de vuelta y media todas y cada una de las veces y yo, todas y cada una de las noches, me veía obligado a comprarles una botella en la tasca de Akim. Nunca me dejaron nadar tan lejos como para que me fallaran las fuerzas y me hundiera hacia el fondo.

Estos tres payasos me estuvieron prometiendo durante tres semanas que me llevarían a alta mar en busca de peces carnívoros. Durante tres semanas se habían estado escaqueando y nosotros regresábamos a casa al día siguiente, en aquel avioncito que a duras penas sobrevolaba los Alpes Transilvanos.

Exprimimos aquel último día al máximo, como si no fuera a repetirse jamás. Věra y yo nos bañamos en el mar salado y nos duchamos después con agua dulce. Yo estuve pescando en la orilla, con pedacitos de carne de vacuno, percas de tres centímetros que regalaba después a los críos en botellas para que jugaran. Y por la tarde escuchamos a las cigarras con su cri-cri-cri y nos acercamos de nuevo a la orilla a robar almendras directamente del árbol, del cual nos hizo bajar un policía.

Por la noche fuimos a bailar al bar de Akim, invitados por nuestros pescadores. La pista de baile era diminuta, pero una delicia, porque soplaba una brisa proveniente del mar cercano que jugueteaba con la seda de las damas, bromeando con ellas, y ellas reían felices. Asen, Jakim y Vaska se unieron a mi mujer en un corro, y yo me dije que era hermoso, porque al fin tenía oportunidad de bailar con hombres hechos y derechos.

No eran ricachones y uno de ellos murió de leucemia. Sin embargo, aquella noche nos prepararon un opíparo banquete real. Estuvieron toda la tarde pescando y arrancando del fondo almejas, cuya carne rociaron con limón y una rara salsa. Sobre la mesa había incluso esbeltas botellas de vino y crujientes pececillos plateados, similares a nuestras lochas, que se comían con

raspa y todo. Cuando fue medianoche y la luna ya rondaba el mar, me dijeron que por la mañana temprano iríamos en busca de peces carnívoros. Y preguntaron si sería capaz de levantarme tan pronto.

Asentí, aunque no estaba del todo seguro. Así que esperé medio borracho a que se hiciera de día. Mientras Věra dormía en el hotel, yo, sentado en un barril medio roto en una playa arenosa, esperé a los pescadores. Estaba hambriento. Me entraron ganas de acudir a mi esposa a lamentarme, como gimotean la mayoría de los hombres. Pero sabía que no podía dejar pasar aquella oportunidad porque no se volvería a repetir.

Me caí del barril dos veces, y dos veces me volví a encaramar a él. Luego contemplé cómo salía el sol del mar. Éste tiritaba al crecer en su interior el flameante balón anaranjado con el que juegan los demonios. El balón naranja se transformó en una gran esfera ligada al mar por un grueso cordón umbilical. A continuación el sol se desprendió de las olas para adentrarse a nado en el firmamento. Había nacido el día.

Llegó Asen acarreando unos pesados remos y un manojo de sedales con anzuelo. Anzuelos pequeños para peces pequeños. Menuda decepción. Menuda novedad. Echamos la barca al agua y remamos hasta la Ensenada de las Conchas. Asen estaba de un humor inmejorable. Echó el ancla y sacó las cañas. Me dio un sedal y ensartó en él un cangrejillo gelatinoso. Él, por su parte, cogió otra caña que sostuvo en sus manos. Al sacudirse el sedal, sacó un pececillo plateado. Yo pesqué una pequeña perca con chaquetilla roja de granadero. Sacamos un pez tras otro, pero ninguno aprovechable. Bulgaria seguía llevando la delantera a Checoslovaquia por una ventaja de diez peces. Pesca para niños de parvulario.

De repente, con el balanceo del mar, me empecé a encontrar mal. El cielo intercambió su sitio con el mar y yo eché la papilla. Se me atenazaron las entrañas y caí rendido boca arriba, como cuando yaces moribundo. Y oí que alguien me decía:

—Es el mal de mar.

Poco a poco, todo se fue calmando. No sé cuánto duró. Aún podía sentir el resabio del mar, las almejas pasadas y el pescado podrido.

Entonces vi que se nos aproximaba una lancha de color celeste y que en ella iban Jakim y Vaska, los dos carcajeándose por haber burlado las patrullas costeras. Solo en aquel momento empezaba la captura de los peces carnívoros. A gatas, mientras me arrastraba hasta la lancha celeste, comprendí que la pesca de pececillos no había sido más que un subterfugio. Arrancó el enorme motor, con el estruendo de sus caballos. Allí, lejos de la costa, donde ya casi se veía la orilla de Turquía, todo era distinto. El mar, el cielo, el viento. El mar no se enfurecía, las nubes se alejaban flotando y solamente corría un vientecito. Allí, por algún lado, debía de leerse: PECES CARNÍVOROS.

Se trataba de bonitos. No éramos capaces de dar con ellos, pues en aquella época constituían una rareza. Vaska preparó una imitación larga y fuerte de la que pendían decenas de sedales más finos con anzuelos. La imitación debía ser blanca como la nieve, de lo contrario los pescadores no la aceptaban. Y de cada anzuelo colgaba una pluma, como la de un sombrero. Arrastradas por las aguas, las plumillas blancas se transformaban para los encarnizados bonitos en una especie de cebo de cuchara giratoria, en pececillos plateados. Una especie de pez artificial en una situación en la que saltaría a por el dinero, ya que brillaba, hasta un ser humano. Llevábamos una hora navegando rumbo al sur cuando los avistamos. Vislumbramos un gigantesco tumulto de gaviotas. Al acercarnos, observamos una enorme superficie de agua hirviendo. Y en aquella mezcolanza volaban por el aire diminutos pececillos argénteos, los acerados cuerpos de los bonitos y las gaviotas. Millones de pececillos que, al parecer, peregrinaban por la superficie marina habían sido atacados por un banco

de atunes, a la manera de salteadores de caminos. Los pececillos saltaban al aire, donde los aguardaba la muerte encarnada en las gaviotas. Los pájaros iban a la caza de peces tanto sobre la superficie del agua como bajo ella, mientras que los feroces bonitos, grandes como lucios de río, les arrancaban el plumaje. Aquello era la Sodoma y Gomorra de la tragedia fugaz. Me puse en pie en la embarcación para contemplar la acción. Vaska me ordenó:

—¡En marcha!

El sedal se desenrolló tras el barco como un pendón. Las plumillas y los anzuelos, afilados como cuchillas, estaban preparados. Hasta aquel instante los bonitos habían sembrado la muerte, ahora la muerte venía a segarlos a ellos. La lancha azul se dirigió al centro de la refriega. Yo sujetaba el sedal en el agua, que seguía en ebullición. La lancha irrumpió sin piedad en el lugar. Las gaviotas, chillando, alzaron el vuelo. El mar ya solo se ondulaba, pero los bonitos, bajo nosotros, todavía estaban de caza, con los ojos inyectados en sangre. Sentí en mis manos el primer tirón, como cuando atrapas con lazo un ganso y lo remolcas detrás del coche. Y de inmediato la segunda sacudida. Perdí la cuenta. La lancha seguía surcando el mar a toda velocidad y, cuanto más aumentaba el número de peces en los sedales, más pesada se me hacía la caña. De repente, me percaté de que estaba llorando de felicidad, pues por primera vez en la vida estaba pescando peces marinos carnívoros.

La caña había dejado de ondear tras la lancha. Ahora pendía perpendicular a las profundidades azules. Me incliné sobre la banda de la embarcación y me dispuse a sacarla, con dificultad. Y entonces vi, en las transparentes aguas, el sedal adornado como un árbol de Navidad: los bonitos danzaban en los anzuelos, en medio de aquel singular azur, el último baile de su vida. Se estaban despidiendo del hogar en el que habían nacido y vivido.

Los saqué por encima de la borda de la lancha. Con los ojos cobrizos fuera de las órbitas, agitaban sus hermosos cuerpos aerodinámicos, que en el agua debían de alcanzar la velocidad del rayo. La aleta caudal, unida al cuerpo por un hilillo estrecho, se asemejaba a las colas de los más modernos aviones. Uno de ellos me mordió o me rasguñó la piel de una pierna, haciéndome sangrar. Arrodillado en la lancha, manchado con su sangre y con la propia y cubierto de millones de cristallitos de sal, parecía un pescador de mar. En un único lance capturé doce. Todos míos.

Navegamos hasta la costa y sacamos la lancha azul. La playa aún dormitaba. Me despedí de los pescadores, en especial de Asen, aquejado de leucemia. Nunca jamás volvería a verlos.

Corrí escaleras arriba hacia el hotel como si Riera el pescador que atrapó el pececillo dorado que concede todos los deseos.

Věra seguía durmiendo, cansada de la vida que había dejado atrás, y dormía de antemano, preparándose para la vida que le esperaba. Es como si el sueño nunca fuera suficiente para las mujeres. Desplegué los bonitos sobre papel. Por última vez, a través de la pared acristalada, los iluminaba el sol que durante años los sustentó y los fortaleció. Impaciente, como todo pescador que ha hecho una captura abundante, la besé en la frente. Abrió los párpados, vio ante sí, junto a la cama, la pesca prematurna y dijo:

—Son unos peces muy hermosos. Parecen rayos de sol.

Me sonrió, y aquella fue toda la recompensa: se le cerraron los ojos y volvió a caer en brazos de Morfeo. Tras la pared acristalada la adormecía la cuna marina.

Tenía un propósito con los peces. Pretendía ser pescador hasta las últimas consecuencias. No quería regalarle a nadie los bonitos, porque nadie había merecido recibirlos gratis. Los recogí y me fui con ellos al mercado, que olía a algas y pescado. Allí encontré una mesita vacía, sobre la que extendí mis bonitos. Quería ser como el pescador al que no le basta únicamente con pescar peces,

sino que además tiene que venderlos para ganarse el pan, la manteca, la sal. Coloqué bien los bonitos, los limpié con un trapito y aguardé a que llegaran clientes. Las mujeres sabían que su carne es excelente, así que se me agotaron en unos cuantos minutos. Me dejaban los leva^[30] en unos cuenquitos de madera que había cogido en la habitación y que me había metido en el bolsillo.

A mi regreso Věra ya estaba vestida. Esparcí las monedas plateadas sobre la palma de sus manos y ella se echó a reír. Lo comprendió todo. Compró con ellas una estera de paja para la pared de nuestro cuarto.

En ocasiones me siento en mi mecedora frente a la esterilla y me parece que estoy surcando el mar en la lancha azul. Ante mis ojos, arremeten contra la estera los bonitos carnívoros con sus ojos inyectados en sangre. A la luz de la lámpara, pequeños pececillos brincan al aire, mientras que desde lo alto los atacan las pacatas gaviotas, parecidas a las que cebamos con panecillos junto al Teatro Nacional en las épocas en las que aún sentimos frío y en que necesitamos caldear nuestros corazones ateridos con buenas acciones.

Nuestro padre, en su caminar por el mundo, estaba haciéndose mayor, lo cual se manifestaba también en la pesca. Seguía ansiando capturar el pez de su vida. Pero los peces grandes son complicados. Si pican con aparejos endebles, los rompen, y si empleamos aparejos resistentes, por lo general no pican. Y luego, la mayoría de las veces, ocurre como con todo en la vida: lo que más deseamos nunca lo logramos.

Papá logró que picaran, en la represa de Skochovice, unos cinco siluros, popularmente conocidos como peces gato. Uno de ellos hasta lo arrastró, con barca y todo, a una distancia de un campo de fútbol. Al final, como de costumbre, rompió el sedal.

Llegó incluso a pescar uno. Un siluro de cinco kilos con bigotes y pequeños ojos enigmáticos. Parecía un lechón negro. Al principio le dio una alegría tremenda a mi padre. Sin embargo, al final cayó en la cuenta de que no era un auténtico siluro y, al enseñárnoslo, dijo de él:

—Menudo bluf.

Papá nunca supo con exactitud lo que significaba esa palabra, pero le encantaba utilizarla. Por lo visto es como cuando pasa una bella dama vestida de gala o con un abrigo de piel esplendoroso, todos los presentes se quedan obnubilados y, de pronto, ella pisa una mierda. Era este un hermoso ejemplar de siluro, como una dama con vestido de noche negro, pero, por desgracia, no era un gran siluro.

Papá lo echó a la fuente que teníamos bajo un abedul. Craso error. Porque a continuación se dirigió a la taberna *Hartman* para proclamar a los cuatro vientos que había capturado un siluro, puesto que hacía ya tiempo que se estaba jugando su prestigio. *Hartman* estaba de bote en bote y con un ambiente excelente. Papá se compró unos cigarrillos y dejó caer delante del tabernero:

—Pues he cogido un siluro.

—¿Cuánto?

Papá, por supuesto, se esperaba aquella pregunta. Por esa razón había anunciado en cuanto llegó a casa:

—Menudo bluf.

Y se imaginó a aquella dama con traje de noche en la acera, limpiándose con papel los taconcitos de los zapatos. Sin embargo, el tabernero no tenía afición por las palabras e imágenes interesantes. Volvió a preguntar, impaciente:

—¿Cuánto mide el siluro ese?

Papá soltó:

—Veinte.

Que no era ni mucho ni poco, lo justo para infundir respeto. Y tomó asiento para echarse al colete un licor de cerezas, el único alcohol que bebía de cuando en cuando. En primer lugar, era dulce como la miel, lo cual era de su gusto; y, en segundo lugar, le traía a la memoria el cerezo que había detrás de la escuela de su Buštěhrad natal, al que solía ir siendo niño a robar cerezas. Al beber el licor escuchaba el alboroto de los estorninos alzando el vuelo y maldiciendo por tener que ceder el árbol a los crios, y luego los alaridos del labriego, que había acudido volando, garrote en ristre. Entretanto, en la taberna *Hartman*, aquel ilustre tugurio de pescadores y vagabundos, se había corrido la voz de que el viejo Pavel había pescado un siluro. Y como los parroquianos ya tenían necesidad de ir a vaciar la vejiga y además les apetecía salir a tomar aire fresco, se aceptó la propuesta de uno de los moderadamente borrachos: ir a echar un vistazo al siluro.

Papá no podía impedirlo, porque muchos de ellos eran pescadores de pura cepa y querían comprobarlo todo con sus propios ojos. Papá consideró fugazmente la opción de comprarles un cachorro, pero como se demostró, no los habría detenido ni un San Bernardo de mirada sanguinaria.

Con piernas de goma abandonaron la taberna y, entre gritos y cantos, se dirigieron a nuestra cabaña, *Herma*, para medir y pesar a conciencia aquel espécimen de gran siluro. Papá los seguía alicaído mientras, a saber por qué, cantaban una cancioncilla sobre carniceros:

No hay mejor obrero
que el carnicero:
de buena mañana va a la tarea,
en la mano una copichuela.

En casa dio la bienvenida a la comitiva nuestra madre, la menuda Herma. Comprendió de inmediato de qué iba el asunto, porque conocía bien a su marido: habían vivido juntos mucho tiempo. Pero también porque papá, a espaldas de los demás, gesticulaba frenético para que hiciera algo. Un pescador llamado Dušek hipó y pronunció el siguiente discurso:

—Gentil señora, hemos venido a ver el siluro que ha pescado su maridito.

E hizo una reverencia. Mamá, rauda y veloz, dedujo que aún no estaban en el estado adecuado para ver el siluro, de modo que los invitó a sentarse a las mesas en el interior de la cabaña y en la *Věra*nda. No se hicieron de rogar mucho. Les sirvió hasta la última miga que teníamos en casa. *Téliszalám*^[31] pescado en salazón, salami de cerdo, salami de caballo. Abrió latas de conservas, botellas de vino y demás alcohol. Yo ayudaba a servir. A papá se lo había tragado la tierra. Nuestra cabaña sobre una roca apenas parecía una cabaña, sino más bien un barco de vapor luchando contra la marejada. Se balanceaba, bandeaba y cantaba:

Bebe papá, bebe mamá,
pues la vaca en celo está.
Bebe el padre, bebe el heredero,
pues ya hay cuero en el ternero.

Comieron y bebieron durante una hora más, hasta que mamá consideró que había llegado el momento. Estaban ya curda pero aún no habían vomitado. Ahora podían juzgar la medida y el peso de aquel espécimen de gran siluro. Mamá, para asegurarse, salió afuera con Dušek, que tenía gran ascendiente entre los pescadores, y le susurró algo al oído. Dušek respondió:

—Puede usted, gentil señora, confiar en mí sin ningún género de duda.

Salido de no se sabía dónde, se aproximó a regañadientes mi padre, lívido. La expedición partió hacia la fuente bajo el abedul. Dušek echó un vistazo a la fuente aferrándose al tejadillo de latón para no caerse. Después de un rato dijo:

—Si tenemos en cuenta que el agua mengua, el siluro sobrepasa con creces los veinte.

Los demás también echaron una ojeada al agua. Nadie se atrevió ya a poner en tela de juicio sus palabras. O bien no veían el siluro en el fondo, o bien no tenían siquiera intención de verlo. Fue el retaco de Peterka el que lo echó todo a perder, tan borracho como *Věraz*. Al mirar la fuente, empezó a gritar:

—¡Eh, qué pequeñín! ¡Le voy a dar un besito!

Y se quedó en paños menores, empeñado en meterse en la fuente, como si fuera un edredón de plumas. Se lo llevaron de allí a rastras. Regresaron todos cantando a la taberna *Hartman*; solo se quedó papá, ayudando a recoger la vajilla y los vasos sucios, lo cual en circunstancias normales

nunca hacía. Y mamá no le dijo ni palabra, porque sabía que sería totalmente inútil. Muy pronto se difundió por Skochovice la noticia de que el siluro de papá pesaba cincuenta kilos. Eso, al parecer, se resolvió en nuestra fuente.

Para mí esta historia tuvo la única ventaja de que al menos empecé a entender el significado de la palabra *bluf*. Precioso, pero no vale una mierda.

La cafetera

Mis hermanos y yo también nos hicimos algo mayores. Se nos caían los primeros cabellos a la par que aparecían las primeras canas. Lejos quedaban los tiempos en que intentábamos cazar entre las algas aquel enorme lucio negro. Mis hermanos se desataron en sus años mozos, se casaron, como es habitual, y retomaron la pesca, como también es habitual. Como si fueran conscientes del proverbio chino:

Si quieres ser feliz una hora, emborráchate.

Si quieres ser feliz tres días, cástate.

Si quieres ser feliz toda la vida, hazte pescador.

Su regreso a la pesca fue tormentoso. Yo los comprendía: sus años de juventud se vieron truncados por los fascistas.

Cuando mis hermanos Hugo y Jirka guardaron las cañas y pasaron a engrosar las filas de las marchas de la muerte, eran todavía chavales. Hugo, en lugar de los grandes peces plateados que se disponía a pescar, avistó el letrero TEREZÍN. Jirka, en lugar de grandes lucios negros, AUSCHWITZ.

Y ahora, tras la guerra, mis hermanos querían continuar, retornar a sus años jóvenes y salvar el abismo que para muchos cavó Adolf Hitler con sus SS. Querían quedarse en calzoncillos, vestir camisetas de manga corta con el lema «Campamento de la eterna juventud».

Celebramos un cónclave. Acordamos que todos los años iríamos juntos de acampada durante una semana a los ríos más hermosos. Iríamos sin mujeres, legítimas o ilegítimas. Llevaríamos suficiente comida y mares de cerveza, y competiríamos para ver quién de nosotros cocinaba la mejor comida y pescaba más peces.

Cuando se lo comunicamos a nuestras esposas, se pusieron de morros. Después anunciaron que ellas también irían a algún sitio, pero no tenían adonde. No pescaban. Finalmente proclamaron que estaban la mar de contentas de librarse de nosotros. Y se pusieron manos a la obra con la colada y el fregado a fondo: limpieza general, asunto que al parecer constituye la mayor diversión para las mujeres. Especialmente porque a los hombres no les divierte en absoluto. Los hombres fueron creados para la caza y la batalla.

El mayor, Hugo, o sea, *Resoplidos*, era el más cuidadoso con el dinero, porque siempre andaba escaso. Y siempre lo invertía en aperos de pesca. Tenía una caña americana Noris Shakespeare, que iba a contemplar a su vitrina, y los señuelos más hermosos colgados de las cortinas, de modo que adornaba su casa un árbol de Navidad permanente. Jirka era codicioso con los peces, porque los comía con agrado, y su esposa Dana también, de manera que cuando llevaba pescado a casa el panorama doméstico era algo mejor. Enrollaban el pescado, como filetes, para introducirlos en un fantástico adobo, igual que en casa de Prošek.

En nuestra primera reunión se habló de la comida. Lejos quedaban los tiempos en que recorría decenas de kilómetros por la región de Křivoclát bebiendo únicamente huevos crudos salados y mordisqueando rebanadas de pan duro. Ahora se avecinaba un banquete pantagruélico. Hicimos una lista como si partiéramos a la montaña de las montañas, Nanga Parbat.

Hugo, que por aquel entonces vivía en Kladno, nos informaba de los preparativos. Queríamos ir a los parajes de nuestra infancia, regresar para volver a ser niños.

El sábado salimos de Praga a buscar a Hugo en dos taxis, porque en uno solo no nos cabían todos los trastos. En Kladno los taxistas descargaron las cañas, las tiendas, el vivero, un ganso y dos patos, una olla de chucrut, patatas, sacos de dormir, pucheros, jamón y manteca, salami de caballo, salami corriente, verdura, harina, aceite y otras materias primas, aliños e ingredientes. Y a nosotros. Teníamos que continuar el viaje en el cochecito de Hugo. Se trataba de un Tatra 57, uno de los primeros modelos de *Viborilla*.^[32] Hugo le tenía mucho apego, pues estuvo ahorrando bastantes años para comprarlo. Cuando vio aquella montaña de cachivaches, se le escapó un gemido. Pasamos toda la mañana encajando cosas. Nada más ponernos en marcha, se me cayó el vivero de alambre en la cabeza. Hugo, al volante, refunfuñaba a ratos:

—Vosotros no sois hermanos. ¡Sois imbéciles! ¡Me lo habéis sobrecargado!

La cafetera gimoteaba solo cuesta arriba; él, en cambio, lo hacía todo el rato. Pasadas tres horas llegamos al *Explorador*. La señora Fraňková, viendo el equipaje, dedujo que nos íbamos a quedar allí por los siglos de los siglos. Sin embargo, allí no picaban los peces. Decidimos que nos alejaríamos aún más de la civilización, pero nos faltaba la cerveza. Jirka consideraba que cuatro cajas era el mínimo imprescindible. Hugo que dos. Y yo, en el transcurso de su rifirrafe, me pimplé dos jarras de barril. Al final Jirka impuso la moción de las cuatro cajas de cerveza de Rakovnik, con su cangrejo en el logotipo. Cargamos las cajas en el techo y las sujetamos con la antena de la televisión. La cafetera seguía avanzando como un tanque de la Primera Guerra Mundial. Era un automóvil fantástico, digno de disputarse un puesto en un campeonato de coches lentos. Atravesamos el puente de Skryje para subir, pueblo arriba, la colina.

De repente, algo en el interior de la cafetera hizo ¡cras! y ¡crac!, con el consiguiente aullido de Hugo. Nos precipitábamos de vuelta a Křivoclát y a nuestro encantador Berounka entre los alaridos de Hugo:

—Lo sabía. Os habéis cargado mi querido, mi amado coche. ¡Os voy a matar!

No hacía falta que lo dijera: estaba claro que nos íbamos a matar todos. La antena de la televisión se había desplazado y las botellas con el cangrejo en el logotipo rodaban también camino de Křivoclát. Se me derramó el chucrut en la cabeza, lo que me confirmó el aspecto de un ganso rebozado.

Por suerte nos detuvimos al chocar contra un mojón de piedra.

Nos remolcaron hasta nuestro campamento de Luh, junto a Skryje, unas vacas salpicadas de manchas a cambio de cincuenta coronas. Era un lugar maravilloso.

Jirka se puso de inmediato a pescar. Hugo y yo, a base de sorber cerveza, nos achispamos. Hugo no podía dejar de alabar a Jirka por haber cargado aquellas cuatro cajas de cerveza, aun cuando la cafetera, en consecuencia, hubiera pasado a mejor vida. Alrededor de la medianoche, Jirka vociferó:

—¡Una anguila!

Hugo se pegó tal susto que cayó, ya medio borracho, al río. Allí plantado, con el agua por las rodillas, chillaba sin cesar que se ahogaba. Lo arrastramos hasta la orilla y él no paraba de agradecernos que hubiéramos salvado la vida al padre de sus hijos. Obligamos a Jirka a freír aquella anguila. Como más tarde fue incapaz de volver a pescar una, no hizo más que maldecirnos; quería habérsela llevado a su esposa Dana, para que el panorama doméstico pintara algo mejor.

Aquella semana de escapada solo para hombres y vacaciones fraternales nos olvidamos del mundo. Pescamos, sobre todo comimos, y no nos lavamos en absoluto. Había pasado una semana cuando nos tratábamos como se han de tratar los hermanos de sangre.

El campeonato de cocina lo ganó Jirka. Se proclamó plato ganador su carpa a la judía. Entonces no quiso desvelarnos la receta, de ninguna de las maneras. Pero cantó en sueños: rebozar en harina

los pedacitos de carpa, rehogar en aceite con cebolla, caldo de pescado, vino blanco, ajo y perejil picado, rociar con anchoas en su jugo, chalote en conserva y champiñones hervidos. ¡Ñam!

El que más peces de todo tipo atrapó fue Hugo.

Jirka y yo tuvimos que volver en tren. Hugo estaba decidido a no abandonar su cafetera, no fuera a ser que se la robaran. Prometimos que le ayudaríamos a correr con todos los gastos, costara lo que costara. Al final, de todas formas, no le dimos nada. Disfrutó de lo lindo y se quedó bastante tiempo. Después de un tiempo escribió a la fábrica para dar cuenta de todos los tornillos que se le habían aflojado, en el coche y en la cabeza. Eran una barbaridad de ellos y no había forma de encontrarlos para ese bichejo. ¡Recambios para una viborilla! La fábrica, su esposa Ela, el Movimiento Sindical Revolucionario... Todo el mundo lo bombardeaba con cartas preguntándole qué debían hacer. El no las leía: las metía en botellas vacías de ron y cerveza y las soltaba, soñador, río abajo. Flotaban, como correo devuelto, a través de los hermosos parajes de los alrededores de Týřov y Luh junto a Bránov, hasta Křivoclát. No tuvo que esforzarse por buscar nada: le habíamos dejado comida más que suficiente, como en el paraíso. Lo único que compraba era ron, para el té, y cerveza, para sí mismo. Había colocado las cañas al lado mismo de la tienda de campaña, con las imitaciones apuntando hacia las grandes hoyas, llenas de lucios. Cuando un lucio hundía la veleta, lo sacaba a la orilla, se lo zampaba y seguía pescando. Para él, el mundo había dejado de existir. Capturó, el muy miserable, unos veinte lucios hermosísimos. ¡Y encima quería que colaboráramos con los gastos!

Todos los días hacía por allí su ronda una joven cartera, con la que charlaba. Pegaban la hebra, blablablabla. Era de lo más interesante y hermoso: parloteaban del tiempo, de la hierba, del castillo de Týřov, de setas y trilobites.

Hasta que un día apareció en la loma un gran camión de transporte de chatarra. Hugo reconoció el camión: provenía de su fábrica. Junto al conductor iba sentada Ela, otra viborilla. Cargaron no solo la cafetera, sino también la tienda de campaña, el vivero y unos trilobites de tiempos inmemoriales que había hallado en el lugar, mucho antes que mi hermano Hugo, el afamado geólogo y paleontólogo francés Joachim Barrande, hacía más de un siglo.

¡Ven! ¡Vas a pescar de fábula!

Me había telefonado mi hermano Hugo: «¡Ven! ¡Vas a pescar de fábula!». A pesar de que llovía, convencí a mi mujer para ir con él a Zbečno, al Berounka. Aun sabiendo que había allí pocos peces. Mi principal argumento contra la parienta, contra el viento y contra la lluvia era que por fin haríamos una buena pesca y que para la cena tendríamos pescado fresco.

—Tal vez una carpita. Quizá un lucio. ¡Incluso una lucio-perca!

Sonaba de maravilla. Desde el barrio de Vinohrady hasta el Berounka hay un buen trecho y, para colmo de males, nosotros nos perdimos con el MB.^[33] Es algo que nos ocurre por norma. De modo que acabamos en una cuneta más allá del pueblo de Lány, en la Ratonera,^[34] que en medio de la niebla y bajo la lluvia parecía el descenso de la cumbre del Großglockner.

Encontramos la cabaña después de estar buscando un buen rato. Mi hermano, naturalmente, no se encontraba en su interior. Al parecer ya estaba sacando un pez tras otro sin mí. Cuando di con él, me entraron mil ganas de darle una buena leche: sentado en un taburete, con cuentas de colores en los anzuelos, pescaba a fondo. Y no carpas, sino filetes. ¡Filetes! Esos pececillos de acuario. No se pueden comer, no se pueden adobar, tampoco se pueden hacer en aceite, como para hablar de freírlos. Así que aquella era la fabulosa pesca por la que me había pegado la paliza de viajar hasta aquellos andurriales y por la que casi me mato en Lány con mi mujer y con mis hijos Jan, Petr y Jirka, en mitad de la niebla y la tormenta. En silencio, contuve mi colosal cabreo. Junto a mi hermano, un perro vagabundo, un chucho al parecer incapaz de hacer siquiera ¡guau! o ¡grrrr!, que se reía exactamente igual que él. En cuanto un pececillo meneaba la imitación que pendía de la caña, el perro meneaba el rabo. El muy truhán sabía cuándo un pececillo zarandeaba el sedal. En la vida había visto un perro semejante. Un gato sí, eso sí; pero un perro... Mi hermano sacaba pececillos del agua y le echaba uno de cada diez. El perro se volvía loco de alegría. Le lanzó uno más al aire, que el perro se tragó crudo. ¡Como un número de circo! Un dúo de lo más logrado. Yo seguía cabreado a más no poder, pero mi hermano no me hacía ni caso e incluso murmuraba:

—Una pesca fabulosa. ¡Se pesca de fábula!

Se reía cada vez que sacaba un pececillo, alegre y dichoso, lo mismo que el perro. Tuve que observarlos durante mucho tiempo para, al fin, empezar a comprender la situación: estaba tan a gusto porque no paraban de picar, porque estaba junto al agua, porque alrededor corría el río, porque más allá del río había un bosque, y porque en el bosque gritaban los faisanes, también de gusto, al cazar lombrices en la húmeda arcilla.

Me senté en el taburete que quedaba libre, me eché a reír y le grité:

—¡La que nos has preparado! ¡Nos la has pegado pero bien!

Y entonces le dije:

—¡Préstame una caña!

Y, sentado junto a él, empecé a pescar. Filetes. No se pueden comer, no se pueden adobar, tampoco se pueden hacer en aceite, como para hablar de freírlos. Y también mis hijos Jan, Petr y Jirka se sentaron junto a mí y se pusieron a pescar filetes. Parece que había dejado de importarnos que no fueran peces grandes. A la única que le importaría sería a mi esposa. Le gusta comer pescado guisado a la francesa. Lucio a la papillote o carpa mechada con beicon. Cada dos por tres se asomaba al porche de la cabaña para, anhelante, esperanzada, agitar un pañuelo blanco. Qué confundida estaba al pensar que aquel día habría pescado. Por otra parte, se había confundido ya con

anterioridad muchas veces al pensar qué clase de marido era yo. Sentados en los taburetes, nos reíamos a carcajadas mientras pescábamos filetes. Nos lo pasamos pipa, mejor que en el parque de recreo y cultura. Devolvíamos los pececillos al río para que siguieran viviendo y retozando. Solo de vez en cuando, alguno un poco más grande que ya había nadado lo suyo en aquel universo líquido, se lo lanzábamos por gusto al chucho, que en realidad se llamaba Carda. Y Carda también sonreía. Si entonces nos hubiera sorprendido alguien, habría dicho que estábamos como cabras. Y no se habría equivocado.

El ladrón de cañas

En el río Ohře nos sucedió algo extraño. Estábamos allí de pesca con Walda Freund, de Podbořany, y con el marinero Půhoný, de Praga. El marinero Půhoný había navegado hacía tiempo en nuestros barcos de ultramar por Osaka y Tokio, de donde se había traído unas hermosas cañas japonesas. Le gustaban tanto que apenas las utilizaba: las dejaba apoyadas en la tienda para enseñárselas a todo el que pasara. Eran unas cañas preciosas de veras, con rabizas de recambio y ataduras rojas, finas como rayos de sol provenientes de algún punto del mar del Japón.

Pasé horas sentado en su tienda y viajando con él. Él me contaba amenas historias sobre sus viajes y yo, mientras tanto, admiraba aquellas cañas de pesca, igual que cuando estás charlando y, a la vez, escuchando música. Y por las noches hasta soñaba con aquellas cañas: pescaba con ellas enormes peces plateados en las cristalinas aguas de un río azul. Una vez, mientras soñaba con ellas, me desperté y me incorporé. A un par de pasos de distancia fluía, quedo, el río. Eso es lo más hermoso de las tiendas de campaña, que las puedes levantar directamente a orillas del río. Este te acuna por la noche y te despierta por la mañana. Eché un vistazo afuera: era de noche, una noche oscura como la boca del lobo. Dormía en la tienda con Jirka —Hugo pernoctaba en el coche—, que no paraba de resoplar; seguramente estaba soñando con el magnífico *gulyás* que había guisado Hugo aquel día, con serias opciones a conseguir el primer puesto en la competición por la mejor comida que, al final de la semana, concedíamos siempre junto con la Medalla al Mérito Culinario. Jirka, en resumen, no tenía sueños tan líricos como los míos.

Mientras contemplaba el río, me dije que iría por la mañana en busca de aquellos grandes bagres junto a la presa; siempre picaban uno o dos con un filete como cebo: era una pesca hermosa. Entonces vi a Hugo, y estoy seguro de que él también a mí. Se empezó a lavar las manos a la orilla del río. Como estaba algo somnoliento, no me pareció extraño. Pero según se me iban abriendo más y más los ojos, me pregunté: «¿Qué anda haciendo en plena noche?». Salí de la tienda y me acerqué despacio al río y a él. Cuando me encontraba a unos tres metros de distancia, le dije:

—Hugo, ¿qué estás haciendo aquí?

Balbució algo como:

—Ya sabes...

Y, riéndose sin control, se apartó de mí mientras sacudía los brazos como un pato que se dispone a alzar el vuelo del bajío. De repente fui presa del pánico: recordé la predicción astrológica que, hacía años, había vaticinado que alguien de nuestra familia enloquecería, y se me metió en la cabeza que Hugo había perdido el juicio. A carcajadas, se adentraba cada vez más en el agua, dirigiéndose a las profundidades. Me planté de un salto en la tienda y le pegué un meneo a Jirka:

—Jirka! Hugo ha perdido la chaveta. ¡Rápido! ¡Se va a ahogar!

Jirka pegó un respingo. Dormía desnudo, así que volamos a la orilla del río. Jirka estaba a unos tres metros de Hugo cuando se giró hacia mí para gritar, con vehemencia y reprobación:

—¡Pero si este no es Hugo!

En aquel instante se me pasaron miles de cosas por la cabeza. Primero se me ocurrió que sería un ladrón o un asesino. Jirka estaba más próximo a él que yo, lo cual era bueno, porque Jirka no temía a nada ni a nadie, como nuestro padre. Lo había visto derribar al suelo a hombres más grandes que lo habían herido, a él o a aquello por lo que peleaba, y machacarlos con sus puños. Así que estaba bien que él fuera primero. Avanzó hacia aquel tipo, robusto, que efectivamente se parecía a Hugo. Aguardó. Caí en la cuenta de que tenía una mano bajo el agua. Me entró aún más miedo y dije

en voz baja:

—¡Puede tener un hacha en la mano!

Eso detuvo a Jirka. Se quedaron de pie en el río, frente a frente, largo rato. Jirka no reculó; obviamente, ninguno de los dos quería portarse como un cobarde. Y entonces el tipo dio dos o tres pasos hacia atrás. Luego soltó una extraña risotada y se marchó a nado al otro lado del río. En la orilla opuesta desapareció, seguramente entre la maleza.

Jirka, mosqueado, dijo:

—¡Hala! ¡Todo a tomar por culo!

Fuimos a despertar a los pescadores. En el lugar en el que se erguían las cañas japonesas no había más que un espacio vacío.

El día siguiente fue muy triste, como si hubieran mancillado la pesca: no pescamos, no cocinamos, comimos restos... Una mañana después la señora Freundová encontró todas las cañas apoyadas en un árbol cercano a la tienda. Nos llamó y nosotros nos quedamos mirando pasmados, como si se hubiera producido un milagro divino y las cañas hubieran caído del cielo. Las observé: me parecieron más limpias, como si el hombre en cuestión las hubiera purgado de autoconocimiento o de aquello que hubiera de vivir a lo largo de aquella noche y aquel día. Y, al mirarlas más de cerca, me percaté de que estaban cubiertas de gotas de rocío, semejantes a lágrimas.

Este no es un cuento sobre un ladrón honrado y sobre mi valeroso hermano. Es la verdad. Podéis preguntarle al señor Půhoný, si es que no está surcando las aguas de Osaka y Tokio. Y podéis venir a echar una ojeada a una de esas cañas japonesas: el señor Půhoný me dio una de recuerdo. Pesco con ella, aunque con más frecuencia lo que hago es contemplarla mientras pongo en el tocadiscos al americano Frank Sinatra con su canción *I love Paris* y reflexiono sobre la naturaleza humana. Y por la noche sueño que vuelvo a pescar peces plateados en aquel río azul con la caña japonesa y que tengo por compañero al «ladrón». Me gustaría descubrir su identidad, pero eso es algo que jamás se hará realidad. Le preguntaría por qué diablos devolvió aquellas cañas. Y también le prestaría gustoso la mía, incluso se la regalaría, para que pescara también con ella alguna vez en condiciones. Y no solo una noche...

No volví a ir así de pesca con mis hermanos durante una buena temporada. Se cumplió la predicción. El que perdió la chaveta fui yo, de modo que pasé cinco años en una institución para enfermos mentales.

Allí no hay peces.

Únicamente reyes, emperadores, napoleones, cristos, afroditas, princesas Libuse y doncellas de Orléans.

Cómo nos matamos de pesca

Durante una de nuestras escapadas para hombres, muy posterior, nos dirigimos al sur de Bohemia, donde, como sabéis, el firmamento es vasto y azul y la atmósfera húmeda. No había estado allí en años; tan solo soñé con el Lužnice y el sur de Bohemia mientras estuve gravemente enfermo. Entonces el Lužnice y el sur de Bohemia me parecían tan lejanos e inalcanzables como, por ejemplo, Honolulu. Y sin embargo nunca ansié ir a Honolulu con tanta intensidad como al sur de Bohemia, puesto que allí lo había pasado siempre de maravilla y tenía la sensación de encontrarme a orillas del mar checo, cercano al cielo.

Los tres tomamos la determinación de que debíamos capturar el pez más grande de nuestra vida.

Yo, además, deseaba ver una vez más el Lužnice a su paso por Tábor, donde el río discurre formando un arco hasta Příběnice. Al entornar los ojos, puedes ver correr por el lugar a los checos más audaces, los husitas, que le dieron a todo hijo de vecino en los morros o en partes más bajas. Tampoco se me iba de la mollera aquel molino donde en tiempos lo pasé de miedo y donde atrapé tantos peces. Se llamaba algo así como Mlýnomel. Allí, en un prado, tenía por aquel entonces una casita el señor Kotalík, que en Praga conducía tranvías. Cuando pasamos Honza y yo por el lugar, tenía una cabra blanca que ordeñamos sin que se enterara.

Aquellos eran los hermosos recuerdos que pretendía revivir cuando me dirigía hacia allí en la *kombi*^[35] con mis hermanos.

Viajamos a ver al señor Zeman, que se conocía al dedillo la región. Embarcamos al señor Zeman en una casa de labor y nos dirigimos a un molino. Era aquel en el que pensaba a veces mientras agonizaba. No era Mlýnomel —menuda estupidez—, sino Suchomel.^[36] «El que muele aunque no corra el agua.» Mis hermanos me llamaron para que abreviara; quedaba poco para llegar. Pero yo no podía despegar los pies del suelo: me había quedado allí como encolado con un pegamento especial, al borde del llanto por haber visto mi particular Honolulu, que pensaba que jamás volvería a avistar.

Por la mañana fui a pescar a aquel paraíso pesquero. En aquella ocasión sí tenía licencia. Sin embargo, los peces no pican por tener licencia. Pican por un gusano o por un filete. Lancé un filete al agua, pero ni una dentellada; podría viajar hasta Praga y tal vez hasta el Mar del Norte. Sentado en la orilla, observé la contraria: de cuando en cuando acudía a ella de pesca el tranviario Kotalík, con chaleco y tirantes. Y la red al hombro. Y maldecía entre dientes, como cuando sopla un vientecillo. Nunca pescaba nada; regresaba sin más a decirle a su parienta:

—Otra vez que no pican.

Ya no pescaba ni barbos rosados, pues le temblaban las manos. No obstante, había sido buen pescador. Hasta la cabra estaba en las últimas, y no quedaban más que girasoles en torno a la cabaña. ¡Si capturara al pececillo dorado y pudiera con sus tres deseos procurarse una barca nueva, una cabaña nueva y una cabra nueva! Pero eso solamente sucedía en los cuentos, y en el Lužnice no atraparía un pececillo dorado ni el mejor de los pescadores.

El sol brillaba, empañado y desamparado, como suele hacerlo en otoño. En la casita de enfrente hacía la colada una bella joven en sujetador blanco. Me tumbé en una roca caldeada. Me excitaba imaginar que vadeaba el río, me acercaba a ella empapado y le quitaba el sujetador mientras le decía que era una estupidez estar lavando la ropa, con el día que hacía y ya que había venido hasta Suchomel... Pero no lo hice. No tenía el valor ni la planta para hacerlo. Podía incluso pegarme un par

de bofetadas. Y encima estaba empezando a refrescar. Ni un pez. La lavandera se esfumó. Kotalík fue a decirle de nuevo a la parienta que los peces no picaban. Adormilado, observé las ventanas del molino, oscuras: cada ventana un ojo. El miedo se apoderó de mí y entendí el porqué.

Molino:

—¿Dónde están los peces que proliferaban en este lugar? ¿Quién derribó aquella hermosa presa? ¿Quién ha permitido levantar aquí tantas cabañas?

Guardé silencio: aquellos peces también pesaban sobre mi conciencia. Miré las ventanas como si entreoyera:

—¡Vete al diablo!

Tras cada una de las ventanas podía esconderse un diablo, tras cada una de las ventanas podía sacarme su lengua de fuego. Me apresuré hacia el coche, que me seguía esperando, y partimos en busca de otros molinos que aún tabletearan. Hasta el río Nezárka no encontramos uno. El molinero nos dejó una pieza sin estufa y sin camas en la que durante una semana fuimos felices hasta lo indescriptible.

Nos abalanzamos hacia el río: seguro que habría mares de peces en aquellos parajes.

El río casi discurría por el patio. Había abundancia de leche de cabra y de vaca que se servía directamente de las ubres. Las aguas eran insondables, misteriosas: de las profundidades ascendían burbujas. El ganador de todos nuestros campeonatos de pesca, Hugo, afirmaba que había allí carpas grandes como lechones. Permanecimos sentados en el dique mientras caían las hojas esquivando los sedales, que cortaban el agua. Mis hermanos a veces atrapaban una brema que sacaban del agua a la luz del día. Plateada, como si la hubieran fundido. Sacar una brema del agua no es por lo general una brega, muy al contrario: es hermoso, pues se trata de un pez elegante, como a la moda, como cuando una dama se dirige a un baile. No se resiste, no monta un espectáculo ni perturba la paz.

Al día siguiente ya estaba harto de sentarme en el patio del molino junto a mis hermanos y a las gallinas, así que me marché a la aldea de Hamr a pescar lucios. Decían que había allí una gran presa, a sus pies un remanso, y en el remanso lucios. Pero estaba a gran distancia. Jirka me encargó comprar cigarrillos.

Caminé río arriba. En la corriente, plata y follaje dorado. Caminaba solo; de repente me di cuenta de que no resonaban los bocinazos de los coches para que me apartara, de que no rechinaban los tranvías para que retrocediera. Y aquella era la razón principal por la que me había largado a pescar lucios: perder de vista a mis hermanos sacando bremas, perder de vista al mundo entero; ver solamente faisanes, en el bosque a un corzo y en el aire a un pájaro que volaba silencioso. Evalué el río, dónde podría ocultarse un bagre y dónde acechar un lucio. Pero no lancé la caña ni una sola vez. Vagué durante horas. Cuando alcancé Hamr, me tambaleaba de cansancio. La taberna estaba cerrada: «No habrá cigarrillos, hermanito, ni apagaré mi sed». De modo que marché hacia el remanso. Estaba a unos dos kilómetros largos. Para cuando llegué tenía la sensación de que iba a morir. Me senté junto al remanso, tan exhausto por la fatiga que me flaqueaban las fuerzas para poner la caña. Así que me di un respiro y emprendí el camino de regreso, que, como es sabido, resulta siempre mucho más largo.

Junto al camino se alzaba un humilladero, en su interior una Virgen María de porcelana y a sus pies una fuente-cilla. Un campesino me dijo que aquella era la mejor agua de la comarca. Pero, por lo que decían, a los mentirosos se les caía la mano al cogerla. Yo de cuando en cuando suelto alguna trola, y no quería quedarme sin mano. Por si las moscas, utilicé la izquierda, que me era menos necesaria. Me temblaba. No sucedió nada: al parecer no miento tanto. Tragué un vaso tras otro, el agua goteando sobre el jersey y la camisa. Era un agua fabulosa, casi embriagadora, la mejor de la

comarca. Me había bebido de una sentada diez vasos, de manera que lo mínimo que podía hacer era agradecer con la mirada a la virgen de porcelana que me hubiera conservado la mano antes de reemprender el camino. Canturreando cancioncillas de navegantes y pescadores, llegué ya al atardecer al molino. Mis hermanos, que seguían sentados, como tarados, en la ribera del molino con los talegos a rebosar de bremas, me preguntaron con soberbia:

—¿Qué has pescado?

—Nada. No picaban los lucios.

Otra vez mintiendo. No iba a decirles que no había estado de pesca. Y por la noche pensé en lo extraño y hermoso que había sido aquel día.

Nos marchamos a casa. Estaba buscando setas en un bosquecillo algo más allá del molino y recogiendo hojitas doradas cuando escuché un grito. Corrí hacia el molino, pero llegué demasiado tarde. En la orilla del molino, una carpa grande como un lechón. Las burbujas no mentían. La había atrapado Jirka. Siempre que tira de un gran pez, grita pidiendo ayuda. Esta vez habían acudido en barco a echarle una mano el molinero y su hijo Eman. Se calaron, por poco se van a pique, dejaron abierta la puerta de casa, entraron las cabras, se zamparon el grano para los cerdos, la molinera montó un cirio y, mientras tanto, Jirka recorría el molino entero para pesar la carpa. Como no encontró una balanza, invitó a todos a *slivovice*.^[37] El macho cabrío del pueblo, víctima de sus fuertes inclinaciones sexuales, huyó del establo. Jirka nos besaba, no cabía en sí de gozo. Nosotros esbozamos una sonrisa amarga sin compartir su alegría: en lo más recóndito del subconsciente nos corroía la envidia por haber capturado semajante carpa. La metió viva en el vivero, pero para que cupiera tuvo que soltar las bremas.

Estaba claro que quería llevársela viva a Praga.

Lo tenía todo pensado. Se la llevaría a Praga y planificaría un horario de visitas a su domicilio, como si fuera médico, para que todos sus amigos y, sobre todo, sus enemigos pudieran acudir a admirarla. Los primeros de la cola serían los pescadores, después los no iniciados. Tenía programación como mínimo para tres días. Se cogería unas vacaciones. Hugo debía asegurarse de que la carpa llegara viva a la capital. Eran más de cien kilómetros. Jirka prometió a Hugo cien coronas si la carpa no estiraba la aleta.

A la mañana siguiente todo estaba dispuesto.

El molinero, la molinera y Eman aguardaban en fila. La molinera ya se había olvidado del grano que se habían zampado las insaciables cabras. A la hora de las fotografías la carpa debe estar lo más cerca posible del objetivo, para que parezca mayor de lo que es en realidad, lo cual no conseguimos y por lo que Jirka, más tarde, no hacía más que ponernos de vuelta y media.

Todos los cachivaches a bordo; en último lugar embarcó la carpa. Hugo, a causa de las cien coronas prometidas, adoptó medidas especiales: le metió en el hociquito un azucarillo impregnado de *slivovice*. La carpa mascaba: la *slivovice* era genuina de Vizovice.^[38] Al parecer es lo mejor para que las carpas aguanten fuera del agua. Cuando nos dimos la vuelta, Hugo la levantó en brazos, como a un retoño, y le echó al colete parte de una botella de ron. Y la tranquilizó antes del viaje con las siguientes palabras: «Nuestro pequeñín».

La carpa iba envuelta en un trapo húmedo y enrollada en una mantilla que nos había prestado un paisano. A mí me pareció que ya iba beoda del todo y dispuesta a bailotear por el patio del molino sobre su cola mientras cantaba: «Yo soy la carpa del río Nežárka».

Pero, de momento, nada de eso. La colocaron a mi lado en el asiento trasero. Se me confió su custodia y su riego ocasional con agua dulce. Todo había sido planificado hasta el último detalle. Se calcularon los tiempos según el horario de trenes para no toparnos con ninguna barrera bajada.

Comeríamos y beberíamos por el camino. Orinaríamos también en marcha, en una lata de pepinillos. Jirka, como conductor que era, tendría que aguantar hasta Praga sin mear.

Nos pusimos en marcha.

Eran palabras mayores y en absoluto un viaje, sino el Grand Prix. Jirka, sin decir palabra, no apartaba la vista de la carretera; se había puesto unos guantes de piel blancos como los de los pilotos. Junto a él iba sentado Hugo, que a ratos ondeaba por la ventana entreabierto un pañuelo blanco anudado a una de las cañas de pesca más resistentes. Yo, de vez en cuando, rociaba con agua a la carpa, aunque me daba la sensación de que prefería el alcohol. Jirka tocaba el claxon; hasta el momento avanzaba a la perfección, adelantando un coche tras otro. Dejábamos atrás incluso automóviles con matrícula extranjera.

Cuando nos dimos un rasponazo contra un camión y nos estampamos contra un grueso poste de telégrafos, quedamos hechos trizas. Al cabo de unos segundos, morimos.

Los ocupantes de un coche azul tan solo alcanzaron a ver una maraña de carrocería, alambres y cañas de pescar. En su cúspide flameaba la bandera blanca de los vencidos.

Luego llegaron los de los sopletes con bombonas de gas para sacarnos de la *kombi*. En vano. Cuando ya llevaban media hora de suplicio, el alférez se asomó al asiento y gritó alborozado:

—Venid. Al final no todo ha sido inútil. Hay uno que respira.

Levantó la manta y vio al chiquitín. Cuando lo cogió en brazos, casi se desmaya. Dijo:

—Esta carpa está como una cuba. Si el pez iba así de mamado, a saber cómo irían esos de ahí.

Y luego preguntó a los caballeros de los sopletes que estaban presentes:

—¿Alguien la quiere?

Nadie quería una carpa beoda. Les traería a la memoria la catástrofe sucedida en las cercanías del río Lužnice, en el que desemboca el Nežárka. De modo que el alférez la cogió, la llevó al río y la arrojó al agua. La carpa, tras titubear un instante, echó a nadar. Después de un momento de confusión por la borrachera, partió contracorriente hacia el hermoso molino de Krkavec, donde tenía su hogar. Como el camino era largo, canturreaba:

—Yo soy la carpa del río Nežárka...

Cuando llegó, contó al resto de las carpas que había estado en una taberna ambulante genial en la que se servía gratis *slivovice* y hasta ron.

Cómo no nos matamos de pesca

Solo que el final de la historia no fue como se describe en el capítulo anterior. Yo estaría requetemuerto, de modo que no habría llegado a terminar este libro. El final fue distinto. Esquivamos aquel poste de telégrafos por los pelos. Proseguimos nuestro viaje a Praga, ondeando la bandera blanca y orinando de cuando en cuando en la lata de pepinillos. En las afueras de Praga Jirka llamó por teléfono a su mujer para pedirle que limpiara la bañera con un producto especial y que la llenara de agua hasta los topes, que llevaba una carpa como un ternero.

Aparcamos frente a la casa justo a tiempo: la carpa ya agonizaba y Hugo, temiendo por las cien coronas apalabradas, le aplicaba una especie de respiración artificial: le abría y le cerraba las agallas y le hacía el boca a boca. Luego la soltaron en la bañera, limpia como los chorros del oro. La carpa se giró panza arriba; nadie sabía si estaba moribunda o curda. Dana y Jirka se turnaban para sujetarla bien. Cuando se enderezó por sí misma y dio un par de aletazos —no más, porque la bañera se le quedaba corta—, Jirka sacó el billete de cien coronas y se lo entregó a Hugo.

Jirka pintó un cartel sobre la bañera:

CAPTURADA CON CAÑA LÁTIGO CON CARRETE
DURANTE LA PESCA DE BREMAS
CON SEDAL DE 0,15 Y CUCHARILLA GIRATORIA

Solo un verdadero pescador reconocería que semejante carpa tenía su justo valor. Y luego se dispuso a telefonar a Tonda, Jarda, Petr... Telefonó a todos sus amigos del alma, pero también a amigos que eran en realidad enemigos confesos. Llamó a su vecino Jarda Mirko:

—He pescado una carpita. Ven a echar una ojeada.

Todos la admiraban en público y la envidiaban para sus adentros. Sin embargo, todavía no la habían visto todos: aún no la había visto todo el barrio de Šárka, no la habían visto los compañeros del trabajo. Jirka abría la ventana, ventilaba y cambiaba el agua. Recordó que debía alimentar a la carpa y se acordó de que en Vinohrady había un cartel:

¡EMPLEAMOS A CAZADORES DE PULGAS DE AGUA!

Y marchó a Vinohrady. Pero no tenían pulgas, puesto que no se había presentado hasta el momento ningún cazador. Llevó a revelar la foto del molino. Pero descubrió que en aquellas tomas la carpa parecía más pequeña de lo que era en realidad. A mí me echó una bronca y a Hugo le envió una carta de lo más grosera afirmando que sacó la foto mal de forma intencionada, porque él jamás había pescado una carpa tan grande.

Una carpa así de grande la pescó nuestro padre en Braník, si bien en un contexto muy diferente. De pesca en Praga, no conseguía pescar nada, así que le dio dinero a mamá para que comprara una carpa viva gigantesca en Vaňha.^[39] Cuando no había nadie mirando, la colgó de la caña, para así demostrar a esos idiotas del Vltava cómo eran los peces praguenses. Al día siguiente el río entero estaba sitiado por los pescadores.

La carpa de Jirka hizo grandes avances. Trabajó amistad con Niké, la perra de Jirka, parecida a una oveja, que se erguía sobre sus patas traseras y seguía con sus sabios ojos los majestuosos movimientos del pez. Pero pronto la carpa fue de mal en peor. Seguramente Jirka le cambiaba el agua demasiado a menudo y ella no estaba acostumbrada al agua potable; tal vez debería haber vertido en

ella un chorrillo de ron.

Un día, cuando Jirka fue al baño, vio que la carpa había pasado a mejor vida. No movía las agallas ni meneaba el hocico. Pero lo más interesante era que flotaba como cuando aún estaba viva y coleando. Así se quedó durante dos horas, con las aletas apoyadas en el fondo para darle una alegría más a Jirka. Se habían hecho amigos. Jirka agarró un cuchillo y la degolló, para poder comérsela y para que el panorama con Dana pintara de este modo algo mejor. La filetearon. No le dijeron a nadie que aquellas lonchas provenían de una carpa asfixiada. Le mandó a todo el mundo excepto a Hugo. Seguía teniendo un enfado atroz porque la carpa parecía más pequeña en las fotos. En realidad era bastante grande y con el paso del tiempo ha ido creciendo sin parar a ojos de Jirka. Hoy es ya tan enorme que no cabría en ninguna cámara fotográfica ni en ninguna bañera del mundo entero. Tendrían que fabricar para ella una piscina especial y para tomar fotografías habría que hacerlo con carrito panorámico.

Cuando mi hermano Jirka lea estas líneas, dirá que por mi boca habla la envidia. Aún no he capturado el pez de mi vida. Pero Hugo estará de mi parte. A ese, de momento, todas las carpas se la traen al paio.

Yo quería mucho a Emil y estuve prometiéndole largo tiempo que lo llevaría a pescar anguilas. Capturar anguilas implica todo un rosario de experiencias emigmáticas: pesca nocturna, depredadores desconocidos de los que sabemos poco o nada, una carne excepcional para Emilka y para su esposa. Estuve preparando a Emil durante una eternidad, más o menos como si me lo llevara en cohete a la Luna.

—Emil, salimos el jueves —le anuncié en secreto y en confianza, para que no se nos acoplara algún otro conocido. Quería ir solo con Emil.

A bordo de un Fiat, nos dirigimos de cabeza a nuestra infancia. Emil conducía despacio, como la mayoría de los médicos, que no tienen intención de aumentar las tasas de mortalidad con un accidente más.

—Fuma. Fuma ahora que puedes. En toda la noche no vas a pegar ni una calada. Cuando lleguemos allí no podremos encender ni una cerilla para que nadie nos vea. Repítelo.

—En toda la noche no voy a pegar ni una calada.

Añadió:

—¡Ni un Lucky Strike!

Eso me bastaba. Las anguilas las conseguiría yo. Emil nunca había catado una anguila de las buenas, recién sacada del río.

Emil pasaba de los cuarenta y no era precisamente un figurín. No obstante, de su buena presencia y discreta elegancia se ocupaba su esposa. Aquí una chaquetita nueva con sutiles y decorosos cuadros, allá un esmerado jersey de lana, apropiado para caballeros de cualquier edad. Lo más aparente que llevaba puesto aquel día, unos mocasines nuevos *Made in Italy*, tenía el color de las naranjas maduras y unas hebillas dignas del propio César.

El balsero, conocido mío, se sonreía: sabía que íbamos en busca de anguilas. Aún se acordaba de mí siendo niño. En cuanto le di un cartón de cigarrillos se volvió mudo: jamás revelaría a nadie que nos había balseado al paraíso anguílido.

¡Qué hermoso era aquel tramo del río! Al fondo se recortaba la Roca de Šíma, donde antaño llegué a pescar once anguilas en una hora. «¿Ves, Emil...? ¿Cómo iba a poder describírtelo?»

Ya estaba oscureciendo; sobre el río asomaba, solo a medias, la luna, lo cual era muy adecuado. Sacamos las cañas. Teníamos grandes posibilidades de capturar algo. Comenzaba la abstinencia de cigarrillos Lucky Strike.

Ensarté pececillos destinados a las anguilas grandes, mezclándolos con lombrices, a por las que se abalanzan las pequeñas. La noche estaba en una especie de duermevela. Coloqué un montón de carnadas impecables. Pero las cañas permanecían inertes. Los pescadores saben bien de lo que hablo: ni un meneo, ni un movimiento.

Hacia medianoche Emil empezó a mendigar cigarrillos.

¡Carajo! ¡Siendo tan buen médico! ¡Por qué no iba a poder encenderse un cigarrillo!

Así que le di permiso.

Con el transcurso del tiempo me fui atontando. No picaban. Emil seguramente se había imaginado la pesca de un modo completamente distinto. Recogió leña para encender una fogata. ¡Y pensar que antes temíamos siquiera encender un cigarrillo! Ahora junto al río ardía una hoguera. Una osadía. Pero Emil no entendía del asunto y a mí me importaba un bledo. Emil se escabulló para arrimarse al fuego, se calentó los pies y se quedó dormido.

No atrapé ni una anguila. Dios sabe adonde habrían emigrado. Me mosqueé —quizá por vez primera— con los peces. Por no haber pescado nada. Por haber traído a Emil a rastras desde el sanatorio, donde lo necesitaban, ya que escaseaban los médicos. Y aún más los buenos, como él. Así que empecé a echar pestes:

—Hemos tenido una mala pata impresionante, no han aparecido. ¡A hacer puñetas! ¡Malditos bichos! ¡Pues sí que me confundieron aquel día que pesqué once aquí mismo! ¡Justo ahora, víboras acuáticas! ¡Víboras!

Regresamos al Fiat por la orilla. Emil le dio al balsero su última cajetilla de Lucky Strike, así que se quedó sin reservas. En la otra orilla se giró hacia mí y me espetó:

—No digas tonterías, no seas histérico. Cuando éramos críos llevábamos las ocas a pastar a orillas del Malše. De eso hace casi cuarenta años. Y también pescábamos anguilas. Y también volvíamos con las manos vacías. Y hoy lo he revivido. Y ha sido hermoso.

Eso es lo que dijo Emil, que había recorrido el mundo entero, América y Borneo, Honduras y Venezuela. Tras contemplar la noche bajo el firmamento y las estrellas checos, se convirtió de nuevo en aquel niño junto a una fogata crepitante. Se había deshecho de sus últimos Lucky Strike, de manera que a la vuelta no fumó: conducía circunspecto, guardando la calma y dejando adelantar a los locos de las autopistas. Miré sus pies. Quise morirme en ese mismo instante. De las puntas chamuscadas de sus maravillosos zapatos asomaban los calcetines. Hacía rato que sabía que se le habían churruscado los zapatitos que le había regalado su mujer. Pero había entre nosotros una gran diferencia: yo sabía aceptar los éxitos y él sabía aceptar las derrotas. Por eso comprendió que aquella noche las anguilas nos habían vencido, como se alcanza la victoria en el deporte. Hizo una parada en una estación de servicio y preguntó a una camarera de largas piernas:

—¿Tienen Lucky Strike?

Ella, observando las punteras de sus zapatos, por las que asomaban los calcetines, le espetó:

—¡Tenemos Marica!^[40]

Le dio una buena propina y su agradecimiento:

—Fantástico.

Y se encendió un *marica*. En el coche se sonreía. Se encontraba otra vez junto a la fogata, siendo niño, con el cielo sobre su cabeza, esforzándose en vano por contar las estrellas. Eran tiempos en los que aún no tenía que responder por la vida de niños y adultos, en las que las madres no acudían a él entre llantos para que salvara su único tesoro, a su hijo.

Los coches nos dejaban atrás. Algunos domingueros nos pitaban e insultaban:

—¡Gilipollas! ¡Acelera!

Sin embargo él seguía conduciendo con la misma calma, pisando con delicadeza los pedales. Navegábamos más que conducíamos. Durante la guerra había sido conductor de tanques y todoterrenos. En las batallas con carros blindados se abrió paso junto con sus compañeros a través de las Ardenas, avanzando contra los más feroces tigres fascistas. Había visto una cantidad de cadáveres tal que sería imposible apilarlos en aquella apacible autopista blanca. Sabía que los que adelantaban lo consideraban un cagado, que se burlaban mordaces, y, en cambio, muchos de ellos no eran demasiado hábiles al volante. Y además tenía miedo. Tenía miedo de encontrarlos un trecho más allá, estampados contra un árbol o un mojón de piedra, con las cabezas reventadas y las extremidades quebradas. Deseaba, al menos por un día, permanecer alejado de los vendajes blancos, la sangre, el llanto y las muertes sin sentido.

Quería conservar en su recuerdo únicamente aquella noche pescando anguilas, la fogatilla que desprendía el aroma de las niveas acacias y de la infancia.

Las anguilas doradas

Una vez me traje de Ámsterdam un manojito de anguilas ahumadas. Eran delgadas como espárragos tempranos o varas de mimbre y, dado que eran jóvenes, doradas. Cogí una cinta para atar con ella las anguilillas. Luego fui repartiendo anguilas doradas entre las personas a las que tenía aprecio. Al que no le llegó el turno se quedó sin ellas.

A las anguilas ahumadas, en casa siempre las habíamos denominado «doradas», a pesar de no haberlo sido nunca. Cuando tenían mayor tamaño y pasaban por el horno, adquirían el color de las noches oscuras y de las profundidades abisales.

—¿Atraparé alguna vez anguilas doradas?

Papá quería decir con esto: «¿Cuándo pescaré tantas anguilas de una tacada como para que merezca la pena ir al carnicero Franci Janouch a pedirle que prenda leña de acacia y ciruelo, que eche flores blancas, y que le añada bayas de enebro?». El vizco Franci nos prometió que dejaría con toda seguridad la leña en nuestro patio para uso personal. A estas alturas, tanto papá como Franci peinaban canas, y cuando me encontraba con Janouch se burlaba de mí y me preguntaba dónde habíamos metido aquellas anguilas de oro.

Habíamos intentado capturar anguilas honradamente, solo que con caña. Sentados en el filo entre el día y la noche, cuando hay mayores probabilidades de atrapar anguilas, contemplábamos las hermosas señales, banderines blancos, hasta que nos dolían los ojos; aguardábamos a que tiritaran, como una membrana, y se dirigieran hacia el mástil de la caña. Por lo general esperábamos en balde: rara vez el banderín, como un perrillo blanco, echaba a correr hacia la punta. La mayor parte de las veces no era más que un vagabundo solitario. En alguna ocasión pescamos dos, contadas veces tres en una noche. Eso sucedía una vez al año, como la romería.

Dormía en el suelo de la cabaña. Tapaba el ventanuco un encaje con abalorios refulgentes propio de un carronato de circo. Desde el exterior penetraba la luz de la luna, formando en el tejado a doble vertiente flechas que recordaban al vuelo de unos pájaros blancos.

Bajé en pijama; papá estaba tumbado boca arriba, también sin pegar ojo. Me arrodillé junto a su cama para volver a preguntarle con insistencia:

—¿Existen en realidad las anguilas doradas?

—Existen. Yo no las he visto, pero tal vez tú lo hagas. Emergerán de las profundidades y picarán. Se jamarán todo lo que les des.

Apaciguado, concilié el sueño.

Luego trabajé unos mil días y dormí unas mil noches.

Tiempo después, para el cumpleaños de mi padre, me resultó imposible encontrar qué regalarle, puesto que lo había tenido todo en la vida y no ansiaba ninguna otra cosa. Ya no quería ni carretes nuevos —los viejos todavía giraban y se enrollaban silenciosos como ruelas— ni cañas nuevas de Troníček. De modo que se me ocurrió cumplir su sueño. Volver a tentar a las anguilas doradas. Ir al paisaje de nuestra infancia, donde aún vivía tío Prošek el balsero, que me aconsejaría cómo abordar el asunto.

Conque fui en tren.

Cuatro días y cuatro noches recorrí el camino de Bránov al Berounka como un imbécil, hasta que me dije que debía rendirme, como Napoleón en la batalla perdida de Waterloo. El río estaba muerto de un modo enervante. Más para bañarse que para pescar, caliente como un café. Y el cielo despejado y descolorido como el jabón de Rakovník. Ni rastro de peces por ningún lado; tan solo

alevines jugando junto a la orilla a pasearse y chapotear.

«Me marcharé a casa un día antes. Basta ya de desvariar con las anguilas doradas de marras. No existen.»

Por la mañana me levanté como un perro apaleado. Mis respetos: una buena paliza por parte de los peces. Cuatro días junto al río y ni un renacuajo. Amontoné las cañas en los verdes frutales del patio de Bránov. De la cocina salió tío Prošek, silbando. Me preguntó:

—¿Qué pasa, chaval?

—Tío, recojo los bártulos. Esto no tiene sentido. Se me acabó la suerte en este río.

No respondió. Salió al patio para ver mejor el cielo. Se subió los pantalones, contempló el firmamento sobre los bosques de los alrededores de Kouřim y luego el firmamento sobre el río. Como si estuviera leyendo en él algo de lo más interesante o como si escuchara, proveniente de aquel lugar, una voz conocida. Después carraspeó; tenía asma, así que seguramente se había atragantado. Tras escupir un gargajo sobre el empedrado del patio, dijo con decisión:

—Ve hoy otra vez al agua. Y después vete al diablo.

Se marchó pegando un portazo. Al parecer se había disgustado porque había algo que yo no comprendía. Me coloqué en mitad del patio, como él. Incluso me subí los pantalones, carraspeé y miré al cielo. Pero no vi nada. Como mucho me dio la impresión de que el cielo estaba cargado. Saqué las cañas de su funda y me dirigí, ciegamente, hacia el río. El sol me crucificaba por el camino; se me formaban manchas aquí y allá delante de los ojos, creando la ilusión de que caía nieve de las alturas.

En la orilla volví a intentar, en vano, ganarme el favor de los peces de todas las maneras posibles.

Al final me eché en la hierba algo más allá de la represa, al pie de la roca de Šíma. Estaba ya toda herrumbrosa y demolida a base de dinamita. A mi espalda vislumbré, bajo la roca, un charco lleno de agua.

En la caña con carrete puse un gusano y en la otra, sin carrete, ensarté una lombriz para que picara algún pequeñajo. Las lombrices flotaban; tenía claro que hoy, de nuevo, me iría con las manos vacías. No me cabía en la cabeza cómo Prošek se podía haber equivocado tanto como para enviarme de regreso al agua.

Enfrente traqueteaba su vieja canción el molino de Nezabudice con su rueda parlanchina, una canción que me parecía hablar de tiempos que ya no volverían más. En aquel lugar atrapaban las anguilas con nasas. La nasa es un comedero de madera en el que se introducen las anguilas; caen entonces en una caja de la que no hay manera de volver a salir. El molinero Čech pescó antes de la guerra una anguila que pesaría alrededor de seis kilos. La metió en una artesa de escaldar cerdo y la gente de la aldea acudía a verla, como las anacondas del circo. En estos parajes se atrapaban muchas anguilas, pero esos tiempos han pasado a la historia. «Tenías que haberlo sabido, señor Prošek, ya que eres el rey sin corona del río», cavilaba, dado que no me quedaba otra cosa que hacer. Y entonces, de pronto, me pareció que el mundo empezaba a dar vueltas. Eché hacia atrás la cabeza para mirar al cielo. Era como si fuera a reventar y abrirse en dos. Se encapotó. La roca rojiza sobre mi cabeza se ladeó.

En la vieja iglesia de San Lorenzo de Nezabudice repicaron las campanas del mediodía.

¡Ding! ¡Dong!

Eran las doce.

¡Ding! ¡Dong!

Iba a empezar la función.

El cielo se rajó abriendo paso a la oscuridad. Se me ocurrió: «¡Se acercan los santos!».

Arqueros celestiales disparaban rayos hacia los bosques y el río. Alguien batió la tapadera: se derramó agua del cielo. El río se onduló; flotaban en él burbujas del tamaño de un puño. Los árboles se balanceaban, atemorizados, para no troncharse y perecer.

Y en algún rincón graznó un pájaro.

Entonces se me ocurrió mirar las cañas. El símbolo de la paz había caído, la imitación había sido devorada por el río embravecido, como si desde el agua alguien la estuviera engullendo con voracidad. ¡Era un pez tirando del cebo! Y la segunda caña brincaba como el brazo de la bomba de agua que nos dejó el abuelo Novák. De un salto, agarré la cañita para aliviarla y que no se partiera. Emergió la misteriosa cabeza de una anguila. La arrastré por la hierba hasta el charco lleno de agua. Corté la imitación y la eché al charco, del que no tenía modo de huir. Me acerqué a la otra caña y enrollé carrete. ¡Otra anguila! Tiré de ella hasta la orilla y, con la robusta imitación incluida, la arrojé al charco. Anudé un anzuelo. Y otro. Me temblaban las manos de la emoción. Me chorreaba el agua por el rostro. La tercera anguila. La cuarta ya era plateada. Había estado esperando aquel momento durante años.

—¡Llegaron las anguilas doradas!

Una se me enganchó al fondo del río. Pepík, de los Vlk, que vino a la carrera desde Luh y que lo vio todo, arreó en busca de una barca. Me senté a esperar a la caña principal. Perdí unos preciosos veinte minutos. Ya no podía perder ni un segundo más. Allí abajo debía de estar nadando una multitud de ellas. Habían emergido del fondo como una manada de antílopes. Siempre daban con mi cebo y picaban de inmediato, como gallinas. Tal vez temían que se estuviera aproximando el fin del mundo. Tal vez hubiera llegado y algún poder superior lo impidiera.

Siete, ocho, nueve, diez, once.

Nada dura eternamente. Ni la belleza, ni la alegría, ni el dolor. El cielo cicatrizó con un azul sedoso y envió a la tierra un sol amarillo. La tormenta se alejó. Las anguilas desaparecieron.

¿No habría sido una alucinación?

¿No habría sido un sueño?

Me quedé plantado frente al charco, en cuyo interior se entrelazaban las anguilas. Ni grandes ni pequeñas. Lo justo. Así que era verdad lo de las anguilas doradas. Las metí en una bolsa y me apresuré hacia Bránov a través de una loma de tomillo. Prošek, de pie en el porche, retorció su bigotillo castrense y reía zorruno.

De camino a casa en el tren que pasaba por Beroun y Karlštejn, pensé en cómo reconocería Prošek el día idóneo. Sería, seguro, por el tiempo, decisivo en la pesca. Y, ante todo, la presión atmosférica y sus cambios. Además el tic en el ojo, el asma y el dolor del ojo de gallo. Sabía por anticipado lo que había en la atmósfera sin necesidad de la radio ni del pronóstico del tiempo. Bien mirado, aquellas anguilas se las enviaba a mi padre por su cumpleaños el tío Prošek. Yo no hice más que enrollar carrete y sacarlas del agua.

Le llevé las anguilas muertas al carnicero Franci, directamente al mostrador. Empezó a bizquear.

—Así que al final las has pescado. Once, como sobre el césped del estadio de Letná. Ahumadas serán todo un poema.

Janouch era un gran hincha del A.C. Sparta, aunque hacía tiempo que no lo veía con sus desmejorados ojos: tan solo lo escuchaba hacer estragos en el estadio o por la radio. Adoraba sobre todo el viejo Sparta de Hierro y los momentos en los que el rubio medio centro, la *prima donna* de cabello dorado, Kád'a, avanzaba con el balón en los pies y centraba con una suave «callejuela

checa»^[41] a Vašek Pilát. Siempre se quedaba absorto escuchando, como si oyera la llamada de las decenas de miles de espectadores que festejaban aquel Sparta invencible y férreo.

De modo que las anguilas serían como poemas de los más talentosos poetas checos. Habría en ellas mar, luna, río, muerte. Y sol, al cual odian. En su interior, la envidia del fasto, sus banquetes en noches lúgubres. En su interior, el hambre del ayuno y de un peregrinaje sin fin.

Entretanto compré en la ferretería del señor Rousek una tersa bandeja plateada que me costó doce pavos. Y fui a recoger las anguilas ahumadas.

19 de julio.

Todo estaba listo para el cumpleaños de papá. Rosas amarillas sobre la mesa, un mantel blanco de encaje de bolillos y mi padre, sin mácula, al cual mamá había refrotado con un cepillo de cerdas. Sopa de ternera con fideos y pollo con patatas. Albaricoques en almíbar y cerveza de barril traída de Hartman. Antes de que se comenzara a servir la comida en la mesa, anuncié con modestia:

—Me gustaría ofrecerles un aperitivo.

—¡Que venga! —exclamó papá como unas pascuas. Quizá se esperara un jamón o unas salchichas encebolladas.

Sin embargo, aparecí por la puerta del cobertizo con mis once anguilas doradas sobre la bandeja, atadas con el hermoso lazo azul, amarillo y rojo del A.C. Sparta con las que me las había anudado el señor Franci Janouch. Para mis adentros la escena iba acompañada del bramido de las fanfarrias, el estruendo de los platillos e innumerables aclamaciones gloriosas de mi corazón. Intuía que papá se llevaría una alegría por haberlas pescado yo, su hijo, lo cual equivalía a haberlas capturado él. Y no me había equivocado. Coloqué la bandeja plateada ante papá y la adorné con tres limones del sur de España que me saqué del bolsillo. Pues las auténticas anguilas ahumadas se han de rociar con limón, de lo contrario perderían la gracia y no serían, ni de lejos, un poema. El sol iluminaba la mesa a través de las ventanas, de manera que no solo la bandeja, sino también las anguilas, refulgían doradas. Súbitamente áureas, como el oro de una corona real o del tesoro de Tutankamón. Papá se quedó atónito y llamó a mamá, que estaba en la cocina:

—¡Hermínka, nuestro chico ha pescado las anguilas doradas!

Y a continuación se echó a llorar, convencido de la regla que afirma que el llanto es tan hermoso como la risa. Su llanto no había sido nunca de larga duración. Cortó a la mitad el limón español para aspirar su aroma, igual que se huele una rosa. Asintió. Dio su visto bueno a los españoles. Después se metió en la boca el primer trozo de anguila, le hincó el diente e hizo una mueca semejante a las de la última época de Louis de Funès en Saint Tropez, poco antes de su despido del cuerpo de policía. Ahora las lágrimas que le corrían por la cara a papá no eran de cocodrilo. Escupió a chorro el resto de la anguila sobre el mantel de encaje y dijo:

—Esto no hay quien se lo coma. Franci es un memo. Se le ha ido la mano mientras pensaba en su dichoso Sparta. Ha salado demasiado las anguilas.

Una vez dicho esto, se puso manos a la obra con la sopa de ternera y los fideos, mascando para manifestar lo mucho que estaba disfrutándola.

Me fui a hurtadillas al cobertizo sin saber si debía colgar a las anguilas o a mí mismo. Finalmente me decidí por las anguilas. Estuvieron allí largo tiempo sin que nadie les hiciera ni caso. Su carne se echó a perder y no quedaron más que las cabezas y la piel, que se balanceaban al viento como ahorcados en cuanto se abría la puerta del cobertizo. Decidí inhumarlas como a seres humanos. Las enterré bajo el abedul, junto a la fuente, desde donde tenían vistas al río y a su camino acuático hacia el Mar de los Sargazos. Y se me ocurrió que tal vez no sea mala cosa que el ser humano mate peces. Lo horrible es que no los consuma. Como si en realidad fueran solo peces muertos y

aniquilados aquellos que se arrojan al cubo de la basura o para los que se cava una tumba.

Así que aquella era la tumba de mis anguilas doradas. Una tumba prescindible, como son a veces no solo las de los peces y los pájaros, sino también las de las personas.

Al poco tiempo murió Franci Janouch, carnicero y charcutero de la corona K.K.^[42] y, más tarde, de la República Checoslovaca y, más tarde todavía, de la República Socialista Checoslovaca. Janouch, al que nunca revelamos que saló en exceso las anguilas. Al contrario, en una ocasión le comenté que eran como un poema de Fráňa Šrámek. Quiso saber qué poema en concreto tenía en mente y respondí: «Azud».

Se nos marchó también Prošek. Transportaron su ataúd en su más preciada embarcación, bajo la cual nadaba un séquito de peces plateados. Lloré en la orilla como nunca en la vida. El llanto aquella vez no fue hermoso como la risa.

Solamente papá resistía aún en el jardín del mundo. Incluso, ya entrado en años, emprendió un viaje al Oeste. Algo más allá del oeste de Praga, a Radotín, donde se compró, con la calderilla que ganó al vender la cabaña, una casita construida apenas para que no lo quemara el sol y no lo llevara el viento. Tenía una huerta con fresales y manzanos de los que colgaba casetas para los estorninos. En el jardín construyó además una cabañita elevada, como sobre las patas de una gallina.^[43] La llamaba «cuchitril» o «enfurrñadero». Se escondía en su interior cuando estaba hasta la coronilla del mundo o de mamá. Desde allí nos ponía verdes por no valorar todo lo que había hecho por nosotros.

Por suerte, a un par de cientos de metros de la casita discurría su río, el Berounka.

Con su amigo Vašek Hájek construyó en el jardín un pequeño estanque cuadrangular de cemento para peces. Y, como pronto me enteraría, sobre todo para anguilas. Yo pensaba que todo aquello acabaría de nuevo como el fiasco acecinado de antaño, no obstante la cosa continuó con mucha mayor intensidad y renovadas fuerzas.

En Radotín, junto al transformador a las afueras de la ciudad, había por aquel entonces un ambiente pesquero bastante interesante. Sentado en una olla vieja pescaba el igualmente viejo Braindl. Un trecho más allá iba de pesca Alois Purchart, que, entre las protestas de las mujeres del lugar, tenía la afición de rastrear lombrices por los jardines, de noche y en calzones. Y también acudía allí el as de la pesca Vodolán. Incluso correteaba por la zona el perro salchicha de Hájek, Ferda, que robaba a los pescadores la masa más delicada, reservada para los peces, y la engullía. Y lo más importante: iba allí mi padre, obsesionado con las anguilas. Con papá pescaba de vez en cuando Vašek Hájek, que tenía un cuerpo fornido y sabía nadar que daba gloria, de modo que cuando a los pescadores se les quedaba enganchado el anzuelo al fondo, Vašek buceaba gratis y lo soltaba. Había en aquellos parajes muchas más piedras que peces, por lo que papá, que iba en bicicleta con un remolque para los peces, pronto tocaba fondo, gritando sucesivamente al caer la noche:

—¡Menudo río!

—¡Asco de río!

—Joder! ¡Maldito río!

Entonces tomó una decisión:

—Tengo sedal americano USA. Arrancaré con él hasta el fondo.

Y se dispuso a arrancar, entre los gritos de ánimo de los demás presentes, piedras y fondo. De las casas pronto empezaron a llegar llamadas de atención para que los pescadores cerraran el pico, alegando que los que tenían que trabajar al día siguiente no podían conciliar el sueño. Si la cosa continuaba así cada noche, irían a presentar una queja al SNB^[44] o al consejo nacional.^[45]

Papá no arrancó el fondo, de modo que volvió a pedir ayuda:

—Vašek, sigo atascado. Bucéamelo.

Vašek se desvistió, calentó un poco, se aclimató y ¡hop! Al instante descubrió que papá estaba usando un sedal tan resistente que podría sacar con él vacas marinas. Así que no fue capaz de cortar el sedal *Made in USA*. Vašek se sumergió como una nutria para sacar el anzuelo de debajo de la piedra. Cuando se encontraba en el río nadando, las aguas no estaban tranquilas, así que en el ínterin o bien no se pescaba, o bien no se tomaba la pesca en serio. Se contaban anécdotas y se lo pasaban de fábula.

Pero la mayor parte de las veces se lo tomaban en serio.

Papá dio con una nueva teoría. Tenía que atrapar cientos, miles de lombrices. Las haría picadillo para las anguilas, lo lanzaría al agua y pescaría en aquel batiburrillo. Así conseguiría sus anguilas. Pero primero debía conseguir aquellas lombrices. En las noches húmedas recorría con mamá el huerto de los Novák; los dos, encorvados, alumbrando con linternas, agarraban los gusanos por la cabeza y tiraban de ellos. Después les dolían los riñones y los ojos. Les entraba sueño, puesto que aquello tenía lugar a horas a las que la gente normal ya estaba en el séptimo sueño. Y, para más inri, papá acababa de ser sometido a una operación complicada y los ojos le excretaban no sé qué pegatoste y lágrimas. Mamá, quejándose de que ya no podía más, le aseguraba a papá que tenía que haberse buscado una señora totalmente distinta. Papá argüía que debía resistir y le soltaba una arenga propagandística. Mamá, de hecho, le dio largas durante un par de días y se quedó en casa mientras él andaba deambulando solo por las noches con su luz, como el holandés errante.

Cuando consiguió lombrices en abundancia, se dirigió al río en bicicleta, el remolque a rastras. Aunque ya no confiaba en toparse con las anguilas doradas, se dispuso a pescar anguilas solitarias.

Al rato me llegó un recado de su parte: debía ir a Radotín. Me recibió sin un pelo en la barba y con toda ceremonia. Me ofreció asiento en el porche acristalado, donde se había extendido el mantel de encaje de bolillos y colocado sobre este un tenedor y un cuchillo.

Papá trajo un pergamino kilométrico que había chamuscado con una vela, como el de un club nocturno. Y en él estaban enumerados cuarenta y dos platos a base de anguilas.

A saber:

Anguila a la alemana
Anguila asada en ceniza
Anguila ahumada frita
Anguila Beaucaire
Anguila a la benedictina
Anguila Bonvalet
Anguila a la bordelesa
Anguila a la borgoñesa
Brocheta de anguila
Anguila con colas de cangrejo
Anguila a la crema
Anguila Durand
Anguila a la española
Anguila *aux fines herbes*
Anguila a la flamenca
Anguila a la francesa
Anguila frita
Anguila *gourmet*
Guiso de anguila
Anguila a hamburguesa
Anguila Helly
Anguila a la inglesa
Anguila en su jugo

Anguila a la molinera
Anguila a la normanda
Anguila a la parisina
Paté inglés de anguila
Anguila a la provenzal
Ragú de anguila
Anguila Robert
Anguila a la ruanesa
Anguila a la rusa
Anguila a la romana
Anguila Sainte-Menehould
Anguila Suffren
Anguila con salsa de bogavante
Anguila con salsa holandesa
Tartar de anguila
Anguila a la veneciana
Anguila Vilém
Anguila Villeroy
Anguila a la vinagreta

Solo entonces comprendí al fin por qué las anguilas nadan de noche y únicamente por el fondo del río: la tienen tomada con ellas los más afamados cocineros y *gourmets* de todo el mundo. Llegan a pagar su precio en oro.

Papá vino en delantal con un plato caliente, como en los restaurantes de postín. Luego trajo en una cazuela anguila al horno trinchada, con la cortecita dorada. Sonrió como disculpándose y dijo en voz baja:

—Se nos han acabado cuarenta y un platos de anguila. Solo la tenemos en su jugo.

Y yo respondí:

—Esa es la que más me gusta, papá.

Y atacé el plato.

Espolvoreó la anguila con perejil picado de su cosecha: desprendía el aroma del huerto y de las flores del fresal, que habían eclosionado en las cercanías del perejil. Sentado frente a mí, me observó mientras esperaba a que acabara de rebañar el plato. Me lo zampé entero; hacía tiempo que no comía una anguila tan fabulosa. Dije que era un verdadero poema, y él se alegró como un crío.

Siguió pescando anguilas que guardaba vivas para mí en el estanque. Yo no comprendía por qué no invitaba también a otras personas; a mis hermanos, por ejemplo. Siempre que atrapaba una anguila me mandaba venir. Yo acudía sin falta, y solamente una vez me llevé a un amigo, que tenía entonces algunos problemas que las anguilas debían hacer desaparecer. Siempre el mismo ceremonial. El menú de pergamino transcrito más arriba. Anguila en su jugo. Silencio. Elogio. Admiración. Cigarrillo. Vino blanco fresco. Por último, apañar las fresas maduras de la mata y charlar.

Por los pescadores de Radotín me enteré de cuántas noches pasó junto al Berounka. Cientos de horas a oscuras, aun cuando tenía mala vista y a horas a las que hasta los perros vagabundos se habían ido a dormir a su guarida. Solo como un vagabundo. Solo atrapando, de uno en uno, vagabundos. Sus anguilas doradas nunca llegaron; nunca tuvo esa fortuna. Tal vez se tratara de un juego. Él tuvo fortuna en el amor. En la pesca no tuvo suerte casi nunca. Tuvo que ganarse a pulso sus peces, duramente: la piedra en la que se sentaba se erosionó bajo él con el paso del tiempo, como bajo una corriente de agua.

Me había vuelto a escribir una nota para que fuera a cenar. Todo como de costumbre. Pero no absolutamente todo. Papá me pareció más ceremonioso. Cuando terminé de comer y le sonreí, no me

dejó pronunciar palabra. Dijo:

—Esta era, amigo, la undécima.

Lo entendí todo de golpe. ¿Cómo podía haber sido tan corto? Me había estado pagando y acababa de liquidar aquellas once anguilas; no quería tener deudas de ningún tipo cuando se fuera al otro mundo.

De Trebotov nos llegó el telegrama que nos informó de su muerte.

Insinué al oficiante del entierro que, si me hacía aquel favor, no caería en saco roto. Sé que este tipo de cosas no se hacen. Le di al oficiante un pequeño frasco de porcelana con tapadera. Sobre su albayalde había pintada una rosa roja trepadora, diminuta como una manzana virginal.^[46] Le pedí que vertiera en la urna un par de motas de ceniza.

Después de un tiempo me devolvió la urna. Con ella en mi poder, me dirigí al río más querido de mi padre, el Berounka. Soplaban un leve vientecillo; por el camino correteaba el *teckel* Ferda, que aguzaba las orejas. Aparte de nosotros, ni un alma. Me acuclillé junto a la hoya en la que papá pescó mayor cantidad de anguilas. Saqué la urna con la rosa y esparcí aquella pizca en el límite entre el remanso y el torrente. Algunas motas se hundieron hacia el fondo del río, otras siguieron flotando. Deseé que el río lo llevara hasta mares cálidos y hermosos, que nunca sintiera frío, como lo sienten a veces las personas en este planeta que gira como un carrusel multicolor, dando vueltas sin parar.

Alcé la cabeza y vislumbré un par de pájaros, enormes: cisnes blancos. Agitaban sus alas rumbo al palacio de Zbraslav, en el que las lágrimas, las risas y las personas se han transformado en estatuas.

Epílogo

Enloquecí en la olimpiada de invierno de Innsbruck. Se me nubló el cerebro, como si hubiera descendido una bruma de los Alpes. Me encontré con cierto caballero que para mí era el mismísimo diablo, con pezuñas, pelo, cuernos y dientes centenarios cariados. Luego subí a las montañas que se alzan sobre Innsbruck a incendiar una casa de labor. Pretendía encender una gran luz que ahuyentara la niebla. Cuando estaba sacando las vacas y el caballo de la cuadra para que no fueran pasto de las llamas, llegó la policía austríaca. Me pusieron las esposas y me llevaron al valle. Yo los insulté, me quité los zapatos y fui por la nieve descalzo como Cristo camino de la cruz.

Me enviaron a los médicos praguenses a través del pantano de Dvořiště.

Aquella primera etapa no fue tan terrible para mí, pero sí para los que me observaban y para los que me querían. Yo estaba, en realidad, tan a gusto; actuaba con pasión y convencimiento. En ocasiones resultó incluso agradable: es hermoso ser un Cristo glorificado.

Lo peor llega cuando, con ayuda de los medicamentos, te conducen al estado en el que eres consciente de estar loco. Los ojos se te inundan de tristeza y ya sabes que no eres Cristo, sino un pobre diablo que ha perdido el juicio, que es lo que hace hombre al hombre. Te ponen entre unas rejas algo mejoradas, a pesar de no haber asesinado ni herido a nadie. No se te ha sometido a juicio y, sin embargo, has sido sentenciado. La gente, afuera, continúa con su vida y tú comienzas a envidiarlos.

Tan solo puede salvarte un milagro. Esperé ese milagro durante cinco años. Sentado a solas en una silla semanas, meses, años. No puedo afirmar que haya padecido como un animal, pues ningún ser humano puede saber cómo sufre un animal, aun cuando se hable y escriba a menudo sobre el tema. Solo sé que padecí enormemente; no podría siquiera expresarlo con palabras. Y, por otra parte, nadie me creería; la gente no quiere oír hablar de esta enfermedad, porque la temen.

Cuando me encontré mejor, reflexioné sobre qué había sido lo más hermoso de mi vida. No pensé en el amor ni en mis andanzas por el mundo. No pensé en vuelos nocturnos a través del océano, ni en mi época como jugador de *hockey* sobre hielo en el Sparta de Praga. Regresé de pesca a los arroyos, a los ríos, a los embalses y a las presas. Caí en la cuenta de que aquello había sido lo más hermoso que hubiera vivido jamás.

¿Por qué?

No soy capaz de explicarlo con precisión, pero he intentado contarlo en este libro. Ya sé que no siempre he recordado en qué lugar pesqué tal pez ni cuánto medía de la cabeza a la cola, pero he recordado todo lo relacionado con aquellos peces. Sobre todo cómo caminé o viajé en busca de peces. Estando en la aldea de Želivec, monté en una bicicleta chirriante hasta un arroyo de truchas a horas a las que los demás todavía dormían. Era como un gigantesco teatro natural. La hierba y los campos titilaban cubiertos de rocío, los pájaros cantaban y en el bosque pastaban los corzos, que ya me conocían. Cuando llegué a aquel hermoso arroyo, cogí agua con las manos y tuve la tentación de persignarme, pero no llegué a hacerlo. He recordado el recóndito pantano de Janov, donde, junto a mi madre Hermína, pesqué truchas grandes como carpas y donde el agua era verde como la hierba de un prado celestial que se me había aparecido en sueños. Y en lo que más he pensado es en la región de Křivoklát. En el molino de Nezabudice y en su lucecilla inextinguible, que lucía para los furtivos y para los gendarmes. He pensado en las misteriosas anguilas, que avanzaban poseídas, con sus diminutos ojos de ofidio, en su peregrinaje de los mares a los océanos. Resulta interesante que gran

parte de mi vida se haya esfumado, mientras que los peces han permanecido en ella. Estaban asociados con la naturaleza, en la que no traquetea con su ridículo vaivén el tranvía ambulante de la civilización. Hoy sé que muchas personas no van solo en busca de peces, sino de la soledad, como en épocas remotas. Ansian escuchar el reclamo de los pájaros y los animales, ansian escuchar el follaje otoñal al caer.

Mientras agonizaba lentamente en aquel lugar, vi, ante todo, el río que más ha significado para mí y que he amado. Lo he amado tanto que, antes de empezar a pescar, recogía su agua en una concha con la mano y la besaba, como un hombre besa a una mujer. Luego me echaba el resto del agua en la cara y ajustaba la caña. El río discurría ante mí. Uno puede ver el cielo, puede vislumbrar el interior de un bosque, pero jamás podrá contemplar las profundidades de un auténtico río. Únicamente con la caña se puede tantear el interior de un verdadero río.

A veces, cuando me sentaba tras una ventana enrejada y pescaba en mis recuerdos, resultaba hasta doloroso. Me veía obligado a cejar en aquella belleza y a recordar que en el mundo existe también la inmundicia, la porquería y el agua turbia, para dejar de añorar la libertad.

Por fin he llegado a la palabra precisa: libertad. La pesca es, antes que nada, libertad. Caminar kilómetros y kilómetros en busca de truchas, beber agua de las fuentes, estar a solas y libre al menos durante una hora, unos días, o hasta semanas y meses. Liberado de la televisión, de los periódicos, de la radio y la civilización.

He estado tentado de matarme cientos de veces cuando ya no me sentía con fuerzas para continuar, sin embargo nunca he llegado a hacerlo. Tal vez, en mi subconsciente, deseaba, una única vez más, besar al río en los labios y pescar peces plateados. Fue la pesca la que me enseñó a ser paciente y los recuerdos los que me ayudaron a vivir.

Nota de los editores

La colección de cuentos *Cómo llegué a conocer a los peces* se publicó por primera vez en Checoslovaquia en el año 1974, un año después de la muerte de su autor. La presente edición, primera traducción al castellano de la obra, está basada en la reedición de la obra publicada por la editorial Slávka Kopecká en 2004. Dicha reedición contiene un prólogo del poeta Karel Šiktank, ya publicado en la edición original de 1974 sin su firma por motivos políticos, que hemos creído conveniente incluir al final de esta edición.

La mitad de mi reino por una palabra

Las personas crecen larga y lentamente, como los árboles. Ciertamente, a quienes envejecemos se nos antoja un suspiro: los críos y los arbolillos crecen como la espuma. Pero los viejos arboricultores y los ancianos maestros saben hace ya tiempo lo suyo: la humanidad y el arbolado no maduran sino a trocitos.

Quién sabe cuándo empieza una persona —que durante años ha otorgado el mismo valor al idioma que a un martillo, o a un vaso, o a un cuchillo— a clasificar, pausada y minuciosamente, el peso de sus propias palabras hasta que cree haber encontrado en ellas una norma.

Es una historia de mil años de antigüedad.

Y sin embargo siempre acontece como si fuera la primera vez: un tropel de caminantes emprende una larga odisea y uno de ellos, a la derecha de la comitiva, se apresura sin detenerse un par de pasos por delante, como si hubiera de dar noticia de ellos.

Tal vez se trate de una misión. Tal vez se trate de una locura. Quién sabe. Lo único seguro es que, incluso en los tiempos que corren, en los que la humanidad está resuelta a alcanzar las estrellas y a mantener la paz perpetua, no han desaparecido los corredores de fondo de los interminables senderos por los que avanza, eterno, el curso del mundo.

Muchos han alcanzado la gloria. Otros muchos han sido olvidados. Pero es indiferente: ni siquiera en este caso reside en la memoria el sentido.

¿Por qué digo todo esto?

¿Para acallar el silencio y el pesar ante la muerte de un escritor que nos ha abandonado en la flor de la vida? ¿Para demostrar que precisamente él no será uno de los muchos sobre los que se cerrarán las aguas de los ríos checos?... No.

Ni lo uno ni lo otro serían de utilidad alguna. Ota Pavel es escritor por la gracia de Dios, y a estos, por lo común, el cómputo de los años y de los libros les concierne más bien poco. En efecto, son coronados con laureles desde sus primeros balbuceos. Sin aparecer de improviso en el firmamento como supernovas. Sin ser anunciados con redobles y salvas.

¿Quién, en las inmediaciones del castillo de Buštěhrad y en las aldeas de la parroquia, habría imaginado que el menor de los chavales de Propper, el que merodeaba por los estanques, los almiarés y los pozos de la mina, marcado más tarde de por vida por la guerra, guardaba en el bolsillo la mágica plumilla que conquistaría por siempre la gloria para esta nación, polvorienta a la par que deliciosa?

¿Quién, de los colegas de las redacciones praguenses, habría imaginado que aquel ufano periodista novato, el que se arrojaba una y otra vez a todo tipo de peregrinajes y aventuras, traspasaría un día el acotado distrito de las secciones deportivas para hollar la «tierra sagrada» de las bellas letras, solo, sempiterno medio niño, contra el destino?

Es una historia de mil años de antigüedad.

Desgraciada para nosotros, los que vivimos cerca de él y conocimos hasta la última letra sus (al menos) cinco próximos libros. Pero afortunada para la literatura checa.

El deporte fue durante largo tiempo todo para él.

Olisqueaba en él el juego infantil de antaño. Olisqueaba en él el siempre enardecido drama de las fuerzas humanas. Las gradas le eran ajenas. Lo conquistaban el panorama de los pabellones y los campos polvorientos.

Por eso él también jugaba. Incluso entrenaba. Y anudaba cordones y planchaba un uniforme desvaído, consumido una noche sí y otra también por la duda de si jugaría al día siguiente, puesto que hay oportunidades que nunca se repiten.

Un juego infantil requeteviejo.

Y sin embargo, doblemente serio, pues lo juegan desde tiempos inmemoriales grandes hombres. Héroe. Incluso, de cuando en cuando, a su pesar. Obsesionados. Incluso, de cuando en cuando, en venta. Como casi todo el mundo.

Comenzó a escribir sobre ellos.

Pero no como los demás, los que ante todo prestan oído a la grada. No sobre lo que se ve en las fotografías o desde el palco de tribuna.

Leía a la gentecilla famosa el futuro en la palma de su mano mientras les tendía la propia. Se dejaba enredar en su juego. Pero también él los arrastraba al suyo, desde determinado momento aciago, hasta otro desesperado, en el que se encontró — tan dichoso, sobre todo, en sociedad— inopinadamente solo.

«Todos se me fueron en medio año, como cuando se corre una carrera de larga distancia. Iban tras de mí solo mi esposa, mi madre y mis hermanos Hugo y Jiří. Nadie me daba ya esperanza alguna, como cuando el marcador muestra el resultado tres a cero poco antes de que el árbitro pite el final del partido. Pero entonces, cuando peor me encontraba, apareció. Aguardaba la muerte, y apareció Borovička...»^[47]

Así irrumpen en sus relatos los protagonistas.

Todos aquellos Veselý, Jindra, Kubr y Raška,^[48] que el 31 de marzo de 1973 seguramente fueron los más afectados, puesto que moría el primer escritor vivo que llamó a su puerta para crear un libro genuino sobre ellos.^[49] En el que casi todo era verdad... y casi todo un sueño.

Como suele ocurrir a veces en la vida cuando uno siente que se le ha hecho un regalo.

Hojeo sus últimas páginas, repletas de tachaduras, y su cuarto, de golpe, respira cerquita, por encima de mi hombro, como si tras cada cuadro hubiera un secreto guardado.

Me da la risa. ¡Qué secreto ni qué ocho cuartos! ¡Si tenía siempre las puertas y las ventanas de par en par! ¡Bastaba llamarlo por su nombre! ¡Si te abría todos sus cajones y los agujeros de sus bolsillos! ¡Y Dios te librara de decir que te gustaba esto o aquello! Al día siguiente te lo mandaba por correo...

Contemplo las frágiles antigüedades, las fotografías de amigos, el retrato de Chéjov. Leo los versos que cuelgan de la pared y despego los sellos de las cartas que me envió antaño. Cada uno de ellos es diferente. Y es que en algún momento, hace mucho tiempo, le dije que un miembro de mi familia era filatelista.

No hay secretos. Tan solo uno: el secreto de su obra. La abrumadora sencillez que alcanzó en sus últimos libros: un lenguaje en apariencia parco y por completo popular, rebosante sin embargo de poesía e imágenes pintorescas, como si con cada palabra jurara que solamente en Chequia podía sentirse como en casa.

Decían que provenía del linaje de Saroyan. Tal vez. Pero a mí siempre me ha parecido que ha sido el único prosista que, obstinada, casi programáticamente, se ha afanado por emular la poética de la canción popular. No en vano se veía obligado a citarla una y otra vez. No en vano disfrutaba en especial de los lugares en los que podía explayarse acerca de «cómo le creció el pico».^[50]

Quizá se debiera a que buscaba sin cesar entre las gentes el habla más espontánea, más comprensible.

Sí. Habría dado la mitad de su reino por una buena palabra. Por una buena palabra en el lugar adecuado. Por una buena palabra entre las personas adecuadas. Todos sus libros son en realidad una más de las buenas palabras que atiborraban sus bolsillos, o que trocaba ora por una vieja postal, ora por una taza de café, ora por un libro que era incapaz de conservar en casa por resultarle demasiado triste.

¡Como si los suyos fueran siempre alegres!

De pie en medio de Buštěhrad, en un escabroso sendero entre dos estanques, contemplo la casa en la que Ota Pavel vivió la mayor parte de su vida. Incalculable en años y días. Solo mediante la limitada tabla de multiplicar de la infancia.

Aquí, en algún lugar, crecía el sauce del que tajó un trozo de su dúctil madera para su varita mágica. Aquí, en algún lugar, caía el agua de lluvia que bailaba para él, bellísima, sobre la límpida superficie del estanque.

Aquí, en algún lugar, fue rey. También un paria, cuando en tiempos de guerra pasaban silbando los trenes hacia los campos de concentración.

Sí. Las viejas verdades de este rincón del mundo, que parece haber vaticinado todo lo que estaba por venir, tienen validez incluso aquí. Pues la seguridad verbal de Pavel no radica solo en la lengua en la que encontraba la ley milenaria. Nunca le agradó hablar por hablar. No pertenecía a la raza de los charlatanes obsequiosos... Al contrario.

Era capaz de ver un relato en cualquier cosa fugaz y pasajera. Sin tener que fabular demasiado. Sin tener que preparar por adelantado agudezas retorcidas a cualquier precio. Un suceso que apenas duraba un instante se le aparecía bien como un milagro, bien como un horror... Y tan pronto como lo empezaba a conmover con mayor deleite o dolor de lo que había esperado, lo sublimaba dotándolo de sentido, como si hiciera un nudo con un cordel.

Más o menos así fue cómo surgieron sus más hermosos relatos. De la forma más sencilla. De la forma más natural. Porque todos aquellos sucesos que duraban apenas un instante, que se abrían paso hasta él, debían atravesar un puente angosto, un madero gastado tras el cual se extendía su infancia en Buštěhrad. Y debían saber mirar directamente a los ojos a todos aquellos estanqueros, y molineros, y balseros que se habían erigido en los amos de la región.

Entre aquellos dos mundos se interponía una gran superficie de agua cristalina. En ella, los peces saltaban hacia el cielo y los sauces se lavaban sin cesar sus pesadas y sabias cabezas.

Pocos sabían de su existencia.

Pocos echaban un vistazo a su orilla, ya anciano, custodio de los infinitos cañaverales. Tenía ojos tan bondadosos como astutos. Era, a su pesar pero como dios manda, un grande. Cuando lo trasladaron al hospital, colgó en el portón de su casa un cartel que rezaba: «Vuelvo enseguida»... Nunca regresó.

¿Quién no lo conocía? ¿Al más relevante de los protagonistas de toda la obra de Pavel?

De pie en medio de Buštěhrad, en un escabroso sendero entre dos estanques, pienso en él, en el padre de Pavel, que sabía todo lo que se cocía en los alrededores pero no tenía ni la menor idea de hasta dónde llegaría su hijo menor en la vida.

Lo cual no es poco.

A muchos les bastaría esa media vida para dos vidas más que largas.

Camino por los bosques de Křivoclát, en la mano su incomparable mapa de las venturas y desventuras de los lugareños, y de las cabañas de los guardabosques, y de las balsas, y de las tabernas. No me extravió. El camino es sintomáticamente ameno. Los bosques, oscuros, profundos. Los árboles, como si los hubieran llamado por su nombre, dan un paso al frente para salir de sus

espesas filas y enderezar la cabeza.

Me entran ganas de llamarlo. Me apetece, en decenas de casas de labor, saludarlo por su nombre. Mas es inútil. Los hermosos corzos,^[51] de cuando en cuando, dan un respingo en la espesura, en la humareda de la carbonera; el castillo de Týřov, enigmático, aplomado, guarda silencio... Como si no hubiera nada que añadir a lo que ya se expresó una vez de forma inmejorable en voz alta.

Sí: sus libros no podían haber surgido en otro lugar que no fuera Chequia. En estos parajes tienes toda la certeza. La participación de ese paisaje en su obra no caducará nunca en beneficio de modas ni de las más originales interpretaciones. Y es que, aun ligado durante años a la ciudad, se esforzó por conservar su alma rústica: el natural equilibrio entre el cielo y la tierra, el espontáneo sentimiento de regularidad de tierra firme y de agua, de vuelo y de aire, de crecimiento y maduración.

Pienso en su *Ermitaño violeta*^[52] Y en *La vía de Buřtěhrad*. En los libros que estaban listos en su cabeza, listos como lo está la piedra desprendida de la roca cual auténtica escultura.

Seguramente nadie me crea. Pero yo nunca transigiré con la afirmación de que esos libros no existen, de que no fueron escritos. No en vano me ha parecido, cientos de veces, que únicamente están ausentes en mi biblioteca. Que tal vez se me hubieran perdido. Que tal vez su autor olvidó enviármelos.

Porque las personas crecen larga y lentamente, como los árboles. Y un árbol no es solamente madera, y flores, y follaje, sino también los enjambres de abejas que le corresponden. También la bandada de pájaros que no se posa en ninguna otra parte. También el relámpago que lo marcó de por vida.

Y el creador... no es solamente aquellas cosas concretas que quedan tras él, sino también las silenciadas. También las gritadas al vacío. También las esparcidas por los campos como las esporas del helecho, como simiente perdida.

Ota Pavel, durante sus últimos tres años, estuvo gravemente enfermo. Tras largos meses de enclaustramiento en un sanatorio, regresó a la vida y al mundo, siempre apresurándose más y más allá, valorando de manera casi animal cada instante de armonía, belleza y bondad.

Estaba poseído por el ansia de encontrar la serenidad y la paz terrenales. Pero estaba cien veces más poseído por su trabajo. Sabía que era incapaz de escribir a pizcas. Sabía que solo era capaz de dar todo o nada. Y siempre con la certeza de que, entregado a fondo, se encontraría de nuevo al límite de sus fuerzas frente a la entrada del sanatorio. No podía hacerlo de otro modo... Cortaba una varita y seguía adelante.

Una historia de mil años de antigüedad.

Que, en realidad, nunca acaba de otro modo.

Cuando, un par de días después del entierro, su esposa fue a buscar la partida de defunción, en el apartado referente a la profesión estaba escrito (en vez de escritor): obrero. Todos los que lo leyeron quedaron perplejos: ¿cómo pudieron pasar esto por alto durante veinte años? Sin embargo, en esencia, no se trataba de un error tan grave. Un obrero y un escritor genuinos, por su afán, su bregar incansable, su enconado revolver en las profundidades y su sacar los dones de la tierra a la luz, tienen más en común de lo que los burócratas y esnobs por los cuatro costados podrían creer.

Leo este su último libro acerca de peces, estos límpidos, cristalinos relatos acerca del ansia humana por la dicha más cotidiana, en medio de buenas gentes, y árboles, y presas, y peces, en medio de una naturaleza primitivamente pletórica y justa... Y asiento cientos de veces suscribiendo sus palabras, que, como traídas del cándido arroyo de Oupoř, son mondas y tersas cual piedra.

Tan solo ante una única frase, escrita en uno de sus relatos manuscritos en mayúsculas, con firmeza, sin lugar a dudas, me siento reacio a asentir, NUNCA LLEGUÉ AL NACIMIENTO DEL

ARROYO, reza la frase impresa en versalitas. Y, a decir verdad, me suena como la única mentira hermosa de toda su vida, tan auténtica.

Pues la hermosa lengua checa no es sino un arroyo sin fin que nace en algún lugar, tal vez solo a partir de una lagrimilla en el estentóreo pedrisco de la tierra.

Y Ota Pavel conocía aquel lugar.

Y solo, sempiterno medio niño, contra el destino, golpeaba esa roca con sus puños, día tras día, y aguardaba con las manos de par en par, noche tras noche, para recoger de la fuente gota tras gota.

No podía hacerlo de otro modo.

Como todos los que darían la mitad de su reino por una buena palabra, por una palabra auténtica.

En el año 1974, cuando se publicó por primera vez este libro, yo ya no estaba en la editorial Mladá Fronta. No se me permitía estar allí... y yo mismo no tenía la más mínima intención. De lo que, lógicamente, se deducía que no podía firmar ni siquiera el prólogo que los más cercanos me habían pedido. Ladislav Ducháček —apasionado y sacrificado editor del libro— ofreció su nombre de manera espontánea. Me agradó la idea. Al menos de este modo, de incógnito, podría apuntar lo que significaban para mí Ota Pavel y su magnífica obra.

Al leerlo hoy, casi treinta años después, en su primera edición, puede que lo que más me conmueva sea esa coma olvidada antes de la letra «y» en la página 164...^[53] Todo lo demás ya está libre de toda emoción. Resta únicamente el placer de la lectura.

Karel Šiktank

notes

- [1] El autor hace referencia al lanzado de la pesca con mosca. (*A no ser que se especifique lo contrario, todas las notas son de la traductora.*)
- [2] Se refiere al afamado compositor y violinista checo Jan Kubelík (Praga, 1880-1940).
- [3] Uno de los equipos de fútbol praguenses.
- [4] Así se denomina en checo a la mezcla de ron con licor de guinda.
- [5] Se refiere, probablemente, a la visión que se apareció a San Juan de Mata y San Félix de Valois, fundadores de la Orden Trinitaria, representados (ciervo incluido) en uno de los conjuntos escultóricos del puente de Carlos en Praga.
- [6] Gigantesco pájaro mitológico que aparece, por ejemplo, en las *Antiguas leyendas checas* (*Staré pověsti české*) del escritor Alois Jirásek (1851— 1930) y en diversos cuentos populares eslovacos.
- [7] Del ruso чернозём, literalmente «tierra negra», terreno negro rico en humus.
- [8] La ciudad de Kladno, situada en Bohemia central, es la cuna histórica de la industria pesada checa y fue sede de la fábrica de aceros *Poldi*, de ahí la referencia a la contaminación del aire.
- [9] *Pivní syr*, queso tierno o cremoso, ligeramente picante por estar condimentado con cebolla, mostaza y otras especias, que se unta en pan.
- [10] Aldea que fue totalmente destruida por los alemanes durante la segunda Guerra Mundial en represalia por el asesinato de Reinhard Heydrich, protector de Bohemia y Moravia, en 1942. Sus habitantes fueron bien ejecutados (en el caso de los hombres), bien enviados al campo de concentración de Ravensbrück (la mayoría de las mujeres). Los niños fueron confinados en la fábrica textil del gueto de Łódź, a excepción de los pocos que fueron considerados aptos para su arización en orfanatos o familias alemanas.
- [11] *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*, Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán.
- [12] «Somos la juventud/con pico y pala». Probablemente se refiera a la canción popular *El pequeño trompetista* (*Der kleine Trompeter*).
- [13] Se refiere al rey de Bohemia y líder husita Jorge de Podiebrad (Podébrady, 1420— Praga, 1471).
- [14] Nombre primitivo de la ciudad de Buštěhrad, cuando todavía era una aldea (*ves*).
- [15] *Prašná brána*, uno de los símbolos de la ciudad de Praga. Se trata de una torre gótica que se alza en la confluencia de la calle Na příkopě; con la Plaza de la República, junto al edificio de la Casa Municipal.
- [16] Svatá Hora («Monte Sagrado»), cerca de la ciudad de Píbram, es uno de los principales centros de peregrinación y culto mariano de Bohemia.
- [17] Protagonista de la novela homónima escrita por Winston Churchill, *Savrola: Un relato sobre la revolución en Laurania* (*Savrola: A Tale of the Revolution in Laurania*, 1899).
- [18] Referencia a los versos del himno nacional checo *Kde domov můj?* (*¿Dónde está mi hogar?*): «Y es esta hermosa tierra,/la tierra checa, mi hogar,/ la tierra checa, mi hogar».
- [19] Se refiere a la novela del escritor, dramaturgo y director de cine checo Vladislav Vancura (Háj ve Slezsku, 1891-Praga, 1942) *Marketa Lazarová* (1931), ambientada en la Edad Media.
- [20] *Svatojánské proudy*, tramo del Vltava entre las localidades de Stéčovice y Slapy, en las que el río transcurre por terreno rocoso formando rápidos.
- [21] Svatopluk (¿830?-894), en eslovaco Svätopluk, también conocido como Sventopluk o

Zwentibald, fue monarca del Principado de Nitra y, entre los años 871 y 894, rey de la Gran Moravia. El autor se refiere a la leyenda que cuenta cómo, en su lecho de muerte, Svatopluk llamó a sus tres hijos, entre los cuales había repartido su imperio. Les dio un haz de tres varas y les pidió, uno por uno, que lo troncharan, cosa que les resultó imposible a todos ellos. Después separó el haz y entregó a cada uno una vara que, esta vez, rompieron con facilidad.

[22] Karl Faustin Klostermann (Haag am Hausruck, 1848-Štěkeň, 1923) fue un autor realista checo de origen austríaco. Escribió sus primeras obras en alemán pero pronto se decidió por el checo para sus prosas de ambientación rural. En este caso, Ota Pavel hace referencia a la primera de sus novelas del llamado «ciclo de Šumava», *Del orbe de soledades nemorosas (Ze světa lesních samot, 1894)*, del cual se realizó una adaptación cinematográfica en 1933.

[23] Las almadías están compuestas de tres tramos: el primero o *de punta*, el segundo o *ropero* y el tercero o *de coda*. Los dos almadieros *punteros* marcaban la dirección, atrás iba el *codero* con otro remo y en el *ropero* había un remo inverso.

[24] Denominación coloquial para la Plaza de Wenceslao (*Václavské náměstí*), en el centro de Praga.

[25] Probablemente esté hablando del modelo de submarino polaco orp Sęp («Buitre» en polaco), que sirvió a la Marina polaca durante la Segunda Guerra Mundial.

[26] En polaco: «¡Caballeros, la cena está lista!».

[27] En polaco: «Cuando nos estemos acercando a Suecia, nos detendremos y podrá volver a intentarlo».

[28] En polaco: «¿Está usted satisfecho?».

[29] En polaco: «Submarino».

[30] Divisa de Bulgaria.

[31] Salami húngaro tradicional hecho de carne de cerdo mangalica y similar al salchichón.

[32] El cabriolé Tatra 57 era llamado popularmente *Hadimrška*, palabra inventada por el cómico Vlasta Burian (1891-1962) y compuesta por *had* («culebra») y *mrška* («granuja, pillo, bicho, pieza»). En este caso hemos optado por traducirlo como *viborilla* para mantener al menos parte del significado.

[33] Denominación popular para el modelo de coche Škoda 1000 MB.

[34] *Myší díra*, una de las canteras abandonadas de la región.

[35] Se trata de la furgoneta Volkswagen T2, *Transponer*, conocida como Volkswagen Bus o Kombiwagen.

[36] Mlýnomel, compuesto por *mlýn* («molino») y *mlít* («moler»), significaría algo así como «el molino que muele».

[37] Licor de ciruelas.

[38] Ciudad en la que se encuentra la famosa destilería Rudolf Jelínek.

[39] Jindřich Váňha era dueño de un restaurante en la Plaza de Wenceslao y de una cadena de pescaderías de gran renombre durante la época de la Primera República Checoslovaca. Su libro *Cocina con pescado*, que incluía unas 2.400 recetas, se convirtió en un clásico de la gastronomía checa.

[40] Marca de cigarrillos baratos que se vendió en Checoslovaquia hasta mediados de la década de los setenta.

[41] Pase lento y raso entre dos jugadores a la carrera, popularizado por el jugador de fútbol Karel Pešek (Kád'a).

[42] *Kaiserliche Königliche* («real imperial»), denominación del gobierno del Imperio

Austrohúngaro en los territorios de la corona de Austria

[43] El autor hace referencia a los cuentos protagonizados por Baba Yagá, personaje de la mitología eslava que vive en una choza con patas de gallina con la que recorre Rusia.

[44] *Sbor Národní Bezpečnosti* («Cuerpo de Seguridad Nacional»), denominación oficial del cuerpo de policía durante la República Socialista Checoslovaca.

[45] *Národní výbor* («Consejo Nacional»), órgano de gobierno a nivel municipal, comarcal, provincial y regional durante la República Socialista Checoslovaca.

[46] Pavel se refiere a una de las variedades tradicionales de manzana checas, *panenské české*.

[47] Jaroslav Borovička (Praga, 1931-Praga, 1992), futbolista del Dukla Praha, con el que ganó seis títulos de liga, y miembro de la selección checoslovaca, con la que quedó en segundo lugar en el Campeonato del Mundo de Chile de 1962. Ota Pavel le dedica el relato *Yo soy el rey, tú eres el rey, para los dos la perra gorda*, incluido en la colección de relatos *El hijo del rey del apio* (1972). También aparece en el libro *Dukla entre rascacielos* (1964), sobre el éxito de dicho equipo en Estados Unidos.

[48] Jan Veselý (Plástovice, 1923-Praga, 2003), ciclista, campeón de Checoslovaquia en veintiséis ocasiones y galardonado con el título de ciclista checo del siglo. Ota Pavel lo convierte en protagonista de su relato *El error*, en el que describe su retirada de la Carrera de la Paz en el año 1957. Alfred Jindra (Praga, 1930-Praga, 2000), canoista ganador de una medalla de bronce en los Juegos Olímpicos de 1952, afectado posteriormente por la poliomelitis. Gran amigo de Ota Pavel, éste escribió un relato homónimo sobre su vida. Jan Kubr (Krásný Dvur, 1936), apodado *Clifton*, ciclista, miembro del equipo vencedor de la Carrera de la Paz en los años 1955 y 1956. En 1957, debido a problemas físicos, abandonó la competición en la tercera etapa, junto con Jan Veselý; ambos fueron acusados de provocación política y expulsados de la selección. Jirí Raška (Frenštát pod Radhostém, 1943—Nový Jičín, 2012), medallista olímpico (1968) y campeón del mundo (1970, 1972) de salto de esquí, considerado esquiador checo del siglo. Ota Pavel escribió, inspirado en él, el *Cuento sobre Raška* (1974).

[49] Todos estos relatos están incluidos en el libro que lleva por título *El ascenso al Eiger* (1989).

[50] Referencia al refrán checo «Zpívá pták, jak mu narost zobák» («Canta el pajarito tal y como le creció el pico»).

[51] Se refiere a la que es quizá la obra más conocida de Ota Pavel, sus memorias de infancia *La muerte de los hermosos corzos* (*Smrt krásných srnců*, 1971)

[52] Así es como se titulaba el libro al que Ota Pavel dedicó sus tres últimos años de vida y que fue publicado postumamente (*Fialoiy poustevník*, 1977). El título está tomado del sobrenombre con el que los lugareños de Skryje y Týřov apodaban a Václav Matousek, original filósofo y pintor *naïve* que en la década de 1930 decidió retirarse a vivir junto al castillo de Týřov en una mísera tienda hecha de harapos, sobreviviendo mediante el trueque de sus cuadros por huevos y hortalizas.

[53] Referencia a la edición original del libro. (*N. del E.*)